

*¿Cambiamos
el odio
Por
el amor?*



ALINA COVALSCHI

¿CAMBIAMOS EL ODIO
POR EL AMOR?
ALINA COVALSCHI

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *¿Cambiamos el odio por el amor?*

Autora: *Alina Covalschi*

Primera edición: Junio 2017

Maquetación: *Alexia Jorques*

Corrección y revisión: *Beatriz Gutiérrez*

Portada: Adelys Fotografía (*Andrea Delia Valeanu*)

*Bienvenido a mi mundo mágico.
Lee y siente como mis palabras acarician tu alma.*

Índice

PREÁMBULO
SENTIMIENTOS Y EMOCIONES
PRIMER DÍA DE COLEGIO
UN DIBUJO
ÚLTIMA OPORTUNIDAD
UN TRATO
EL PRIMER BESO
RUBIA Y RABIA
CAMBIOS INESPERADOS
PIZZA Y CERVEZA
PAN QUEMADO
SARA, VICENTE Y AARÓN
PERMISO
UNA FIESTA DIFERENTE
UN BOSQUE TERRORÍFICO
DE MAL EN PEOR
UN ESPEJO
EL PEOR REGALO DE CUMPLEAÑOS
UNA VÍA DE ESCAPE
HOGAR, DULCE HOGAR
NADIE ES PERFECTO
UN PEQUEÑO JARDÍN
INDIFERENCIA
CONFESIONES
UNA SONRISA SOSPECHOSA
REENCUENTRO
CARMELA
INTRUSO
CAMINANDO HACIA ATRÁS
UN SUSTO

[UNA LLAVE](#)
[ENCENDIENDO LA LLAMA DEL AMOR](#)
[JUEGOS](#)
[UNA FAMILIA FELIZ](#)
[EPÍLOGO](#)
[Sobre la autora](#)
[Agradecimientos](#)

PREÁMBULO

La vida de Lucas y Celia ha dado un vuelco.

Ya no son dos jóvenes enamorados y sin preocupaciones, ahora tienen dos hijos.

Sebastián y Amelia, que no se soportan y se odian entre sí.

Ellos sellarán un trato que cambiará su vida y la de sus padres para siempre.

¿Serán capaces de convivir?

¿Celia y Lucas resistirán todos los golpes que les depara el futuro?

Y lo más importante... ¿Cambiarán el odio por el amor?

SENTIMIENTOS Y EMOCIONES

—Sebastián, deja de molestar a tu hermana —dijo su padre con aspereza.

—Pero es que ella tiene mi juguete favorito. —Se quejó y se inclinó hacia delante repentinamente, clavando una ceñuda mirada en su hermana.

—Tienes que aprender a compartir. Todo lo que tú tienes es también de Amelia —dijo con seriedad.

—Esto no es justo. Esos son mis juguetes, son mis coches. La odio, quiero que se vaya. —Salió corriendo de la habitación tras pronunciar sus palabras con displicencia.

Amelia dejó los juguetes que tenía en la mano sobre la cama y colocó las manos a su espalda. Miró la puerta y sintió como sus ojos empezaban a humedecerse.

—Papá, no quiero que Sebas se enfade conmigo. Intentaré no tocar sus juguetes —dijo con tristeza. Su padre negó con la cabeza a modo de respuesta.

—No, Amelia. Él tiene que aprender a compartir y a quererte —continuó mientras la cogía en brazos—. Ahora vamos a la cocina para ayudar a mamá

Lucas apretó los labios, obviamente disgustado por la actitud de su hijo, pero no quería preocupar a la pequeña Amelia.

—Sí —contestó ella contenta, mirándolo a través de sus lágrimas—. Me gusta ayudar a mamá.

Minutos después, bastante enfadado, Sebastián salía al porche de la casa. Su padre había sido un hombre muy estricto durante los últimos tres años y cada vez que discutían, terminaba saliendo amedrentado de la casa. No le importaba hacerlo, porque la belleza que lo rodeaba, aliviaba la tristeza que encadenaba sus días con el encanto. Un paisaje irreal que acompañó sus pequeñas travesuras y alegró sus ojos con sus maravillas.

Se subió en la bicicleta que le habían regalado sus padres el año pasado y comenzó a pedalear. No tardó en sentir las gotas de lluvia cayendo sobre él y en segundos, su ropa se había empapado. La lluvia caía a raudales, cálida y fuerte, pero a él no le importó. Ese buen chaparrón veraniego le proporcionaba un gran alivio. Pedaleó sin parar y se dirigió hacia el pequeño estero que más de una vez fue testigo de sus pequeñas travesuras.

Odiaba a Amelia, no le gustaba cuando ella le hablaba o cuando lo

tocaba. Sus padres le prestaban más atención a ella y se sentía solo la mayor parte del día. No entendía por qué ellos habían decidido adoptarla y se preguntaba si habrían dejado de quererle.

El lago no tardó en aparecer frente a él, con sus pequeños arbustos rodeando todos sus perfiles. Se bajó de la bicicleta y se sentó en el suelo, debajo de un árbol con hojas grandes y verdes. Pegó su espalda contra el tronco mojado y se quedó observando cómo las pequeñas gotas de lluvia caían al suelo con empeño. Parecían cristales frágiles que se rompían contra el duro suelo, mojándolo con su música.

A pesar de la ropa mojada, se sentía cálido y protegido por la naturaleza que lo rodeaba. Los árboles eran los amigos imaginarios que en silencio escuchaban sus confesiones y los pájaros, unos ejemplos de fuerza para superar cualquier obstáculo con su grácil forma de volar. Sin miedo y capaces de sobrevivir a cualquier situación.

Pero todos los recuerdos y los pensamientos que rondaban por su cabeza le hacían querer quedarse allí para siempre y no volver a su casa.

Cuando se le pasó la rabieta, se detuvo a analizar la situación; enseguida concluyó que tenía solo dos opciones. Una, marcharse de casa y olvidarse de todos; o dos, podría quedarse y hacerle la vida imposible a su hermana pequeña.

Se juró a sí mismo que intentaría con todas sus fuerzas hacer que sus padres la odiasen y que la echaran de casa. Sus pensamientos se atropellaban, golpeándose unos con otros hasta que ya no pudo distinguir el odio de la verdad.

Decepcionado, molesto y algo más que no supo identificar, regresó a su casa sin mirar atrás, evitando las tentaciones de quedarse junto al lago para siempre.

La lluvia había cesado y la calma que lo rodeaba mientras pedaleaba, tranquilizó su corazón acelerado. Las huellas que estaban impregnadas muy adentro de su pecho, fueron borradas por las gotas mágicas que el cielo dejó caer en la tierra para purificarla.

Cuando llegó a casa, guardó su bicicleta y entró sigilosamente por la puerta de atrás. Era de noche y sus padres ya habían cenado. Tenía hambre, pero su orgullo era más fuerte y subió las escaleras corriendo para encerrarse en su habitación. Por el camino se encontró con su padre y agachó la cabeza para pasar desapercibido.

—Llegas tarde, Sebastián. Y tienes la ropa mojada —bramó Lucas

mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué? — Se encogió de hombros e impeló suavemente a su padre para que lo dejara entrar en la habitación.

—Estás castigado una semana sin salir con la bicicleta. ¿Tienes hambre? —preguntó Lucas dubitativamente, levantando las cejas y bloqueándole la entrada.

—Sí —contestó Sebastián con tirantez y apretó los labios, controlando obviamente sus emociones.

—Pues esta noche te quedas sin cenar. A ver si así aprendes que tienes que sentarte a comer con nosotros —dijo con seriedad mientras entrelazaba las manos a su espalda.

—Ojalá se vaya de aquí para sentarme con vosotros. —Intentó entrar en la habitación, pero Lucas lo agarró por las orejas.

—Debería castigarte más duro —gruñó mientras tiraba de sus orejas.

—Ah, me duele papá. —Se quejó.

—Quiero que te pongas el pijama y te metas en la cama sin jugar. — Soltó las orejas de su hijo y lo miró con mucho dolor. No le gustaba ser tan duro con él, pero no le quedaba otra.

Sebastián reprimió una furiosa réplica.

—Mañana empiezas el colegio y como tu hermana es nueva, quiero que la cuides —dijo Lucas más tranquilo.

—¿Por qué? —gritó Sebastián—. No soy su niñera.

—Eres más grande que ella. Tienes nueve años y ella tiene solo siete.

—No quiero ir con ella al colegio —dijo molesto.

—Venga, es tarde. Quítate esa ropa mojada y ponte el pijama —ordenó su padre mientras lo dejaba entrar al fin en la habitación.

Cuando su padre cerró la puerta, Sebastián empezó a tirar todos sus juguetes al suelo. Estaba enfadado con todos y quería huir de esa casa.

Un ligero golpe en la puerta le llamó la atención. Cuando la abrió, se encontró con Amelia mirándolo con tristeza.

—Sebas, lo siento mucho. —Agachó la cabeza—. ¿Papá te castigó?

—Vete de aquí —gritó él.

—Te he guardado estas galletas. —Estiró la mano—. Por si tienes hambre —dijo con lágrimas en los ojos.

Sebastián la miró sorprendido y por un instante se ablandó. Verla llorar le producía una fuerte opresión en el pecho, pero el odio se aferró a él como el veneno y no fue capaz de ver el lado bueno de su hermana.

—Gracias —le dijo, evaluándola con una fría mirada y cogiendo las galletas a su vez.

Cerró la puerta dejando a Amelia con la mano estirada y llorando.

Ella estaba triste por Sebastián y le gustaba mucho la idea de tener un hermano mayor. Lo consideraba como un amigo, un regalo de la naturaleza y un compañero valioso. Se dijo a sí misma que intentaría con todas sus fuerzas hacer que Sebas cambiara sus sentimientos hacia ella.

PRIMER DÍA DE COLEGIO

—Dale la mano a tu hermana, Sebastián —ordenó su madre.

—No quiero que mis amigos me vean entrando con ella en el colegio. Es muy fea y no la considero mi hermana. —Sebastián no pudo disimular su irritación.

—Está bien —suspiró Celia—. Solo intenta vigilarla un poco. Es su primer día de colegio.

—Te dije que no. —Agarró su mochila y entró por la puerta del colegio sin esperar a su hermana.

Celia sacudió la cabeza y se quedó pensativa. Su hijo no era consciente del daño que estaba haciendo a la pequeña Amelia, ni tampoco se daba cuenta de que se lo estaba haciendo a él mismo.

—¿Mamá? —llamó la pequeña Amelia mientras tiraba de su falda—. Yo puedo cuidarme sola.

—Ay mi niña. —Le dio dos besos seguidos y sonoros—. Eres muy buena, pero aun así necesitas ayuda. Si pasa algo se lo dices a tu profesora, ¿bien?

—Claro que sí —contestó alegremente mientras levantaba su mochila.

—Adiós, mi pequeña. Que tengas un buen día.

Amelia entró con pequeños pasos tirando de su mochila. Había muchos niños y mucho ruido pero eso no la asustó. Estaba acostumbrada a ver mucho movimiento.

El patio parecía un pequeño hormiguero y ella no sabía a dónde mirar. Todo le llamaba la atención y le alegraba la vista. Los niños corrían alegres, retrasando todo lo posible el momento de entrar en sus aulas pero ninguno de ellos la miraba mal. Sintió como los nervios la iban abandonando y ya no necesitaba que su pañuelo de seda la protegiera.

—¿Qué tienes ahí, Amelia? —preguntó Elena, su tutora.

—Un pañuelo. —Lo sacó de su bolsillo y se lo enseñó—. Sor Cristina dijo que fue de mi madre.

—Es de seda. —Tocó el pañuelo y luego levantó la mirada.

—Cuando tengo miedo, lo estreché con fuerza en mis manos y siento que mi madre me ayuda —confesó Amelia.

—Entonces, cuídalo muy bien.

En el centro de acogida, las monjas los vigilaban mucho y no les dejaban gritar o correr por los alrededores. Recordaba con mucho cariño ese lugar porque sus maestras la habían enseñado a comportarse como una niña ejemplar. El cariño no faltó, se sintió arropada y protegida. Lo único que ella deseó con mucho ardor fue tener una familia, una madre y un padre.

Sintió una felicidad inmensa cuando Lucas y Celia fueron a por ella. Había conocido a Lucas por casualidad.

—¿Esta pelota es tuya? —Amelia alzó la mirada sorprendida.

—Sí, señor —contestó tímidamente—. Estaba jugando sola pero vino Thomas y la golpeó con el pie —explicó a la vez que se acercaba a la empalizada—. La pelota golpeó la farola y salió disparada hacia la calle.

—Pues aquí tienes, princesa. —Tiró la pelota dentro del patio y Amelia rió haciendo que el corazón de Lucas diera un brinco. Jamás había visto una niña tan preciosa y tan humilde como ella.

—Gracias, señor.

—Mi nombre es Lucas, princesa. —Sonrió abiertamente—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Amelia...

Él le había prometido que la llevaría a su casa y que nunca le faltaría de nada. Sabía que eso era verdad, porque Lucas le hablaba con mucho cariño y le llevaba regalos cada vez que la visitaba. Al principio era una vez a la semana, pero con el tiempo las visitas fueron aumentando y llegó a sentirlo muy cercano. Para ella, Lucas se había convertido en su padre.

Amelia no tardó mucho en encontrar su clase, había memorizado el número enseguida. Cuando lo hizo, no pudo evitar abrir la puerta lentamente, dejando ver sus dudas.

Entró demostrando un poco de miedo pero cuando vio que algunas niñas empezaban a sonreír, saludó con la mano y se sentó en el único sitio libre que había. A su lado estaba sentado un niño rubio con gafas y ella no dudó en empezar una conversación.

—Hola —saludó sonriendo. Hecho que provocaba que en sus mejillas de niña, aparecieran unos profundos hoyuelos—. Yo soy Amelia. ¿Tú cómo te llamas?

—Hola —contestó a la vez que agachaba la cabeza—. Yo soy Martín.

—Buenos días, niños —dijo la profesora mientras entraba en el aula.

Ellos contestaron y después de presentar a Amelia delante de todos sus compañeros, empezaron con la clase.

Sonó la alarma que avisaba el inicio del recreo y todos salieron al patio. Amelia estaba sentada tranquilamente sobre la hierba con María, Sofía y Martín, conociéndose y charlando animadamente.

Sebastián la vio y cuando ella empezó a reír, una rabia enorme le recorrió el cuerpo. No le gustaba verla feliz porque él no se sentía feliz.

Le gustaba estar enfadado. El enfado alejaba su mente de los recuerdos que lo abrazaban.

En compañía de sus dos amigos, Javier y Luis, se acercó hasta donde estaba sentada su hermana adoptiva.

—No sabía que este colegio permitía que las chicas feas estudiaran aquí. — Se burló con sorna.

Amelia levantó la mirada y al verle, enseguida se puso de pie para enfrentarlo.

—No somos feas —dijo molesta y los demás giraron las cabezas en su dirección.

Estaban sorprendidos porque nadie se atrevía a llevarle la contraria a Sebastián.

—Eres la niña más fea de este colegio —insistió.

—Y tú el niño más gruñón y molesto que existe en este mundo —bramó a modo de respuesta, provocando que todos abriesen sus bocas sorprendidos.

—Te odio —admitió y la agarró por los hombros.

—Yo no te odio porque vivimos en la misma casa y no me llames fea —murmuró mientras las lágrimas se asomaban a sus ojos. Toda la fuerza que había reunido unos segundos antes, parecía haberse esfumado.

—Es que lo eres. Eres la niña más fea de este colegio. —La sacudió con brusquedad.

La expresión de su rostro la dejó helada, la mirada reflejaba una vesania apenas contenida.

—Eres malo, Sebastián —acusó, ya llorando sin consuelo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una profesora—. ¿Estás otra vez molestando a otros niños, Sebastián? — Él soltó a Amelia y escondió las manos detrás de su espalda.

—No, en realidad ella me contaba que su mascota murió y la estaba

consolando. — Le dedicó una mirada asesina a la niña, dejando claro que no debía contar la verdad de lo sucedido.

—¿Es así, Amelia? —preguntó la profesora mirándola atentamente.

—Sí —contestó entre sollozos—. Mi perro murió ayer. —Le levantó la mirada y vio a Sebastián sonriendo triunfante.

—Lo siento mucho, Amelia. Ahora vete a jugar. —Le secó las lágrimas y se fue dejándolos nuevamente solos.

—Gracias, hermanita —le dijo Sebastián al oído—. Pero sigues siendo la niña más fea de este colegio. —Se giró y se fue con sus amigos.

Amelia se quedó muy quieta de repente, como si la hubieran abofeteado. Molesta, se miró las puntas de sus pies sin saber qué hacer. Retrocedió un paso y, sin decir nada más, se volvió y se sentó al lado de sus nuevas amigas. Se quedó callada, con los ojos cerrados, esperando a que se le pasara la tristeza. No habían sido sus palabras, sino la forma en que las había dicho lo que le había dolido. Su hermano la trataba mal pero ella no lo odiaba. Sabía que en el fondo de su corazón, él la quería. Tan solo necesitaba aguardar y ser tolerante para que se lo demostrara.

Amelia no habló con nadie más en toda la mañana, hasta que su padre llegó a recogerlos.

En el coche, Lucas la preguntó cómo había ido su primer día y ella contestó vagamente que bien. No quería entrar en detalles y decirle que Sebastián le había gritado llamándola fea. Sabía que eso conllevaba un duro castigo para su hermano y aunque sabía que se lo merecía, no la gustaba verle pasarlo mal y menos por su culpa.

Sebastián la miró mientras su padre conducía con cuidado hacia su casa, sin poder evitar sorprenderse por la ausencia de una sonrisa en su rostro. Amelia siempre sonreía. Aquello le hizo sentir remordimiento y se sorprendió a sí mismo contemplándola mientras jugaba con su cabello. Parecía que se encontraba a años del luz del aquel coche, perdida en sus pensamientos. Sintió enseguida el impulso de tocar esas manos temblorosas pero sentía miedo. Supo que le iba a costar arreglar lo que había hecho, pero él creía que se lo merecía. Ella le robó todo el cariño que sus padres le habían dado y estaba decidido a no cambiar de opinión.

La odiaba y necesitaba hacer todo el posible para que ella se fuera de su casa.

UN DIBUJO

—¿Amelia? —preguntó su amiga María—. ¿Sebastián es tu hermano?

—Sí, es mi medio hermano —contestó dirigiendo la cabeza con tristeza en dirección a donde él estaba jugando.

Estaban en el recreo y los demás niños estaban jugando mientras Amelia y María hablaban tranquilamente sentadas sobre el verde césped. Ellas se hicieron muy buenas amigas nada más conocerse y desde entonces, no se habían separado ni un solo segundo.

— ¿Tu medio hermano? —María se tapó los ojos, el sol la molestaba.

—Es que a mí me adoptaron los padres de Sebastián. —Se puso de pie—. Voy a ver si me quiere devolver la merienda.

—Voy contigo.

Empezaron a caminar entre los demás niños y cuando llegaron delante de Sebastián, Amelia se paró para enfrentarlo.

La mirada de Sebastián era gélida y tenía una sonrisa burlona en sus labios. Por un momento la hizo dudar, no quería un enfrentamiento con su hermano, pero él debería saber que su comportamiento no era el correcto.

—Aquí está la niña más fea de este colegio —dijo con una llama de ira en los ojos a la vez que sonreía con suspicacia—. No te acerques a mí, no quiero contagiarme.

—Quiero mi merienda —exigió con la cabeza bien alta.

—Lo siento. Me la comí yo. ¿Tienes hambre? —Cruzó los brazos sin dejar de sonreír y dejando claro a través de su mirada, que se estaba preparando para la batalla.

—Sí —contestó agachando la cabeza, había llegado tarde—. Eres malo, Sebas. Esa era mi merienda.

—No me llames Sebas —gruñó mientras la agarraba de un brazo.

Apretó y tiró bruscamente de ella arrastrándola detrás de él por todo el patio. Sebastián seguía sujetándola por la muñeca con fuerza cuando llegaron a la parte trasera del cenador. Para alguien que mirara desde fuera aquello era un tierno abrazo de hermanos, sin embargo la tenía prisionera.

La empujó con rabia y ella cayó de rodillas al suelo. No contento con eso, se agachó quedando a un par de centímetros de su cara y comenzó a gritarle dejando salir el odio que llevaba dentro.

—No quiero que te acerques a mí, no quiero que me hables. No eres mi hermana, te odio. —Amelia empezó a llorar y esa fue la única respuesta que obtuvo su hermano.

Ella sintió que la azotaba. Su odio era mucho más grande de lo que ella era capaz de soportar. Tenía sangre en las rodillas por la caída y la dolía mucho pero nada comparado al dolor y la tristeza que le habían provocado las palabras de Sebastián. Dejó de hablar, esa era su única manera de protestar cuando estaba triste, enfadada y dolida. Se levantó lentamente y con esfuerzo pero a pesar de que la sangre no paraba de salir y el dolor era intenso, empezó a caminar para alejarse de él.

Sebastián la miró con preocupación, creyendo que iba a salir corriendo para delatarlo delante de sus profesores.

En cambio, ella se sentó en la hierba con la espalda apoyada de un árbol y se quedó así, quieta y en silencio el resto del recreo. Dejó de hablar ese día y cuando llegaron sus padres para recogerlos, se limitó a mentir y quedarse callada todo el viaje en coche hasta su casa. Amelia les dijo que se había caído al suelo mientras jugaba con sus amigas.

Cuando entraron en casa, Celia le curó las heridas y después de cenar la llevó en brazos hasta la cama.

—Amelia, ¿cómo te llevas con Sebastián? ¿Te molesta en el colegio? —preguntó su madre mientras la tapaba con una manta.

—Nos llevamos bien, aunque no hablamos mucho —mintió. Se vio obligada a añadir la última parte, sino el embuste sería muy evidente para su progenitora.

—Si te molesta quiero que me lo digas. —La niña asintió con la cabeza.

—¿Me cuentas un cuento, mami? —preguntó. Era lo que necesitaba en ese momento, oír la dulce voz de su madre que la hacía sentirse protegida y querida. Necesitaba escapar un poco de sus oscuros pensamientos. Celia sonrió con ternura y se sentó a su lado en la cama.

—Claro que sí, mi niña. —Cuando su madre le agarró de la mano y empezó a contarle el cuento de Caperucita Roja, sintió que sus músculos se iban relajando y la tensión acumulada a lo largo del día la abandonaba, dando paso a un dulce sopor.

La niña enseguida se quedó dormida y Celia la tapó bien con la manta y dejó el libro encima de la mesita de noche. Apagó la luz y salió de la habitación preocupada por su pequeña.

Llegó delante de la habitación de su hijo y abrió la puerta. Sebastián

estaba sentado y dibujaba con mucho entusiasmo. Le encantaba dibujar, era la única forma de expresar sus sentimientos. Prefería eso antes que hablar ya que en sus dibujos podía ser libre y dibujar a un Sebastián que siempre estaba feliz con la compañía de sus padres. Últimamente estaba bastante enfadado con Amelia y no aguantaba pasar más tiempo en esa casa. Se sentía solo y triste.

—Sebastián, es tarde. —Su madre lo había asustado y una vez más, para no dejarle terminar lo que estaba haciendo.

—Quiero terminar este dibujo —contestó en voz baja y trémula.

Celia se acercó para ver el dibujo.

Él había dibujado a su madre y a su padre sentados en la hierba y delante de ellos, un niño pequeño. De fondo, se veía un día soleado y una casa enorme esperando a la familia. Pero Celia no pudo evitar sentirse extrañada al ver que su hijo no había dibujado a su hermana.

—¿Estás cuidando de tu hermana en el colegio? —preguntó contemplando el rostro cansado de su hijo.

—No es mi hermana y no me importa lo que haga en el colegio. Ni la veo por ahí. —Apretó el lápiz entre sus dedos y la punta se rompió.

Se molestó tanto que rompió el dibujo con rabia. Se levantó de la silla y tiró los restos de papel a la basura.

— ¿Te puedes ir? —preguntó con toda la calma que pudo reunir en aquel momento—. Quiero dormir.

—Sebastián, hijo. No me hables así. No te lo permito. —Se puso de rodillas delante de él—. Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza y Celia lo abrazó.

—Te queremos mucho y Amelia también —susurró. Él no tardó en tensarse cuando escuchó el nombre de su hermana.

—Pues yo no la quiero. —Se soltó del abrazo y se metió en la cama—. Buenas noches, mamá. —Cerró los ojos y Celia se levantó para apagar la luz.

—Buenas noches, hijo. —Le dio un beso en la frente y salió de la habitación.

Cuando llegó a la cocina encontró a Lucas trabajando en su portátil. Tenía esa cara de concentrado que tanto la encantaba. Se acercó a él lentamente para no asustarlo y lo abrazó por la espalda.

—Sebastián sigue igual, ¿verdad? —preguntó a la vez que se giraba para mirarla.

—Sí, sigue igual y no sé qué hacer. —Suspiró y se sentó al lado de su

marido.

—Hay que darle tiempo para acostumbrarse a la idea de que tiene una hermana. — La miró con cariño y le rozó los labios con sus dedos.

— ¿Cómo fue para ti cuando llegué yo? — Esbozó una media sonrisa que suavizó su expresión.

—Para mí fue muy fácil. Necesitaba sentirme arropado y cuando te vi, supe que nunca me ibas a dejar solo. —Tragó saliva—. Eras la niña más hermosa que había visto. —Sus dedos dejaron de tocar los labios de Celia para acariciarle la mejilla—. Preciosa... —Agachó la cabeza y rozó con sus labios la mejilla de su esposa.

Subió lentamente hasta la comisura de sus labios, saboreando cada centímetro y cuando ella gimió, supo que tenía permiso para besarla. Presionó sus labios y empezó a moverlos despacio y con ternura, hasta que el deseo creció y se convirtió en una tortura.

Rompió el beso para mirarla.

—Te amo, cariño. Ahora que los niños están en la cama... —Sonrió traviesamente—. Tenemos toda la noche para nosotros.

ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Cinco años más tarde...

—¡Sebas! —gritó Amelia—. Abre la maldita puerta.

—No he terminado de arreglarme —vociferó—. Vete al otro baño.

—Está ocupado. Papá se está duchando. —Golpeó la puerta con los puños.

Sebastián abrió la puerta de golpe y Amelia cayó encima de él, sin esperarlo.

—No me toques —exigió—. Apártate.

Cuando la empujó, lo hizo con tanta fuerza que ella se golpeó en la cabeza con la puerta.

— ¡Ay! Me has hecho daño, idiota. —Se levantó furiosa y le dio una patada en las piernas.

—Para Amelia, o te vas a arrepentir —advirtió. Ella supo que era cierto, su mirada oscura y abisal delataba que se le estaba terminando la paciencia.

—No hay necesidad de todo esto, solo quería entrar en el baño para peinarme. —Le dio otra patada antes de terminar de hablar y él, rápido como el viento, le agarró la pierna antes de que llegara a su destino.

La tiró al suelo y se subió encima. La sujetó por las muñecas y la inmovilizó colocando sus brazos por encima de su cabeza.

—Te dije que dejaras de pegarme. —Recordó su advertencia a la vez que bajaba la cabeza—. Debería morderte pero haré algo mucho peor. —Sonrió maliciosamente.

Se levantó y cerró la puerta. Luego se acercó a un pequeño armario y abrió el primer cajón, buscando una tijera con la mirada. Con ella en la mano empezó a caminar y cuando estuvo delante de Amelia, agarró un buen mechón de pelo.

—Despídete de tu precioso pelo. —Empezó a cortar.

—¡No! —El grito brotó de la garganta de Amelia como el plañido de un animal herido.

Empujó con fuerza a Sebastián pero fue sin éxito, él era más fuerte que ella.

Le cortó otro mechón y ella empezó a llorar, sintiendo una burbuja de ira

que se le henchía en el pecho.

— ¿Qué pasa? —preguntó Celia con el corazón oprimido de temor al pensar que algo había pasado. Abrió la puerta con brusquedad, esperando lo peor—. Sebastián, suelta a tu hermana ahora mismo.

Amelia lloraba mientras observaba como su cabello caía al suelo y Celia se agachó para abrazarla.

—Ya está, Amelia. El pelo crece. —Intentó consolarla, aún sabiendo que no tendría éxito.

— ¿Qué son estos gritos? —demandó Lucas furioso, y olvidó su semidesnudez debido al susto. Había salido de la ducha a toda prisa cuando escuchó los gritos y no le dio tiempo a vestirse. Llevaba solo una toalla atada alrededor de su cintura.

—¿Qué hiciste, Sebastián? —Lo miró expectante. No necesitaba preguntar, sabía perfectamente que el culpable era su hijo.

—Nada, intenté arreglar el pelo de Amelia. ¿A qué le queda mejor así? —Una sonrisa burlona distorsionó su boca al ver el rostro lloroso de su hermana.

Amelia gritó de rabia mientras seguía llorando a mares. Lucas agarró a Sebastián y lo sacó fuera del baño. Ya estaba mal que le hiciera eso a su hermana pero que encima lo reconociera como si fuera una buena acción, era el colmo. El comportamiento de Sebastián empeoraba por días.

—Es hora de que nosotros dos tengamos una charla —dijo su padre con severidad mientras lo metía en su habitación—. Siéntate y deja de mirar mi toalla.

Sebastián se sentó y agachó la cabeza.

Habían pasado cinco años y su hijo no había mejorado su comportamiento.

Lucas estaba harto de los gritos que se pegaban sus hijos. Dentro de él había una rabia que amenazaba con estallar. Presionó con un dedo el pliegue del centro de su frente y la frotó de arriba hacia abajo. La cabeza se le estaba rompiendo en pedazos; tenía que mantenerla unida de algún modo.

Pero, ¿cómo mantenerse cuerdo cuando esos dos hermanos se peleaban todos los días?

—Si no dejas de molestar a tu hermana, me veré obligado a meterte en un internado —dijo él, cortante, justo cuando Celia entraba en la habitación.

—No voy a meter a mi hijo en un internado —interrumpió. Lucas la miró molesto, le estaba quitando autoridad delante del niño.

—No aguanto más. Todos los días lo mismo, esta casa es de locos. Y lo tengo decidido. — Celia entrecerró los ojos.

—No lo hagas Lucas, estoy segura de que Sebastián cambiará —dijo mientras miraba de reojo a su hijo.

— ¿Y cuál es la solución? —preguntó—. No se me ocurre nada.

—Puedo irme unos días con Amelia para que nos tranquilicemos todos. —Celia llevaba días formando esa idea en su cabeza y sacar el tema en ese momento le había venido al pelo. Al escuchar la contestación de su mujer, Lucas relajó sus hombros.

—Es una buena idea —admitió él—. Pero si eso no funciona, Sebastián entrará en un internado. — Miró a su hijo con el ceño fruncido.

Sebastián agachó la cabeza y respiró hondo. No le gustaba ver que sus padres se peleaban por él pero se sentía solo y no sabía expresarlo de otra manera.

—No quiero ir a un internado, solo quiero que me queráis. —Su voz temblaba, pero no podía hacer nada—. Lo más importante para vosotros es ella.

Hizo una pausa y él permaneció rígido, esperando un sermón acerca de sus modales. Se levantó de la cama y apretó los puños con furia.

—No iré a un internado —aseguró él—. Me iré de casa si hace falta...

—No digas tonterías, Sebastián —dijo Celia—. Te queremos mucho, eres nuestro hijo, por Dios.

—Sebastián, tienes catorce años y deberías pensar de otra manera. Fuimos más cariñosos con tu hermana cuando llegó porque era muy pequeña y no estaba acostumbrada a tener una familia. Créeme que sé que se siente no al no tener padres —explicó su padre con un suspiro—. Te doy una semana para cambiar tu actitud. Si no lo haces, irás al internado. Ahora vete y pídele disculpas a tu hermana.

Sebastián se quedó mirando la pared sin verla realmente, mientras procesaba las palabras de su padre y luego salió de la habitación dando un portazo.

—Por un momento pensé que me querías dejar, cariño —susurró Lucas y la atrapó en sus brazos—. Si algún día lo haces, te buscaré hasta encontrarte y te encerraré en una habitación para convertirme en mi esclava sexual —ronroneó soltando el aire en su cuello y provocando que ella se estremeciera.

—No hace falta mi amor, ya soy tu esclava sexual —dijo riendo a la vez que le quitaba la toalla—. Pero llegó la hora de convertirme en mi prisionero.

—Paseó la mirada por su cuerpo desnudo.

—Lo que tú digas, cariño. —Rápidamente cerró la puerta con llave y sonrió con travesura.

UN TRATO

Sebastián llegó delante de la habitación de su hermana y rezó para encontrar las palabras adecuadas, sabiendo que no había forma de evitar hacerle daño.

Ella estaba llorando y cada sollozo suyo golpeaba como un vergajo en su corazón.

Esa contradicción en sus sentimientos era algo que jamás entendería. ¿Por qué le dolía verla llorar?

Él la odiaba y no había dudado ni un solo momento a la hora de dejárselo claro. Desde que ella había entrado por la puerta de su casa, su vida se había convertido en un infierno. En lo más profundo de su corazón, debía admitir que al principio la noticia de tener una nueva hermanita le había llenado de ilusión y esperanza. Se imaginó a él mismo correteando por el jardín de su casa en compañía de sus padres y de su hermana.

Creyó que las noches de pesadillas en solitario habían acabado y que podría ir a buscarla para no sentir miedo. Se vislumbró jugando con su hermana y pasando ratos inolvidables.

Pero nada de eso había sido así.

Desde que Amelia había aparecido en sus vidas, todo el cariño de sus padres había sido para ella.

¿Acaso no se daban cuenta de que él también lloraba en silencio durante las noches?

Lucas y Celia pegaban el oído a la puerta de Amelia varias veces durante la noche por si necesitaba algo, mientras pasaban una y otra vez por delante de su habitación sin darse cuenta de su sufrimiento.

A la hora de desayunar o de comer, siempre le daban los últimos yogures que quedaban y él tenía que conformarse con el vaso de leche.

Los juguetes, tesoros más que preciados para él, habían ido desapareciendo de su lugar. Sus padres le obligaban a compartirlos con Amelia, que terminaba rompiéndolos sin ni siquiera darse cuenta. Jamás la riñeron por hacer eso pero en cambio, cuando él rompía algún juguete de su hermana y esta lloraba, sus padres le regañaban sin reparos.

Al principio había creído las palabras de su madre y había intentado asumir que Amelia necesitaba más atenciones que él porque no tenía familia

y debía acostumbrarse a su nueva vida. Pero eso no tardó en cambiar y Sebastián se dio cuenta de que simplemente le habían dejado de querer. En el corazón de sus padres no había hueco para los dos.

Procuró apartar rápidamente esos pensamientos de su cabeza y centrarse en cumplir lo que había ido a hacer. Se armó de valor y abrió la puerta con algo de brusquedad intencionada, para encontrar a una Amelia tirada sobre la cama, hecha un ovillo. Respiró hondo antes de entrar e intentando hacer caso omiso de los sollozos procedentes de la garganta de su hermana.

Él no sabía porque reaccionaba de esa manera cuando la veía así.

Una punzada de culpabilidad lo azotó y se arrepintió inmediatamente de haberla tratado mal. De repente, un sentimiento de compasión le mitigó el odio. Caminó hasta llegar al lado de la cama y se sentó a su lado.

—¿Qué quieres, Sebas? —preguntó entre sollozos—. ¿Quieres cortar más? Hazlo, ya me da igual.

Sebastián sonrió al escuchar su voz y aunque no quería admitirlo, disfrutaba cuando ella lo llamaba Sebas. Le hacía darse cuenta del cariño que ella sentía hacia él, aunque no fuera merecido.

—No, Amelia —dijo arrepentido—. Quiero pedirte perdón.

Ella dejó de llorar para mirarlo. Su mirada furiosa fue reemplazada por un rubor de incomodidad ante las palabras de su hermano. En un momento dado pestañeó y una lágrima le mojó la nariz y se perdió en su boca.

Amelia dudó un instante. No era nada común que su hermano se disculpara y menos aún, el breve brillo de arrepentimiento que captó en su mirada. Dudó un instante, creyendo que tal vez fuera una broma pesada y que en el momento en que cayera en su trampa, se reiría de ella. Tras mirarlo fijamente durante unos segundos reunió las fuerzas que necesitaba.

—¿Por qué eres tan malo conmigo? —quiso saber—. ¿Por qué me odias tanto?

Una sombra cruzó la expresión de su hermano y fue en ese momento cuando Amelia se dio cuenta de que no estaba de broma.

—A ti te quieren más que a mí y no puedo evitar odiarte —admitió él, encogiéndose de hombros como si fuera algo natural.

Con gran esfuerzo, ella logró mantener el rostro impassible. Había mucho significado en esa sola frase, pensó la niña.

—¿Hacemos un trato? —La voz de Amelia fue apenas un murmullo y de forma casi inmediata, se secó las lágrimas.

—¿Un trato entre tú y yo? —preguntó sorprendido. Esperaba cualquier

cosa menos esa. Si creía que para que la perdonara iba a jugar con ella, lo llevaba claro.

—Sí —contestó entusiasmada—. Te cambio el odio por el amor.

Ella sonrió esperando la reacción de su hermano que por su parte, dejó claro que no había entendido nada.

— ¿Qué trato es este? ¿Cómo funciona? —Se sentía ridículo por el simple hecho de estar haciendo ese tipo de preguntas. Debería mandarla a paseo y largarse de allí. Ya había ido a pedir perdón y por su parte, ya había cumplido su promesa. Pero por una extraña razón que no logró entender, sentía curiosidad sobre aquel trato y dejó que vencieran sus deseos de saber más.

—Pues tú dejas de odiarme y yo deo de quererte. —Lo miró a los ojos y cuando vio que él no entendía, siguió hablando—. Tú me vas a querer y yo te voy a odiar.

El pronunciar aquellas palabras hizo que sintiera una punzada de dolor en su interior. Sólo de pensar en odiar a su hermano, hacía que un abanico de desdichas se abriera para ella.

—Es una tontería. —Se levantó de la cama negando con la cabeza—. No voy a hacer ningún trato. —Si jugar con ella le parecía una tontería, qué decir de semejante estupidez.

—Lo harás para no ir al internado —aseguró ella. Esa era su última baza, sabía que Sebastián no quería ir al internado y que haría cualquier cosa para evitarlo. Solo necesitaba un tiempo para darse cuenta de que esa era la mejor opción. Y a pesar de no tener buena relación, le conocía perfectamente. Cerró los ojos, aparentemente frustrada.

Se hizo una pausa tensa, que pareció durar una eternidad. En seguida el rostro de Sebastián adquirió la expresión indolente que le caracterizaba y Amelia supo que el momento de comprensión y de mostrar un ápice de sus sentimientos, había terminado.

—No lo haré Amelia y tampoco voy a ir a un internado. Solo vine a pedirte perdón pero no lo haré, ya cambié de idea. Buenas noches, fea. —Salió de la habitación, pensativo. Se había negado directamente a aceptar el trato que le proponía Amelia. Pero tendría que pensar otra alternativa para huir de la posibilidad del internado o tendría que terminar aceptando, muy a su pesar.

Se dirigió a su habitación con sus pensamientos flotando en cada rincón de su mente. Tan pronto se vislumbraba en un internado lejos de su casa,

como se veía paseando cogido de la mano de su hermana. Iba a ser una noche muy larga.

EL PRIMER BESO

—Sal de mi habitación ahora mismo —gritó. El enfado de Amelia era más que palpable.

—Te dije que no quiero salir. —La actitud de Sebastián resultaba exasperante y no la quedó más remedio que recurrir a las amenazas.

—Tendrás que hacerlo —aseguró con una sonrisa de triunfo anticipado—. Me lo prometiste y si no lo haces, le diré a papá que me molestas.

—Esto es chantaje —respondió molesto—. No me gusta ir de compras.

—Dejaré de molestarte si aceptas mi trato. —Ella sonrió y Sebastián gruñó—. Además, te quedan dos días. Puedo chasquear los dedos dos veces, gritar una vez y papá te llevará a un internado. —Resultaba gratificante tener la sartén por el mango aunque solo fuera una vez en la vida. Su hermano la había manejado desde siempre y ahora era ella la que tenía el poder de decidir. Una pequeña parte de su interior la decía que no estaba bien alegrarse de eso, pero no lo podía evitar.

—Eres mala. —La ausencia de reproches la hizo sonreír aún más.

—Aprendí de ti. Y también estoy ensayando para cuando aceptes el trato. Es muy fácil odiarte —dijo muy segura de sí misma.

—Pensé que me tenías cariño —reconoció con indignación. Amelia no pudo evitar pensar en lo bien que fingía su hermano. Cualquiera que no lo conociera hubiera jurado que le dolía escuchar esas palabras de boca de su hermana, pero ella sabía que no era así. Era un simple teatro para conseguir ablandarla y que cediera ante sus deseos. Algo que ya no iba a conseguir.

—Ya no. Me hiciste mucho daño todos estos años —dijo ella melancólica—. Elige... El trato o el internado.

Amelia miró a su hermano, dudando si su actitud sería la correcta. Pero ya era tarde para echarse atrás, debía llegar hasta el final.

Sebastián se quedó pensativo mientras la miraba con estupor. No le gustaba que ella ya no le quisiera, se había acostumbrado a su cariño y a sus cuidados durante todos esos años. Sintió un vacío enorme en su pecho y algo cambió dentro de él al verla tan decidida a odiarlo. Así que se dijo a sí mismo que intentaría ganar de nuevo su cariño y la mejor manera de hacerlo era aceptar su trato.

La amaría hasta que ella dejase de odiarlo.

—Está bien, Amelia —pronunció las palabras con seriedad—. Acepto tu trato, pero con una condición.

—Te escucho, Sebas —Ella parecía indiferente, pero en el fondo no estaba del todo convencida. Cuando su hermano aceptaba algo por obligación y ponía una condición, quería decir que se avecinaban problemas y que acabaría saliéndose con la suya.

—Si dejas de odiarme en algún momento, quiero que me lo digas —susurró.

—Vale, lo que tú digas. ¿Ahora nos podemos ir? —Chasqueó los dedos. Estaba sorprendida de que se tratase de una condición tan sencilla.

—Antes hay que sellar el trato —dijo Sebastián sorprendiendo a su hermana.

— ¿Sellarlo?

—Claro. Y si algún día decidimos romper el trato, debemos hacerlo de la misma forma —aseguró.

—Está bien —dijo algo molesta—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Besarnos —contestó tranquilamente mientras se encogía de hombros.

— ¡Qué asco! —exclamó Amelia—. No pienso hacerlo. Eso lo hacen nuestros padres y se ve asqueroso.

—Sin beso no hay trato. —Cruzó los brazos sobre su pecho, dando a entender que no cambiaría de opinión. Amelia dudó un instante.

—Vale, pero uno corto. —Cerró los ojos y apretó los labios esperando el beso.

Sebastián se tomó unos segundos para observarla. Su belleza siempre lo había cautivado, pero eso no lo admitiría ni siquiera en sueños. Seguía molesto con ella pero ya no la odiaba, solo le gustaba molestarla. Se acostumbró a su presencia en esa casa y si ella se iba, él sentiría un gran vacío y la echaría mucho de menos.

Nunca había besado a una chica y en el colegio no había ninguna tan hermosa como Amelia. Y aunque ella tenía sólo doce años, quería ser él, el primer chico que la besara. Durante las últimas semanas, había dejado de molestarla porque al hacerlo se sentía triste.

Se dio cuenta que sus padres lo amaban y de que para ellos Amelia era importante, tanto como él. Por lo tanto no tenía sentido seguir odiándola de aquella manera, algo que le hacía daño a ella y aunque le costara admitirlo, a él también.

Cuando su madre le había contado la historia de amor que vivieron y

cuánto habían sufrido para estar juntos, se dio cuenta que para él Amelia era algo más que una hermana. Era alguien a la que deseaba proteger y tener cerca en todo momento.

Sebastián había cambiado mucho, pero no quería mostrar a nadie sus sentimientos. Temía que se burlaran de él y le perdieran todo el respeto que le tenían.

—Sebas, estoy esperando —dijo Amelia molesta y abrió los ojos para mirarlo. Se sentía un poco tonta con los ojos cerrados y esperando un beso que no llegaba.

—Cierra los ojos de nuevo —ordenó. Ella hizo lo que le mandaba, obediente.

Sebastián se agachó un poco y presionó suavemente sus labios contra los de Amelia. Al hacerlo sintió unos pinchazos cálidos en su pecho y como si sus pulmones se llenaran de un aire que siempre le había faltado y no había sido consciente. Empezó a mover los labios despacio.

Amelia no sabía qué hacer y se quedó quieta mientras Sebastián movía los labios lentamente. La sensación era rara y sentía mucha humedad, no le gustaba. Rompió el beso y abrió los ojos.

—Ya tienes tu beso. —Chasqueó los dedos de nuevo—. Ahora, vámonos —ordenó.

Sebastián agachó la cabeza y miró su pantalón. Un bulto sobresalía y se hacía notar considerablemente como si tuviera vida propia. Aquello le hizo sentir incómodo y avergonzado. Si Amelia veía aquello, le perdería el respeto para siempre.

—Voy al baño antes. —La última palabra de la frase la pronunció cuando ya estaba fuera de la habitación.

Y sin más explicaciones, dejó a una Amelia confundida y observando con atención la puerta por donde él había desaparecido.

RUBIA Y RABIA

Tres años más tarde...

—¿Ese no es tu hermano, Amelia? —María se puso de puntillas para poder observar mejor.

—¿Dónde? —Quiso saber ella.

—Allí... —Estiró la mano y señaló con el dedo—. Con esa rubia.

Amelia lo vio y no pudo evitar sentir celos transformados en rabia. Últimamente Sebastián pasaba de ella, se limitaba a hablarle muy poco y salir con sus amigos. El trato seguía en pie, Sebastián ya no la trataba mal, incluso se podría decir que la trataba con cariño. Pero Amelia no podía odiarlo, nunca lo hizo y nunca lo haría. Aunque lo hubiera prometido.

—Te dije que es mi medio hermano. —Dejó de mirarlo—. Y no me importa lo que haga con su vida.

—Es muy guapo —suspiró María—. Me gustaría tener un hermano así.

—Créeme que no te gustaría tenerlo —mintió. Tampoco pudo disimular que el comentario de su mejor amiga la había molestado.

Amelia se sentía cada vez más triste y llegó a encerrarse en sí misma.

Cuando le pasaba eso, su única defensa era dejar de hablar. Por eso ellos hablaban muy poco, se saludaban en casa y se limitaban a encerrarse en sus habitaciones para no verse.

Sebastián sintió la mirada de Amelia y giró la cabeza. Cuando vio esos hermosos ojos mirándolo con tristeza, gimió bajito. Le dolía verla así, pero pensaba que era mejor para ellos si no hablaban. No sabía si Amelia lo odiaba o lo amaba y eso lo tenía muy agitado. En casa muchas veces había sentido la tentación de entrar en su habitación para exigirle una respuesta a su pregunta.

Desde que Amelia había empezado a cumplir su parte del trato, él se sentía sólo. Intentó no pensar en cómo se habría sentido ella durante todos esos años, cuando él la había maltratado sin cesar.

Tenía a sus amigos, incluso tenía a Margaret a su lado. Era una chica guapa pero no lo hacía sentirse especial, no como lo hacía Amelia. La extrañaba tanto que últimamente se pasaba el tiempo emborrachándose con sus amigos. Sabía que esa no era la solución a sus problemas pero era la única forma en la que podía evadirse un poco de sus propios pensamientos.

Dentro de pocos meses iba a cumplir los dieciochos años y tenía pensado irse de casa. Quería alejarse para olvidar a su hermana y a todo lo que la rodeaba.

Lo que empezó con odio y con un trato entre ellos, terminó con un amor desgarrador y doloroso, muy doloroso.

—¿Me escuchaste, Sebastián? —preguntó Margaret tirando de él—. Quiero entrar en esa tienda de allí. Acompáñame, quiero ese vestido rojo que me gustó.

—Sí, vamos —respondió poco convencido. Pero terminó por seguirla al interior de la que sería la novena tienda que visitaban aquel día.

Amelia se quedó mirándolo con tristeza de nuevo, mientras se perdía entre las personas. Le faltaba poco para cumplir los dieciséis años y las chicas de su edad salían mucho para divertirse, pero ella no. Era distinta a todas sus amigas, le gustaba pasar el tiempo leyendo y escribiendo canciones.

Tenía una voz preciosa y cediendo a las insistencias de sus padres, se había apuntado a un Conservatorio. Tenía ensayos cada día y le ocupaba mucho tiempo pero le gustaba cantar y no le importaba. Todas las canciones que escribía eran tristes, idénticas a su estado de ánimo. Tal vez por ese motivo le gustaba tanto cantar, porque le servía para echar fuera todo lo que sentía y para recordarse a ella misma el motivo de su infelicidad. Sabía que todo aquello debía terminar de una forma u otra y por eso tenía pensado irse de casa cuando cumpliera los dieciochos años, para intentar olvidar a Sebastián.

Quería demasiado a sus padres y no quería decepcionarlos. No podía evitar dudar en ocasiones y a veces se sorprendía a ella misma buscando motivos para declarar todos sus sentimientos hacia su hermano. Soñaba con ser correspondida por él y con la felicidad que esa relación podría causar a Lucas y a Celia. Pero en el fondo sabía que ellos no lo aceptarían y se llevarían el disgusto de sus vidas. Para ellos, la relación que tenía con Sebastián era de hermanos y no quería que pensaran que eso había cambiado. Por todos esos motivos, había decidido que lo mejor para todos e incluso para ella, era desaparecer.

—¿Nos vamos? —preguntó María chasqueando los dedos y sacándola de su ensoñación.

—Claro, ya no me apetece estar en este centro comercial. —Se dieron la vuelta y salieron sin volver la vista atrás. No quería volver a ver a Sebastián feliz junto a esa despampanante rubia.

—¿Te apetece ir mañana por la noche a la fiesta que organiza Raúl? — Su amiga pronunció las palabras sin levantar la cabeza de su teléfono móvil, lo que le dio tiempo a Amelia para pensar una respuesta.

—Tengo que pedirles permiso a mis padres. Sabes que no me dejan y si lo hacen, tiene que ser acompañada. —Miró la hora en su móvil—. Y no me apetece ir con mi hermano.

—Te llamaré esta tarde. —La abrazó en señal de despedida—. Tienes que salir un poco, Amelia. Ya verás que te lo vas a pasar genial. —Le guiñó un ojo.

—Lo pensaré. Me voy que ya es tarde.

Tenía que ir en transporte público, solo Sebastián tenía suerte de tener coche. Simplemente quería llegar a casa y encerrarse en su habitación para desahogarse. Necesitaba llorar de nuevo y echar fuera toda esa rabia que le había provocado ver a Sebastián con aquella chica y eso solo podía hacerlo cuando estaba a solas en su cuarto.

Después trataría con sus padres el tema de la fiesta. No pensaba hacerse ilusiones, sabía que no la dejarían salir tan fácilmente.

CAMBIOS INESPERADOS

—¿Por qué estás triste? —Lucas mantuvo el rostro imperturbable mientras tocaba la mejilla de su mujer con los nudillos de su mano.

El gesto cariñoso hizo que Celia diera un salto sorprendida. Llevaba toda la mañana perdida en el mundo lejano de los pensamientos, intentando encontrar una explicación a lo que pasaba con sus dos hijos.

Sebastián había empezado a salir por las tardes y a veces llegaba tarde por las noches. Pero eso no era lo peor, solía llegar ebrio y pelearse con todos los muebles de la casa que se encontraba a su paso. Ella sabía perfectamente la situación por la que estaba pasando su hijo pero no podía decirle lo que tenía que hacer. Debía empezar a tomar sus propias decisiones y a equivocarse para aprender por sí mismo.

Recordó con cariño a Ángel y como él había planeado ese viaje al Polo Norte. Un viaje que dio buenos resultados y que había hecho llegar el amor a su vida y a la de Lucas.

Estar juntos durante tanto tiempo, sirvió para que los sentimientos ocultos salieran a la luz.

En cambio su hija, estaba siendo más reservada y no mostraba a nadie su sufrimiento. Sabía fingir que todo estaba bien y aunque su corazón lloraba, siempre disimulaba con una hermosa sonrisa.

La actitud de Sebastián los había mantenido durante años en la cuerda floja y creían que la única solución era dejar que el tiempo pasara. Pero lo cierto era que se esperaban otro tipo de reacción por su parte; tal vez que simplemente ignorase a su hermana o incluso que se fuera de casa por no verla, pero que la mirase como ahora lo hacía... Sobrepasaba todas las expectativas de sus padres.

—No estoy triste. —Se mordió el labio y levantó la mirada—. Estoy preocupada por nuestros hijos.

—Yo también, cariño. Ayer intenté hablar con Sebastian pero fue sin éxito. Ni siquiera me hizo caso —pronunció sus palabras con apacibilidad. Sabía lo dolorosa que resultaba esa situación para su mujer porque él estaba pasando por lo mismo.

Jamás la había visto tan pálida ni tan inerme. La miró con cierta impotencia al tiempo que el corazón le daba un vuelco, como si tratara de

recordarle que seguía amándola a pesar de la problemas que había entre ellos.

No podía mirarla a los ojos, se sentía culpable. Esa era la terrible realidad que debía afrontar. Lo único que podía hacer era retroceder un poco y dejarle espacio.

Se dio cuenta de que no podía soportar aquel silencio por más tiempo y la abrazó con ternura. En sus brazos la notó temblar y pensó que sería más fácil para los dos si no se miraban a los ojos.

—Lo siento, cariño. —Le susurró al oído—. Todo saldrá bien. Estoy aquí.

Celia no supo qué decir. Apoyó la cabeza contra su pecho y escuchó los latidos de su corazón. Estaba cansada de pasar apuros y quería tener fe. Necesitaba la ayuda de su marido y le necesitaba a él.

Lucas la abrazó con más fuerza y a ella la invadió una gran sensación de alivio.

—Lucas...

—¿Qué ocurre, cariño? —Su marido se mostró sorprendido por el tono de su voz.

—¿Has visto el cambio de actitud en nuestro hijo? —Deshizo el abrazo y le miró directamente, esperando su respuesta.

—¿Te refieres al alcohol? Sí lo he visto y estoy realmente preocupado. —Iba a terminar su frase pero Celia le cortó.

—Ese es un tema muy importante, pero no me refiero a eso. Me refiero al cambio de actitud con su hermana.

—Ah, eso. La verdad es que ha dejado de molestarla pero sólo lo hace porque tiene miedo al internado —confesó su opinión.

—No, Lucas. Hay algo más. La mira de forma diferente, como si tuviera una deuda muy grande con ella y no pudiera pagarla... —Celia había pronunciado las palabras más para ella misma, que para su marido.

—Tal vez se ha dado cuenta de su error y no se atreve a pedir perdón a Amelia. Ya sabes lo testarudo que es.

—No es eso, cariño. Ese cambio de actitud, esa forma de huir de ella cuando antes siempre la buscaba para molestarla y esa manera de beber... No me gustan. Se unen demasiados factores que pueden terminar en desastre. — Los ojos de Celia habían empezado a empañarse. Además de la preocupación que sentía por sus hijos, la dolía demasiado ver que esa conexión que había tenido con su marido se había esfumado. Antes siempre veían las cosas del mismo modo y se daban cuenta de lo que ocurría a la vez. También corrían

uno al lado del otro para contarse sus impresiones y ahora, ambos llevaban días observando los cambios en sus hijos y les había costado un mundo hablarlo entre ellos. ¿Qué les estaba pasando?

Lucas se acercó nuevamente a ella y pasó el brazo por sus hombros. Lo cierto era que no había mirado las cosas desde el mismo punto de vista que su mujer, pero podía tener razón. Estaba decidido a observar a sus hijos atentamente y si sus sospechas se confirmaban, deberían actuar con rapidez.

—Voy a intentar hablar con Amelia. Estoy seguro de que me ayudará más que su hermano —aseguró Lucas.

—Está bien, entonces yo lo intentaré con Sebastián. Sea lo que sea lo que está sucediendo, es urgente que deje de beber de ese modo. Puede meterse en un pozo sin fondo del que tal vez no pueda salir más adelante.

Y así, decididos a hablar con sus hijos para averiguarlo todo, se pusieron con los preparativos para la comida. La hora se estaba acercando y después cada uno se retiraba a su habitación. Sería el mejor momento para abordarlos y sacar algo en claro.

—¿Puedo pasar? —Celia preguntó con suavidad, por si su hijo se había quedado dormido.

—Si, puedes —contestó con laconismo y se apresuró a cerrar su cuaderno de dibujo para que su madre no lo viera—. ¿Qué ocurre?

—Me gustaría hablar un momento contigo, hijo. —Sebastián notó la tensión que empezó a flotar en el ambiente y cuando vio la expresión de su madre, pensó que algo muy malo estaba pasando por su cabeza. Intrigado, cimbó sus hombros y se puso de pie.

—Si tiene que ver con mi hermana o...

—Tiene que ver con ella y contigo. —Lo miró dejando ver lo molesta que estaba y haciendo saber a su hijo que no le gustaba su actitud.

—Siéntate, mamá. —Señaló la cama.

Reacia, su madre obedeció. Él la miró y un largo suspiro se escapó por su boca. El aspecto de su madre había cambiado mucho en los últimos meses y lo peor de todo era que sabía que él era el causante de su malestar. Sus caprichos y sus problemas habían vencido a Celia.

— ¿Recuerdas la historia que te conté hace tres años? —Lo miró a los ojos, esperando su respuesta con lo que parecía melancolía.

—La recuerdo perfectamente, mamá. Es una historia muy hermosa y sé que papá y tú habéis pasado por mucho para estar juntos.

—¿Y esa historia no te dice nada? —inquirió suavemente.

—Es una historia muy bonita, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo. —Su tono de voz dejaba ver sus dudas al respecto.

—Siempre pensé que nuestra historia de amor fue escrita por el destino y que tendría un final feliz.

—¿Y no lo tiene? —Sebastian la miró aturdido, como si no comprendiera.

Celia esbozó una fría sonrisa.

—Siempre quise un amor que nunca tuviera fin pero tu actitud lo está sentenciando.

Sebastián la miraba a los ojos intentando descifrar sus palabras. Vio desesperación y dolor, una mezcla de tristeza que la atenazaba. Cuanto más intentaba fingir que no le importaba, más fuerte golpeaban esos sentimientos a la puerta de su corazón. Sabía que él era el culpable de la tristeza que envolvía a sus padres y sabía que la única manera de solucionarlo, era irse de casa.

—No me echas a mí la culpa, mamá —masculló irritado.

—No, hijo. La culpable soy yo, por no ser una buena madre. Por...

—Mamá, por favor. —La cortó bruscamente—. Creo que esta conversación nos hace daño a los dos y yo no considero que hayas sido una mala madre.

—Solo quiero que te lleves bien con tu hermana, que dejes de beber y que estés más tiempo con nosotros en casa.

—No puedo, mamá —dijo con frialdad.

Pensó que así lo dejaría en paz. Estaba demasiado nervioso y deseaba quedarse solo para tranquilizarse y pensar. Cada vez que recordaba a su hermana, más fuerte se hacía el deseo de salir huyendo. Se prometió a sí mismo que intentaría pasar más tiempo con ella y que intentaría reprimir su deseo de tocarla o de besarla. Debía hacerlo por sus padres.

—¿Por qué? ¿Qué pasa entre vosotros dos? Necesito saberlo.

—No pasa nada, mamá —mintió—. Sabes que no me gusta hacer de niñera.

—No me gusta tu actitud y por eso tenemos que tomar medidas. Tu padre y yo necesitamos pasar tiempo solos, estamos descuidando nuestra relación y no quiero que haya problemas entre nosotros. Estaremos fuera

unos días y quiero que cuides de tu hermana. Hazlo por mí, por favor.

Él giró la cabeza en dirección a su voz y su cara quedó blanca como el papel.

—¿Quieres que la cuide yo? —preguntó sin poder evitar que su voz se quebrara.

Celia reprimió el deseo de contestarle con un furioso “sí”, pero con gran control le devolvió una sonrisa. Pensaba que esa sería la única manera de que sus dos hijos hicieran las paces.

Sebastián se dio cuenta de que su madre hablaba muy en serio y que no le quedaba otra que hacer lo que le pedía. No quería enfadarla más y estaba pensando que esa era la oportunidad perfecta de que la relación de sus padres mejorara y volviera a la normalidad. Les debía al menos eso antes de irse de casa.

—Lo haré —murmuró en voz baja.

—Gracias, hijo.

Celia se levantó y le dio un beso en la frente. Salió de la habitación, contenta de haber hablado con su hijo.

Cuando se cerró la puerta, Sebastian se sentó a la mesa y miró fijamente su cuaderno de dibujos. La mitad estaba lleno de retratos con el rostro de Amelia. Ella era su musa, su inspiración y la unión entre los sentidos y los pensamientos. Todo el calor se había ido del cuarto y se sintió solo de repente. Esa sensación era muy familiar para él; todos los días sentía la soledad caminando a su lado.

Fuera de la habitación, Lucas escuchaba la conversación de su mujer y su hijo con sigilo para no ser descubierto. Las lágrimas caían a raudales por las palabras que Celia había pronunciado. “—Siempre pensé que nuestra historia de amor fue escrita por el destino y que tendría un final feliz.” Esas habían sido las palabras que habían abierto una herida en el corazón de Lucas.

Dejaba claro que siempre había pensado que sería para siempre, pero ahora algo había cambiado.

Eso, unido a la actitud que había tenido Sebastián mientras ella le preguntaba, le dejaron ver mucho sobre los sentimientos de su hijo y decidió que la conversación con Amelia no sería necesaria por el momento.

Tenía otra conversación pendiente y esa era mucho peor. Debía enfrentar a su mujer y confesarle que lo había escuchado; necesitaba una explicación para entender lo que estaba pasando y por supuesto, saber cuál era el destino de ese supuesto viaje que iban a hacer y que hasta ese momento, solo existía

en la cabeza de Celia.

Rezó recordando a Ángel con cariño para que le ayudara y guiara sus pasos por el nuevo camino que se abría en su vida.

PIZZA Y CERVEZA

Amelia estaba terminando de hacer las tareas cuando Sebastián entró en su habitación. Llevaba una pizza en una mano y una bolsa en la otra. Ella cerró el cuaderno y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Mamá y papá han salido —explicó cerrando la puerta—. Dejaron esta pizza para la cena.

—Espero que la hayas calentado. —Sebastián sonrió ante las palabras de su hermana.

Miró atentamente a su alrededor. La habitación de su hermana parecía sacada de un cuento de hadas y eso le gustaba. Sentía la magia de la vida flotando a su alrededor cada vez que entraba, haciendo que su estado de ánimo mejorara instantáneamente. Le gustaban los colores vivos que Amelia había elegido para pintar los paredes y le encantaba sentirse un viajero más en ese mundo que ella había creado. Se notaba su presencia en cada esquina de aquel lugar y era evidente que era una representación de su carácter: alegre, viva y feliz. Estaba seguro de que era el mejor refugio para Amelia. Una habitación distinta a la suya, que llevaba tonos apagados y fríos.

—Por supuesto —contestó con celeridad.

Ella se sentó en la cama y miró atentamente como Sebastián liberaba la mesa para colocar la pizza y las bebidas. Luego arrastró la mesa hasta la cama y se sentó a su lado. Su cercanía le producía un dulce cosquilleo y para ocultarlo, empezó a jugar con las servilletas de papel.

— ¿Por qué yo no puedo beber cerveza y tu sí? —preguntó mirando el vaso lleno de su hermano. No es que tuviera muchas ganas de beber cerveza pero el comentario la ayudó a distraerse de su cercanía.

—Porque tienes quince años y a mi me falta poco para cumplir los dieciochos. Puedo beber alcohol.

Ella lo miró y se perdió ante el centelleo de los ojos de su hermano. Sintió cómo el mundo se tambaleaba a sus pies y odiaba que él la hiciera sentirse tan vulnerable.

—Pues me queda poco para cumplir los dieciséis. Crees que soy una niña, ¿verdad?

—Creo que no deberías beber alcohol —murmuró tajante.

Necesitaba hablar, necesitaba distraer la mente para no caer en una

conversación aburrida y monótona. O algo peor... Que Amelia notara su nerviosismo.

—El hermano protector. —Tomó su vaso de zumo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Ese soy yo y si te portas bien, dejaré que pruebes la cerveza. —Se encogió de hombros y volvió a mirar el vaso lleno.

Recordó la primera vez que había probado la cerveza y al principio no le gustó su sabor acerbo. Pero con el tiempo esos tragos amargos cambiaron de sabor y empezó a gustarle la sensación que experimentaba su cuerpo. La cerveza solucionaba sus problemas y mataba lentamente los deseos prohibidos que últimamente rondaban en su cabeza. Sabía que el alcohol era su peor enemigo y que le hacía daño, pero ahogaba sus penas.

—Y si no me porto bien, ¿qué me darás? —preguntó burlándose e ignorando la mirada de Sebastián.

Descubrió una cosa. Ella no era tan inmune al encanto de su hermano como había imaginado y jamás le había hablado así, tan atrevida y provocadora. Para ella, Sebastián era su hermano y su amigo. Siempre sintió afecto y cariño por él, pero últimamente, esos sentimientos estaban siendo reemplazados por otros nuevos para Amelia. Eran más profundos y más intensos. No dejaba de preguntarse si aquello que sentía sería amor o simplemente las hormonas de la edad la tenían alterada como decía su madre.

—Algo mejor que la cerveza —contestó y le sonrió de lado.

—¿A qué te refieres? —Miró fijamente su sonrisa y empezó a ruborizarse.

Apartó la mirada y se concentró en su plato. Estiró una mano para coger el bote de *Ketchup* e intentó abrirlo pero como las manos le temblaban, le fue difícil conseguirlo. Intentó disimular su nerviosismo, pero Sebastián se dio cuenta. Agarró sus manos y le abrió el bote de *Ketchup*.

—¿Quieres *ketchup* en la pizza? —Amelia hizo la pregunta evitando la mirada de su hermano.

—Sabes que no me gusta —dijo él, aún intentando comprender lo que acababa de suceder.

Sus palabras incomodaron a su hermana y esperaba que ella no se diera cuenta de su intento de coqueteo. La quería mucho, eso sí, pero siempre había tenido la impresión de que ella lo odiaba. Había evitado por todos los medios verla en los últimos años porque le resultaba doloroso tenerla tan cerca, pero a la vez tan lejos. La distancia era simplemente su mecanismo de defensa

porque sabía que nunca podría tenerla.

—Tienes un poco de *Ketchup* en la barbilla. — Sebastián extendió la mano y limpió su barbilla, luego llevó el dedo índice a su boca y lo chupó—. Bueno, no está tan mala esta salsa.

Ella se puso colorada y durante unos segundos sintió que flotaba en una especie de nube. De esas que surcan los cielos en un día soleado en pleno verano.

—Tienes los labios brillantes —susurró ella—. Esta pizza lleva mucho queso.

Se quedó mirando sus labios y sintió un hormigueo que se le extendió por todo el cuerpo. Deseaba besarlo y eso la hizo sentirse incómoda.

—¿Crees que mamá y papá estarán bien? Amelia necesitaba cambiar de tema y centrarse en las problemas que amenazaban con destruir la relación de sus padres. No quería hablar con nadie de ese tema porque se sentía culpable. Sus días se tiñeron de amargura y siempre terminaba llorando. No podía controlar sus emociones y su interior estaba endeudado con ese trato que había hecho con su hermano.

—No lo sé, pero necesitan estar a solas —dijo Sebastián, tratando de romper aquel desagradable silencio.

—Ellos se aman mucho, no me gustaría verlos separarse —confesó sin encontrar una mejor explicación.

—A mí tampoco, Amelia —añadió sin poder dejar de mirarla.

Sebastian sintió deseos de tomarla en sus brazos y confesarle todo lo que sentía en ese momento. Sabía que eso era un error, ella podría pensar mal y asustarse.

— ¿Sabes? A veces le pido a Dios que todo vuelva a la normalidad y que tú olvides la rabia y la amargura que se han convertido en los timones de tu vida.

Sus palabras tocaron el corazón herido de Sebastian.

—No estoy amargado.

—No he dicho eso. Pero deberías darte la oportunidad de amar.

—Pero yo te... Yo... —De pronto se dio cuenta de que estaba a punto de reconocer lo que sentía y se calló.

Amelia decidió callarse también porque la debilidad ante esa situación amenazaba con salir.

—Si pudiera cambiar el pasado, lo haría —dijo él, apartando la mirada.

—Pero no puedes —pronunció sus palabras con sinceridad, creyéndolo

con todo su corazón.

—No, no puedo y aunque yo haya cambiado, no puedo hacer nada para arreglarlo. Siento que es demasiado tarde, ¿verdad? Te hice daño, a ti y a nuestros padres —repuso con suavidad.

—No eres el único culpable, Lucas. —Realmente deseaba que fuera de otro modo—. Pensé que no te importaba.

—Me importas, Amelia. Más de lo que puedas imaginar pero no puedo hacer nada para cambiar lo que soy para ti. Lo nuestro nunca se arregló, ¿verdad? Sólo empeoró.

—Sí —contestó ella con el corazón roto—. Tengo sueño —mintió a la vez que fingía un bostezo—. Será mejor que te vayas a tu habitación. Debería meterme en la cama.

PAN QUEMADO

A esas horas de la mañana el silencio reinaba en la casa. No era lo normal, pues en otro momento Lucas y Celia ya llevarían rato levantados y sus pisadas aceleradas para no llegar tarde, resonarían por todos lados.

El despertador sonó como de costumbre, inundando la habitación con un pitido molesto. Amelia abrió los ojos y estiró una mano para apagarlo. En una hora tenía que estar en el colegio y el tiempo nunca estaba a su favor. Siempre terminaba llegando tarde y cuando solo era eso, debía dar las gracias. A veces había olvidado hasta quitarse la parte de arriba del pijama o aparecía en clase sin peinar... Era un completo desastre.

Apartó las sábanas y se bajó de la cama. Miró nuevamente el reloj y abrió el armario. Estaba harta de ponerse siempre el uniforme, las camisetas blancas y las faldas verdes llegaron a perseguirla incluso en sus peores sueños.

Escuchó un ruido abajo y se vistió rápidamente, saliendo de la habitación a grandes zancadas.

Bajó las escaleras y un olor a quemado pellizcó su nariz. Cuando abrió la puerta de la cocina, un humo denso cubrió su cuerpo, perfumándola con un olor desagradable.

— ¿Pero qué pasa aquí? —Movió las manos en todas las direcciones posibles, intentando quitar el humo que cegaba su vista.

—No te quedes ahí —gritó Sebastián—. ¡Ayúdame!

Amelia cruzó la cocina y se paró al lado de su hermano. Empezó a reír cuando vio que había quemado la sartén y por consiguiente, su contenido.

—Reconoce que la cocina no es lo tuyo —dijo sin poder dejar de reír—. ¿Estás intentando quemar la casa?

—Muy graciosa —gruñó—. Estaba intentando preparar el desayuno. Mamá y papá avisaron de que llegarán esta tarde.

— ¿No han vuelto? —Tosió varias veces y estiró las manos para abrir la ventana—. Deja que salga el humo.

—Dejé la sartén sin vigilancia durante unos segundos y cuando quise darme cuenta, mira la que se había liado. —Sebastián se rascó la nuca, gesto que la conmovió. Lo apartó cuidadosamente mientras salía una de sus hermosas sonrisas.

—Quítate. Prepararé el desayuno, pero tú recoges.

—Mhm... —Entrecerró los ojos y miró fijamente las piernas de su hermana—. ¿Me parece a mí, o tu falda es cada vez más corta?

Amelia quiso decir algo pero finalmente se arrepintió. Lo miró fijamente, sin poder apartar la vista de él.

—Olvida lo que dije pero deberías mirarte en el espejo, apenas tapa tu culo.

Ella puso los ojos en blanco, dejando claro que su hermano era un exagerado.

—Eres un idiota y deberías mirarte tú. Llevas una pinta horrible con ese pelo y... y...

— ¿Y qué? —Enarcó una ceja, expectante.

—Nada, solo que eres feo. —Metió pan para tostar, intentando evitar encontrarse con su mirada, que la buscaba con ansia.

—Uy, ¿me has llamado feo? —preguntó él con un bajo rugido.

— ¿Qué tiene de malo? Tú también lo hiciste durante años, incluso llegué a pensar que tenías razón.

Lo miró con cautela, temiendo su reacción. Sebastián estaba pensativo o más bien, buscando las palabras adecuadas.

—No eres fea, Amelia. —Se acercó con la mirada fija en su rostro—. Eres hermosa, no dejes que nadie te llame fea.

—Tú lo hiciste.

A Sebastián se le aceleró el corazón al escuchar sus palabras. Amelia nunca había sido demasiado expresiva acerca de sus sentimientos y se dio cuenta de que había más tras sus palabras.

—Te pido perdón. —Llegó delante de ella y colocó las manos en la encimera, una a cada lado de su cuerpo, atrapándola.

—Disculpas aceptadas, ahora... quítate. —Intentó empujarlo—. Tenemos que ir al colegio.

Sebastian agachó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron y un largo suspiro salió desde lo más profundo de su pecho. Amelia era tan hermosa que cada vez se le hacía más difícil comportarse como un hermano. Su sentimientos eran confusos y no podía pensar con claridad. Tan solo quería tenerla entre sus brazos. Verla todos los días con esas curvas tan femeninas, era para él una verdadera tortura porque sabía que nunca podría estar con ella de la forma que deseaba.

La tostadora empezó a pitar y él se alejó rápidamente, volviendo a la

realidad.

—¡Oh no! —exclamó Amelia—. El pan se quemó.

—Parece que iremos al colegio sin desayunar —murmuró él mirando como su hermana intentaba rescatar las tostadas—. Tengo dinero, compraremos algo en la cafetería. Vamos, te llevo.

Amelia tardó en aceptar la propuesta de su hermano. Ese encuentro casual en la cocina había provocado en ella una sensación de incomodidad o al menos, eso había creído al principio. Cuando Sebastián la había acorralado de esa forma contra la encimera, los latidos de su corazón se habían acelerado como si un caballo desbocado corriera por su interior, pisoteando todos y cada uno de sus órganos.

La incomodidad se había hecho a un lado, dejando paso al deseo. Deseo de acercarse lentamente hacia su boca y de probar sus labios. Por un momento olvidó que era su hermano y lo vio nada más como un compañero de colegio. Un compañero con el que pudiera quedar por las tardes para ir a merendar, con el que ir al cine o con el que darse su primer beso de película.

El teléfono la sacó de sus pensamientos y al darse cuenta de que su hermano le había estado hablando y ella ni siquiera lo había oído, se sonrojó. Giró su cabeza hacia el lado contrario con la excusa de coger el móvil para que Sebastián no lo notara.

— ¿Sí, dígame? —No sabía quién era. Con los nervios había olvidado mirar la pantalla de su teléfono.

— ¡Amelia, cariño!

—Hola mamá, ¿cómo va todo? —Miró a su hermano y entornó los ojos. Celia había llamado demasiadas veces desde que se habían ido, estaba claro que no se fiaba de sus hijos. Sebastián le respondió con una sonrisa llena de complicidad.

—Bien. Y, ¿vosotros?

—Bien mamá, tranquila —suspiró.

—Y, ¿tu hermano? ¿Te ha molestado? —Amelia tecleó en su móvil hasta que pudo activar el altavoz.

—No, mamá. Me ha tratado bien y ha cuidado de mí.

—Eso es verdad. Si no fuera por mí, la casa habría salido en llamas hace unos minutos. —Sebastián se hizo partícipe de la conversación y guiñó un ojo a su hermana.

—¿Qué? ¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado? ¡Sebastián!

Ambos se rieron por la esperada reacción de Celia. Sebastián había

logrado su propósito y tenía a su madre demasiado alterada, buscando a Lucas para regresar de inmediato.

—Tranquila, no le hagas caso —pronunció Amelia entre carcajadas—. Es una broma pesada de Sebastián, todo está bien.

—Sí mamá, era una broma. Esta tarde encontraréis todo tal y como lo dejasteis. —Un sonoro suspiro se oyó desde el otro lado del teléfono.

—¡Sebastián, casi me da un infarto! —Parecía enfadada pero no tardaron en darse cuenta de que estaba intentando disimular una carcajada—. No lleguéis tarde a clase y portaros bien. Nos vemos esta noche.

“Esta tarde encontraréis todo tal y como lo dejasteis” —pensó Celia, recordando las palabras de su hijo. Pero sabía que eso no era cierto. Escuchar a sus hijos bromeando y riendo juntos, no era algo que estuviera pasando cuando ellos se habían ido.

Y mucho menos escuchar a Amelia decir que su hermano se había portado bien con ella y que la había estado cuidando. Había notado el tono de extrañeza en su hija, mezclado con la emoción que la causaba escuchar sus propias palabras. No solo Sebastián estaba cambiando, sino que ese cambio estaba gustando mucho a su hermana.

— ¿Cómo van las cosas en casa? Tengo ganas de volver —dijo Lucas sin ganas.

—No sé muy bien qué responder a eso... —Celia se pasó la mano por la barbilla, pensativa.

Lucas la miró extrañado, sin entender ni una sola palabra de lo que su mujer acababa de decirle.

SARA, VICENTE Y AARÓN

—¿Se puede saber en qué piensas?

El sonido inesperado de su voz sobresaltó a Amelia, haciéndola girarse con brusquedad. Para evitar tropezar con la silla, tuvo que aferrarse a la mesa que estaba a su lado. Miró a su mejor amiga con intriga, preguntándose qué le habría llevado a hacer una visita tan temprana e inesperada.

—Hola, Maria. —Sonrió levemente sin poder ocultar su irritación—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Vine para asegurarme de que no olvidaste que esta noche tenemos que ir a la fiesta de Raúl. —Se sentó en el sofá y miró a su alrededor—. ¿Y tu hermano?

—Salió —contestó, encogiéndose de hombros—. Dijo que tenía una cita con Margaret y...

—¿Me parece a mí o estás celosa?

Sin decir nada, Amelia se sentó a su lado y se cruzó de brazos. Se recordó mentalmente que debía tener una larga conversación con su amiga y confesarle lo que sentía por Sebastián. Esforzándose por aparentar indiferencia, mantuvo la vista fija en sus zapatillas rojas.

—No lo se... —comenzó a balbucir. Pero finalmente se quedó callada como si no encontrara las palabras necesarias para explicarse.

—¿Que pasa, Amelia? —Le preguntó ansiosa—. Sabes que puedes contármelo, soy tu mejor amiga. Hay algo entre tú y tu hermano, ¿verdad?

Amelia apretó los dientes y cerró los ojos sin responder. Se sentía avergonzada y triste. Los sentimientos que tenía por Sebastián habían tomado demasiado protagonismo en sus fantasías pero era incapaz de enfrentarse a ellos en la realidad.

—Estoy tan perdida, María. Cada vez que lo tengo delante de mí, olvido todo. Deseo tocarlo, deseo besarlo... —Se miraron en silencio—. ¿Es malo desear esto?

—Estás enamorada —dijo María rotundamente.

—Yo no estoy enamorada.

Amelia se levantó bruscamente, arrastrando los cojines hacia el suelo con el movimiento de su cuerpo.

—Admítelo, amiga —aconsejó María, incorporándose a su vez y

agachándose para recoger los cojines—. Cada vez que lo nombras tus ojos se iluminan y tus labios dibujan una sonrisa. Deberías decirle lo que sientes, no sabes qué puede pasar mañana y puedes perderlo para siempre. No dejes pasar esta oportunidad. Te arrepentirás para siempre.

—No puedo —susurró—. Hicimos un trato y...

—Piensa en la historia que vivió Sara, la chica que fue a clase con nosotras el año pasado —recordó con tristeza. Amelia miró a su amiga sin comprender sus palabras.

—¿Qué historia? —Frunció el ceño. Su amiga la miró y rodó los ojos en señal de desesperación. Era imposible que Amelia hubiera olvidado eso.

—Sara estaba perdidamente enamorada del hermanastro de su primo Aarón, aquel chico llamado Vicente. ¿Me sigues? —Amelia asintió, dándose cuenta de quienes eran las personas de las que le estaba hablando su amiga—. Bien, pues jamás se atrevió a decirle lo que sentía. Ya sabes... Eran familia, su primo, qué diría la gente... Lo de siempre.

—¿Y qué pasó? —preguntó Amelia, sintiendo curiosidad y encontrando similitudes con los sentimientos de Sara.

—Vicente tuvo un accidente de tráfico y le ingresaron de urgencia en el hospital. Cuando Sara se enteró, casi se volvió loca de la angustia. Llamó a su primo Aarón para que la llevara lo antes posible al hospital donde se encontraba su amor secreto. —María iba entristeciendo su mirada a medida que el relato avanzaba.

—¿Llegó a tiempo? —Una lágrima amenazaba con salir por el ojo derecho de Amelia.

—No. Cuando llegaron al hospital se enteraron de que Vicente había muerto mientras lo operaban de urgencia. Sara me contaba que en ese mismo momento, se hubiera ido con él al cielo de haber podido. Que todo lo que había sufrido fue en vano...

—Oh, Dios mío. Es horrible... —Amelia no dejaba de sustituir los personajes de la historia que Sara estaba contando, por ella y su propio hermano.

—Lo fue. Me contó que Aarón, su primo, le había preguntado por sus sentimientos hacia Vicente. Resulta que toda la familia sabía que estaba enamorada de él y aunque al principio les había costado asimilarlo, se habían hecho a la idea de que ese par estaban enamorados y de que terminarían juntos. —María tuvo que detener su relato por unos momentos para enjugarse las lágrimas—. ¿Te imaginas lo que eso fue para Sara?

—Lo cierto es que no, tuvo que sentir un dolor insoportable. —María asintió ante las palabras de su amiga.

— ¿Ves a lo que me refiero cuando te digo que nunca se sabe lo que puede pasar? —Amelia la miró con los ojos llenos de lágrimas, ya sin poder contenerse por más tiempo.

—Sí, te entiendo pero...

—No hay peros Amelia, si algo me enseñó esa historia es que no se puede dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy. No puedes guardarte nada porque tal vez, cuando quieras sacarlo a la luz, sea demasiado tarde...

—Amelia, te necesito en la cocina —gritó su madre, interrumpiéndolas — ¡Ahora!

—Voy, mamá.

Con las mejillas ardiendo y las lágrimas bañando su rostro, ayudó a María a colocar los cojines en su lugar y cuando se giró, su amiga la agarró por el brazo.

—Piénsalo Amelia. Recuerda que la vida es corta.

Todas las palabras que habían salido de la boca de María, la habían dejado pensativa el resto del día. No dejaba de imaginar que a Sebastián le pasaba algo con su coche una de esas noches que bebía tanto. Se veía a ella misma yendo a visitarlo al hospital y su mundo se venía abajo.

Recordaba todo lo que había vivido con él desde que se conocieron y aunque la gran mayoría eran momentos malos y en los que su hermano la había hecho sufrir mucho, no quería que nada malo le pasara.

Pero, ¿cómo decirle que lo amaba si ni siquiera ella estaba segura de sus sentimientos? Tal vez sentía ganas de besarlo y de abrazarlo como hermana y como era una chica inexperta, creía que sus sentimientos iban más allá.

Tras dar muchas vueltas y pensar durante un largo rato, decidió esperar. Sí, eso era lo mejor. Necesitaba estar segura de que lo amaba antes de confesarle sus sentimientos y si se daba cuenta de que era eso lo que sentía en algún momento, se lo diría.

Se lo diría aún estando segura de que su rechazo sería inminente. Segura de que su hermano la odiaría como nunca al conocer esa clase de sentimientos y segura de que la vida tal y como la conocía cambiaría para siempre. Pero prefería eso, antes que verse en una situación como la que su ex compañera de clase había vivido. Y mientras sus sentimientos se aclaraban... Intentaría con todas sus fuerzas que Sebastián dejara de beber de esa forma e intentaría que cogiera el coche lo menos posible.

El miedo se había erigido en su cuerpo.

La palabra miedo le recordó a algo que había dejado en segundo lugar pero que aún le quedaba por resolver: Una fiesta pendiente.

PERMISO

—No vas a ir a esa fiesta Amelia y menos sola —advirtió su padre—. Llevarás a tu hermano contigo.

—Sebas no está. No volvió de su maravillosa cita —recalcó la última palabra mientras imitaba el símbolo de las comillas con sus dedos.

—Ajá. —Lucas entrecerró los ojos—. ¿Te molesta?

—¿A mí? —Intentó hacerse la sorprendida pero hasta ella misma se dio cuenta de que su reacción había sido exagerada—. ¿Por qué me iba a molestar? Él tiene su vida y yo la mía.

—Lo que tú digas, Amelia. —Sonrió—. Si Sebastián quiere ir contigo a esa fiesta, tienes mi permiso para salir —aseguró antes de salir del salón, dejando claro que nada lo haría cambiar de opinión.

Mientras caminaba, sonreía al darse cuenta de que su mujer no se había equivocado cuando dijo que esos dos sentían algo más que cariño de hermanos el uno por el otro. Se negaban a reconocerlo y pensaba que lo único que necesitaban era un pequeño empujón.

— ¿De dónde vienes tan contento? No tendrás a otra por ahí... —bromeó Celia cuando Lucas abrió la puerta.

—No seas tonta. Estuve hablando con Amelia y creo que tienes razón. Está colada por Sebastián. —La abrazó con ternura y aprovechó para darle un beso dulce en el cuello—. Me recuerda mucho a ti —susurró con los labios pegados a su mandíbula—. Te negabas a reconocer que estabas enamorada de mí.

—¡Já! Y tu hijo es igualito a ti. —Sonrió—. La está evitando continuamente.

—Tenemos que pensar en algo para que se den cuenta de que no pueden seguir así —propuso Lucas.

—Sí, pero tampoco debemos obligarlos. —Celia se quedó pensativa.

—Tú eres el cerebro de esta casa —susurró su marido—. Piensa en algo cariño, antes de que sea demasiado tarde. Pronto querrán irse de casa y no podremos hacer nada para evitarlo.

—Sí, mi amor. Tu déjalo en mis manos. —Levantó la mirada y él le sonrió traviesamente.

—Bien pero antes me dejo yo en tus manos. —Le mordió con suavidad

el labio inferior—. Bésame, Celia.

Ella cerró los ojos, se puso de puntillas y cuando estaba a punto de presionar sus labios contra los de Lucas, la puerta de la habitación se abrió.

—¿Desde cuándo tengo que hacer de niñera? —preguntó Sebastián haciendo que sus padres se separaran y dejando ver lo molesto que estaba—. Ay, perdón. Podéis seguir con vuestro amor maravilloso. —Se giró para irse pero Lucas lo agarró por el brazo.

—No tan rápido, jovencito. Llegas tarde. —Su padre no había dejado de estar molesto por el comportamiento de Sebastián. No seguía horarios ni reglas y eso debía acabar.

—Perdí la noción del tiempo —habló y luego cerró la boca rápidamente.

Lucas se agachó y cuando lo olió, apretó con fuerza su agarre.

— ¡Has bebido otra vez! —gritó enfadado y Celia salió corriendo de la habitación—. Te dije que no quería volver a verte borracho, Sebastián.

—Solo fue una cerveza. Tranquilo, papá.

— ¿Y el coche? —gruñó Lucas.

—Vine en un taxi. —Tiró de su brazo para soltarse—. Deja de preocuparte por mí, sé cuidarme muy bien.

— ¡Y una mierda, Sebastián! —Los gritos de su padre aumentaron y se unieron al ruido que provocó cuando estrelló un puño contra la puerta—. Estás castigado sin coche un mes.

— ¿Un mes? —Sebastián también levantó la voz—. ¿Estás loco? Necesito el coche para ir al colegio.

—Pues vas a ir en autobús como tu hermana. — Lo agarró por el cuello—. Y como otro castigo, tendrás que acompañar a Amelia a esa dichosa fiesta. Si lo haces, puede que te quite una semana del otro castigo.

—No pienso hacer de niñera —repitió molesto mientras se soltaba del agarre que lo tenía atrapado—. Solo iré porque necesito el coche. —Lucas aguantó las ganas de sonreír.

—Muy bien. Avisa a tu hermana para que se arregle. Y lava esa boca con jabón. Hueles como un camionero.

Sebastián salió de esa habitación enfadado con su padre por haberle castigado. No era su culpa que Margaret lo hubiera arrastrado por todas esas tiendas. Sólo había bebido dos cervezas mientras la esperaba.

Se paró delante de la habitación de Amelia y abrió la puerta sin tocar. Le gustaba sorprenderla. La encontró sentada con los auriculares puestos mientras cantaba una canción. No quería molestarla y se quedó escuchándola.

Le gustaba oírla cantar porque tenía una voz preciosa, melodiosa... Pero no pudo evitar sorprenderse al escuchar a fondo la letra de esa canción. Era muy melancólica y al oírla se sintió de repente triste y vacío, incluso una lágrima amenazaba con salir. Tenía que alejarse de ella, tenía que irse de esa casa. Le resultaba muy duro verla y no poder tocarla, no poder decirle lo que sentía por ella.

Se acercó despacio y cuando estuvo a su lado, le quitó los auriculares de golpe.

—¡Oye! ¿Qué haces, idiota? —gritó molesta—. Dámelos. — Intentó agarrar los auriculares pero fue sin éxito.

—Te los devuelvo a la vuelta. —Los guardó en su bolsillo—. Y ahora arréglate, iremos a esa mierda de fiesta.

— ¿De verdad? —Todo el enfado que se había apoderado de ella desapareció, dejando paso a la ilusión por ir a la fiesta y por el hecho de que fuera Sebastián quien la iba a llevar—. ¿Vendrás conmigo?

—Sí, Amelia. Voy contigo y nos iremos de allí cuando yo diga — advirtió—. Llamaré a mis amigos, así no estaré solo.

Amelia lo miró con ternura y quería agradecerle pero tenía que seguir demostrándole que lo odiaba. No quería ser ella quien rompiera un trato tan importante.

—Lo que tú digas. Ahora sal de mi habitación. —Señaló la puerta.

—No te pongas muy guapa. No quiero pasarme toda la noche vigilando. —Antes de terminar de pronunciar sus palabras, ya se había dado cuenta de que había hablado sin pensar.

—Seguro que estarás demasiado ocupado bebiendo con tus amigos como para controlarme. —Sebastián respiró aliviado por lo que acababa de decir Amelia pero ella, en cambio, no podía dejar de pensar en esa historia que María le había contado. Tal vez tendría que ser ella la que controlase a su hermano mayor.

—No tardes, te esperaré abajo —aviso señalándole con su dedo índice para después, salir de su habitación.

Amelia sonrió cuando Sebastián cerró la puerta. Había escuchado perfectamente esas palabras y saber que él se preocupaba por ella, la hizo sentirse feliz.

Había conseguido que Sebastián dejara de odiarla y ahora quedaba convencerle de que ella lo odiaba.

UNA FIESTA DIFERENTE

Sebastián empezaba a ponerse nervioso, Amelia tardaba demasiado en bajar. Se levantó del sofá decidido en ir a buscarla. Cuando llegó a la escalera, se quedó atónito al verla bajar. Tenía el pelo recogido en un moño desordenado que la hacía parecer muy linda. No llevaba mucho maquillaje pero no le hacía falta, tenía unos ojos grandes que brillaban por sí solos.

El espió una sonrisa en la comisura de su boca y sacudió la cabeza. Realmente, su hermana era una chica dulce. Se había pasado toda la tarde pensando en algún plan para impedir su llegada a la fiesta. Quería hablar con ella seriamente y averiguar cuáles eran sus sentimientos hacia él. No quería ser solo el hermano mayor y protector, sino un amigo y puede que un futuro novio.

Sebastián apretó los puños con fuerza y sonrió.

Era preciosa y aguantó las ganas de abrazarla, pero no podía ocultar la sonrisa que apareció en su rostro.

—Te ves muy linda —confesó deslizando la mirada por su cuerpo con evidente interés.

Amelia se sonrojó y trató de poner una cara indiferente pero cuando estuvo delante de él, sonrió con timidez.

—Gracias, Sebas. —Se las arregló para mantener la voz firme a pesar de la forma en la que su corazón palpitaba, alarmado.

—Veo que llevas el colgante que te regalé el año pasado. —Estiró una mano para tocarlo.

Al hacerlo, sus dedos rozaron la suave piel de Amelia y ella reprimió una sonrisa tímida. Sus miradas conectaron y cuando ella fue a abrir la boca para hablar, se le hizo un nudo en la garganta. Se quedaron mirándose en silencio hasta que Celia se aclaró la garganta y los interrumpió.

Ellos dejaron de mirarse y se alejaron.

—No quiero que lleguéis tarde —comentó sin alzar la voz—. Aquí tienes, Sebastián. —Estiró la mano y le dio las llaves de su coche—. Conduce con cuidado y no le digas a tu padre que te la dejé. Y no bebas, por favor. —Le guiño un ojo y le dio un beso en la mejilla—. Os quiero mucho y no olvidéis que sois jóvenes y podéis cometer errores que os pueden cambiar la vida.

Las palabras de su madre lo bajaron bruscamente a la realidad.

—Sí, mamá —contestó Sebastián a la vez que cogía las llaves—. No llegaremos tarde, ya sabes por mí cuanto antes, mejor.

—Gracias mamá. —Se despidió con un abrazo.

Los hermanos salieron de casa y Celia se quedó mirándolos, sonriendo con malicia.

—Esa mirada me da miedo —dijo Lucas mientras se acercaba—. ¿Qué hiciste? —La agarró por la cintura y la abrazó con cariño.

—Piensan que llegarán a esa fiesta pero no es así —aseguró sin abandonar la sonrisa.

—¿Y por qué no llegarán? —preguntó y metió una mano por debajo de su camiseta.

—Porque el coche los dejará tirados a mitad de camino —dijo ella y empezó a reír sonoramente—. No tienen dinero y el tanque está casi vacío. No tienen suficiente para llegar al pueblo.

—Estupenda idea. —Agarró con las dos manos sus pechos y empezó a masajearlos lentamente—. Tendrán tiempo para hablar y quién sabe, para algo más —susurró—. Apagaré los teléfonos y les dejaremos que pasen toda la noche encerrados en ese coche.

—Somos malos —dijo ella y gimió cuando Lucas apretó con fuerza un pezón.

—Muy malos cariño pero ahora mismo me gustaría más ser travieso. —La tomó en brazos y empezó a subir las escaleras.

—Tenemos toda la noche para nosotros —susurró Celia riendo.

—Será divertido. Deberíamos hacer esto más a menudo —aseguró.

—Claro pero esto no significa que no queramos a nuestros hijos. —Celia no podía evitar sentirse un poco culpable en el fondo de su corazón.

—No, cariño. Queremos solo lo mejor para ellos. —La dejó en el suelo y empezó a desnudarla—. Eres tan hermosa, Celia...

Lucas la depositó en la cama y apoyado sobre un codo, empezó a acariciar su suave piel. Sus dedos provocaban un placentero repeluzno que dejaba a Celia al borde de la desesperación. Para ella, esas caricias no eran más que una tortura intensa a punto de explotar. Los dedos de su marido llegaron a la sedosa suavidad de la parte interna de su muslo y ella se estremeció ante las punzantes sensaciones que se despertaba en su interior. Los labios y la lengua de Lucas encontraron sus pezones y ella cerró los ojos, presa de aquel placer único.

Las caricias de su marido siempre habían sido expertas y la excitación al sentirlas, la llevaban muchas veces al borde del abismo. Vino una primera sacudida que la hizo gritar de placer. La segunda fue la definitiva, rompiendo su cuerpo en mil pedazos.

Celia sonrió al sentirse completa y feliz. Su marido era un hombre muy atento en la cama, un hombre perfecto en todos los aspectos y eso era un punto a su favor. Sintió que la relación había vuelto a la normalidad y que el amor había regresado a su vida en todos los sentidos.

—Gracias mi amor —susurró ella para después besar sus labios.

—Esto no ha terminado —advirtió sonriendo.

—Dame un respiro, Lucas —susurró entre carcajadas.

UN BOSQUE TERRORÍFICO

—¿Qué pasa, Sebas? —preguntó Amelia, que acababa de bloquear su móvil—. ¿Por qué paras justo en el medio de este bosque tan terrorífico?

—¿Te puedes creer que nos hemos quedado sin gasolina? —dijo enfadado y sorprendido al mismo tiempo—. El coche de mamá es una antigüedad. Lo extraño es que siga funcionando.

—Haz algo, me da miedo este bosque —susurró mirando por la ventana hacia la oscuridad que los rodeaba.

—¿Qué quieres que haga? —Intentó arrancar el coche—. Es inútil, no arranca —dijo después de varios intentos.

—Yo quiero ir a esa fiesta. —Cruzó los brazos—. Tienes que ir a la gasolinera —exigió mirándolo con enfado.

—Estas loca si piensas que voy a salir y andar en esta oscuridad. —Bloqueó las puertas—. Si quieres, puedes ir tú. Yo no quiero ir a esa fiesta. —Subió el volumen de la radio y se acomodó en su asiento.

Amelia lo miraba con asombro y quería gritarle, pero respiró hondo y encendió su móvil.

—Llamaré a papá. Eso es. —Amelia creía haber dado con la clave, aún seguía viendo a su padre como el héroe que podía salvarla de todo. Pero Sebastián levantó los hombros, impertérrito e inseguro.

Lo cierto era que estaba contento por no llegar a esa fiesta y porque por fin, tendría la oportunidad de averiguar cuáles eran los sentimientos verdaderos de Amelia hacia él. Necesitaba saberlo antes de irse de esa casa, antes de empezar una nueva vida lejos de su familia.

—El teléfono de papá está apagado —informó ella y Sebastián abrió los ojos para mirarla.

Tragó saliva al ver su mirada chispeante. Sus ojos verdes; rodeados de puntiagudas pestañas negras, expertamente cubiertas de rímel, lo hicieron sentir un ligero calor corriendo por sus venas.

—Llama a mamá —sugirió y tragó saliva sonoramente.

Estaba tan cerca que podía sentir su perfume intenso a lilas. Llevaba años usando el mismo, nunca lo cambiaba y Sebastián lo llevaba impregnado en su memoria y en sus venas. Cada vez que olía ese perfume, sus impulsos reaccionaban de una forma salvaje. Deseaba besarla y estrecharla en sus

brazos para no soltarla nunca.

Sabía que eso era imposible. Él había llegado a enamorarse pero ella se estaba tomando ese trato en serio y había conseguido cambiar su amor por odio.

—El de mamá también está apagado. —Dejó el móvil en su regazo y se quedó pensativa—. ¿Y ahora qué hacemos?

Ella lo miró expectante, intentando calmarse. En ese momento sus sentimientos eran un mar de confusión y se rascó la mejilla con nerviosismo. La atmósfera estaba muy cargada y una sensación de ahogo la atravesó. Estaba sola con Sebastián y se sentía más atrapada que nunca.

—Hablar —contestó Sebastián y se encogió de hombros en un gesto calculado de recato.

—¿Hablar de qué? —Se giró para mirarlo.

—Hablar de nosotros, Amelia. —Se quitó el cinturón de seguridad y se acercó a ella—. Necesito saber como estamos y qué es lo que sientes por mí. —Estiró una mano y le tocó la mejilla con el dorso de su mano.

—No sé a qué te refieres. —Intentó alejarse, pero él negó con la cabeza.

—No te alejes de mí, no te escondas más, Amelia. —Sus dedos empezaron acariciar suavemente su mejilla—. Tengo que saber si me amas o me odias. Hemos hecho un trato y yo he cumplido con mi parte. Cambie mi odio por el amor, ¿pero tú? —Rozó sus labios y ella gimió bajito, intentando que no la escuchara.

—Yo también cumplí con mi parte —respondió con la esperanza de parecer segura y convincente—. Cambié mi amor por el odio. —Cerró los ojos aguantando las ganas de llorar.

Tenía que decirle eso, él había cumplido con su parte. Amelia consiguió su amor pero a cambio tenía que odiarle. Lo amaba y le dolía mentirle pero tenía que hacerlo por sus padres, por ese trato y sobre todo, por él.

Sebastián no quería creer sus palabras pero verla hablar con tanta seguridad y tranquilidad, le hizo darse cuenta que ese era el fin de su lid. Ya tenía su respuesta y era libre para irse de casa, libre para empezar de cero.

—Entonces, ese trato llegó a su fin —dijo con tristeza. Amelia asintió con la cabeza—. Nos queda sellarlo —concluyó él, con la delicadeza de parecer decepcionado.

Se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos que parecieron una eternidad. Ninguno se atrevía dar el primer paso.

—Hazlo tú —susurró ella—. Bésame.

Sebastián no quería besarla porque sabía que eso sería su perdición y nunca lo olvidaría. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó evaluando. Sin duda, Amelia escondía más de lo que mostraba.

—No puedo, Amelia. —Se alejó y juntó los labios con fuerza.

—Lo harás Sebas, fue idea tuya —ordenó.

Quería ese beso más que nada porque sabía que sería la última vez. Nunca volvería a presentarse la oportunidad de ese modo. Tenía pensado irse de casa pero quería llevarse con ella un recuerdo bonito, algo que alimentara sus sueños.

—Amelia...

—Bésame, Sebas —pidió dando rienda suelta a sus lágrimas—. Bésame, fuiste el primero en hacerlo y quiero que seas el último.

Sus lágrimas salían sin parar y a Sebastián se le rompió el corazón en mil pedazos al verla así. Sin pensarlo dos veces tomó su rostro húmedo entre sus manos y besó sus labios salados con hambre. No quería parar nunca y saboreó el momento. Lo hizo sabiendo que sería la última vez y que nunca volvería a probarla.

El beso decía todo, soltaba toda la tristeza y llenaba sus corazones vacíos con un amor eterno. Ninguno quería separarse, ni siquiera para tomar aire. Ella se arqueo contra él y envolvió los brazos alrededor de su cuello.

Sebastián la besó más profundamente, olvidándose de que era la niña a la que siempre había molestado.

Cuando por fin se separaron, los dos sabían que se amaban y que nunca podrían estar juntos.

Sebastián la miró con tristeza y le secó las lágrimas que resbalaban por su mejilla.

—El trato está sellado —susurró sin pestañear. No quería dejar de mirarla ni un segundo—. Yo te amo pero tú me odias, ¿no es así?

Sebastián mantenía una última esperanza. Esperaba a que ella le dijera que lo amaba, estaba seguro de que así era. Lo había sentido durante aquel beso, había sentido su amor.

—Así es —mintió—. Te odio.

Amelia se acurrucó en su asiento, abrazándose las rodillas y llorando en silencio.

Sebastián se quedó mirándola sin saber qué hacer, quería tomarla en sus brazos pero no se atrevía.

—No llores, Amelia —susurró él—. No me gusta verte así. —Se acercó

y la tomó entre sus brazos.

Ella enseguida se giró y se tiró a su cuello, abrazándolo con fuerza.

—Daría mi vida por intentar ganarme tu amor, Amelia —confesó con angustia—. Te preguntaré algo. ¿Me dejarías intentarlo? —Se apartó y la miró directamente a los ojos.

Amelia no sabía qué decirle y las palabras no salían de su boca.

Sabía que eso haría que el sufrimiento de Sebastián fuera más fuerte y más largo. Quizá también su sufrimiento propio.

—No, Sebastián. Es tarde, nunca dejaré de odiarte. —Contuvo la respiración, intentando dominar un sollozo y preguntándose a sí misma por qué no podía romper el trato. ¿Por qué no le decía lo que sentía cómo se había prometido a sí misma?

—Tenía que intentarlo. —La estrechó fuerte y mientras sus ojos se humedecían sin control.

Se quedaron así hasta que Morfeo susurró la última palabra. Una última palabra en la que Amelia volvió a pensar en Sara y Vicente. Estaba cometiendo el mismo error que ella pero esperaba que en esa ocasión, el final fuera diferente.

Podía soportar vivir lejos de Sebastián, pero no vivir sin él.

DE MAL EN PEOR

Un golpe seco en la ventana asustó a Sebastián, despertándolo de su sueño. Tenía a Amelia dormida entre sus brazos y cuando levantó la mirada, una linterna le iluminó la cara y lo cegó.

—¿Estáis bien allí dentro? —preguntó lo que parecía un policía.

Sebastián bajó la ventana y asintió con la cabeza.

—Vuestros padres nos avisaron y venimos a recogeros. ¿Qué ha pasado?
—Bajó la linterna.

—Nos hemos quedado sin gasolina —explicó Sebastián y Amelia empezó a moverse.

—¿Qué pasa, Sebas? —preguntó mientras abría los ojos lentamente.

—Han venido a por nosotros —avisó mientras la ayudaba a incorporarse pero sin alejarse de sus brazos.

—Qué bien —exclamó poco convencida. Le había gustado dormir abrazada por su hermano.

—Recoger vuestras pertenencias y cerrar el coche —dijo el policía.

Amelia intentó levantarse pero Sebastián la estrechó fuerte entre sus brazos, necesitaba tenerla así una última vez. Dentro de unos meses se iría de casa y quería llevarse con él un hermoso recuerdo de su hermana.

—Amelia, quiero que nunca olvides que te amo —susurró—. Eres y serás la única que ocupará un lugar muy especial en mi corazón, pase lo que pase.

Amelia no se atrevió a hablar, solo se quedó quieta intentando no llorar. Ella también lo amaba y sería el único chico que tendría su corazón por completo.

—Vamos a casa —dijo Sebastián después de unos minutos.

Se bajaron y se subieron en el coche patrulla agarrados de la mano. Estuvieron callados todo el viaje, solo contestando algunas preguntas que les hacía el policía. Cuando llegaron delante de su casa, los dos sabían que ese era el fin, que dejarían de hablarse y que seguirían con sus vidas como lo habían hecho todos esos años.

—La próxima vez, llamad a la policía —sugirió el oficial mientras ellos se bajaban del coche.

—Lo haremos y gracias por traernos —comentó Sebastián y cerró la

puerta tras de sí.

Cuando el coche de policía ya no estaba visible, Sebastián agarró a Amelia por la cintura y apretó su cuerpo firmemente contra el de ella.

—Nunca voy a perdonarme el daño que te hice durante todos estos años —confesó—. Cuando te vi por primera vez sentí alegría. Eras muy linda pero cuando vi cómo te trataban mis padres, empecé a sentir celos. Me sentí solo muchas veces y me había propuesto hacerte la vida imposible para que te fueras de esta casa.

Amelia estaba escuchando con atención cada palabra que decía Sebastián. Nunca pensó que el motivo de su maltrato hacia ella fueran la tristeza y los celos. Todos esos años pensó que la odiaba y que ese sentimiento era el único motivo que influenciaba su comportamiento.

—Todos esos años intenté odiarte, Amelia. Me decía a mí mismo que tú eras el único motivo por el que mis padres no me querían. No me había dado cuenta de que era mi propio comportamiento lo que me estaba alejando de vosotros. —Tragó saliva—. Siempre te amé y siempre lo haré.

Amelia no aguantó más, sus lágrimas bañaban sus mejillas rojas y suaves.

—Sebastián, yo...

—Aquí estáis —dijo Lucas.

Cuando ellos giraron las cabezas, él se dio cuenta inmediatamente de que había interrumpido algo y empezó a retroceder.

—Os espero en casa —rectificó.

El momento fue irrumpido y Amelia no encontró de nuevo las fuerzas y el valor para confesar su amor. Simplemente lo miró con tristeza y le acarició la mejilla antes de darse la vuelta.

Sebastián la miró mientras se alejaba y aguantó las ganas de salir corriendo. Ese dolor, ese repudio, esa tristeza eran algo que lo destrozaban por dentro.

Solo unos meses más y estaría lejos de ella, lejos para olvidarla.

UN ESPEJO

Amelia abrió los ojos y apartó la sábana que cubría su cuerpo. Apenas consiguió descansar y conciliar el sueño. Toda la noche estuvo llorando y solo paró cuando entendió que el dolor era inevitable.

Se sentó en el borde de la cama, escuchando el agua de la ducha de la habitación de al lado. Sebastián se había despertado antes que ella y supo que él tampoco había descansado.

Colocó sus pies desnudos en el suelo y miró a su alrededor. De repente se sintió atrapada. Tenía miedo a salir de la habitación y enfrentarse a Sebastian. Ella lo había mentido y ya no había marcha atrás.

Decidió entretenerse con otras cosas y se puso a estudiar para su examen de matemáticas. Un golpe seco en la habitación de al lado hizo que se pusiera de pie de un salto.

Vino otro golpe y se asustó. Provenían de la habitación de su hermano y sin dudarle un segundo más, salió de la habitación.

Caminó de puntillas para no despertar a sus padres rozando la pared con sus dedos. Se paró delante de la puerta analizando las razones por las cuales no debía entrar. Sebastián estaba decepcionado con ella y no quería presionarlo más con su presencia. Empezó a retroceder pero vino otro golpe y la hizo cambiar de idea.

Abrió la puerta y cruzó la habitación. Cuando escuchó otro golpe, abrió la puerta del baño y se quedó boquiabierta.

Sebastián llevaba una toalla atada a la cintura y nada más. Con una mano sostenía el espejo para no caerse y con la otra intentaba colocar unos tornillos.

Ella enseguida estiró una mano para ayudarle a sostener el espejo.

—Me has salvado de siete años de mala suerte —susurró él con la mirada fija en sus labios. No entendía por qué pero ahora le costaba mucho más disimular.

Había pasado una mala noche y se había despertado temprano para ducharse. Necesitaba salir de casa y desahogarse para aliviar su alma. Estuvo tan centrado y perdido en sus pensamientos esa mañana que olvidó que su padre había colocado el espejo de manera provisional. Cuando dejó el champú encima de la estantería de cristal, los tornillos que sostenían el espejo

cedieron. Reaccionó con rapidez y consiguió atrapar el espejo justo antes de caer al suelo.

—Bueno, ¿qué pasó? —pregunto ella y tragó con dificultad mientras un cosquilleo la recorría de los pies a la cabeza.

La semidesnudez de su hermano la hacía reaccionar de una manera extraña. Lo ayudó a dejar el espejo en el suelo y enderezó los hombros.

—Olvidé que papá colocó el espejo ayer y....

—¡Estas sangrando! —exclamó al ver la muñeca de Sebastián—. Te has cortado.

—Supongo —murmuró él y giró la mano para que ella dejara de ver la herida—. No es nada, no me duele.

—Deja que te ayude. —Se alejó y agarró una toalla limpia.

—No hace falta que lo hagas. Puedo solo. —Se estaba impacientando y no entendía el motivo. Últimamente le pasaban ese tipo de cosas, hasta sus comportamientos le sorprendían.

No quería tenerla cerca porque sentía que el control lo fallaba.

—Deja de protestar.

Amelia le limpió con cuidado la sangre y respiró aliviada al ver que la herida no era profunda.

—Te dije que no era nada. —Agarró la toalla y ella se tensó.

Sebastián tiro de la toalla para acercarla más a él y ella dejó de respirar. No se resistió a tirar la toalla al suelo y se dejó llevar por la fuerza de su hermano.

—Me... Mejor me voy.

—Nadie te está echando de aquí. —Dejó caer la toalla al suelo y deslizó sus manos calientes por los brazos de Amelia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con dificultad para pensar.

—Nada de lo que tú no desees —contestó. Se acercó más a ella hasta rozarla con todo el cuerpo.

—Retrocede, por favor —susurró poniéndose colorada.

—Oblígame. —La retó.

Ella suspiró y Sebastián pasó a la acción. Enmarcó el rostro de su hermana con sus manos calientes y cubrió sus labios con exigencia. La besó lentamente, excitándola y dejándola sin poder moverse, ni pensar. De vez en cuando, absorbía su lengua y aplicaba un poco de presión sobre su boca. Era una sensación nueva para ella y por primera vez, experimentaba las magia del deseo.

—¿Me odias?—preguntó él, entre besos.

—Sí...

La respuesta de Amelia cayó como un chorro de agua fría encima de su pecho y se alejó. Jamás se hubiera esperado esa respuesta en un momento como ese.

—Me sacaste de dudas —murmuró mientras intentaba digerir la respuesta. Agarró con fuerza la toalla que rodeaba su cintura—. Quiero que te vayas, necesito vestirme.

La expresión de firmeza de él indicó que debería salir de allí corriendo pero ella no quería hacerlo. Se tapó los ojos y respiró hondo.

—Puedes hacerlo, no miraré —prometió forzando una sonrisa.

—Amelia, necesito que te vayas. —Quitó sus manos y la miró fijamente—. Vete, por favor.

Ella se negaba a admitir que ese momento había terminado. Todavía podía sentir los besos de Sebastián en sus labios. Guiada por un impulso desconocido, se dejó llevar por sus sensaciones y dio dos pasos. Pero en lugar de darlos dirección a la puerta, lo hizo en dirección a su hermano.

Este la miró sorprendido, sin entender. Se fijó en sus ojos, llameantes de deseo.

—¿Qué haces? Te he dicho que te vayas. —Alzó la voz.

—Es que... —Amelia no encontraba las palabras para decirle que no podía, que había una fuerza que la atraía hacia él como un imán.

Sin pensarlo más, dio otro paso y levantó los brazos lentamente, llevándolos a ambos hombros de Sebastián. Él se sorprendió de nuevo ante su contacto y una corriente le atravesó el cuerpo hasta llegar a su intimidad.

Amelia acarició su pecho desnudo con lentitud y sumo cuidado, como si estuviera memorizando cada centímetro de su piel. Sebastián gimió a modo de respuesta y echó su cabeza hacia atrás durante unos segundos.

Después la bajó de nuevo, quedando a pocos centímetros de la mirada de Amelia.

—¿Por qué no te vas, Amelia? —susurró.

—Porque no puedo...

—Algo así es lo que necesitaba oír. —Y la besó de nuevo. Esta vez con más severidad que las anteriores. Quería dejar claro el deseo que sentía y quería absorber al máximo cada momento que pasaba con ella, Amelia se dejó llevar durante unos segundos por el deseo, pasando un brazo alrededor del cuello de su hermano y mientras, con la otra mano, acariciando su cuerpo.

Correspondió al beso con todo el deseo que crecía por primera vez dentro de ella. Nunca antes había experimentado esa sensación pero le gustaba.

Deseaba con todas sus fuerzas dejarse llevar hasta el final y hacer todo con Sebastián. Sin embargo, no podía olvidar que eran hermanos.

Se separó bruscamente de él y lo miró con miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado y fastidiado al mismo tiempo por tener que parar.

—No puedo, Sebastián. Yo... Lo siento... —Una vez más actuaba por impulso.

Salió corriendo del baño y de la habitación de su hermano para encerrarse en la suya propia. ¿Qué acababa de hacer? ¿Es que se había vuelto loca?

Sebastián, por su parte, se quedó inmóvil en el baño. Sin entender qué era lo que acababa de pasar y dejando que su enfado y frustración crecieran.

Pensó que su hermana se estaba burlando de él, no podía haber otra explicación. Aunque si esa era su forma de burlarse, podía hacerlo más a menudo...

EL PEOR REGALO DE CUMPLEAÑOS

Sebastián entró de puntillas en la habitación de su hermana, llevando una mochila en su hombro. Dejó en la mesita de noche el cuaderno que había usado toda su infancia para hacer dibujos y encima depositó la nota que había escrito para ella.

Era una nota de despedida, la única forma que se le había ocurrido para que resultara menos dolorosa para él.

Desde que le había confesado sus sentimientos, ella no le había vuelto a hablar. Nada, ni una sola palabra. Estaba totalmente centrada en sus ensayos de música y las tareas del colegio.

Las únicas palabras que habían cruzado, eran durante las comidas o las cenas para intentar que sus padres no notasen nada. Ese cúmulo de cosas estaban haciendo que Sebastián no supiera qué más hacer para aguantar ese sufrimiento.

Esperó a que llegara la noche perfecta, la noche anterior a su cumpleaños. Tenía preparadas dos notas desde hacía algunos días, una para Amelia y otra para sus padres. Colocarla sobre la mesita de su padre había sido muy sencillo, debido al sueño insondable del que gozaba Lucas. Y ahora ya solo le faltaba colocar la que había escrito para Amelia y despedirse de ella. Necesitaba observarla una última vez.

Se quedó mirándola durante unos minutos, quería grabar ese rostro angelical en sus pupilas para soñar con ella cada noche. Se atrevió a besarle la mejilla y le acarició el pelo suspirando y sacando fuerzas de todas partes para aguantar las lágrimas. Era la última vez que la veía y tenía pensado no volver hasta que tuviera la certeza de haber olvidado el amor que sentía por ella.

Salió de esa casa con un dolor intenso en el pecho y sin mirar atrás, aceleró con ganas de empezar una nueva vida.

Amelia abrió los ojos algo agitada, hoy era el cumpleaños de Sebastián y tenía comprado un regalo para él. Quería ser la primera en regalarle algo y cuando se levantó de la cama una nota encima del cuaderno de Sebastián, le

llamó la atención.

Era muy extraño que hubiera una nota allí pero más extraño aún, era que el cuaderno de su hermano estuviera en su mesilla de noche. Jamás se separaría de él ni dejaría que nadie viera sus dibujos. Algo iba mal.

Se sentó en la cama con la nota en la mano y empezó a leerla en voz alta.

Amelia,

Me alejo de ti porque te quiero y porque me duele mirarte a los ojos sin poder besarte. Me duele tanto tenerte cerca y no poder decirte que te amo...

Tengo fé en el destino y sé que nos juntará de nuevo algún día.

Intenta ser feliz y vive tu vida como si yo no existiera. Intentaré olvidarte aunque siga queriéndote más allá de la muerte.

Para amar se necesitan dos...

Adiós, te dice tu hermano Sebas.

Amelia metió la nota en su bolsillo y salió llorando de la habitación, quería comprobar si esa no era otra de las bromas pesadas de su hermano. La habitación de Sebastián estaba recogida y él no estaba. Se tiró al suelo llorando y gritando a la vez. Sentía un dolor inmenso en su pecho y por más que lloraba no conseguía sacarlo.

—¿Amelia? —llamó una Celia asustada al verla llorando tan fuerte—. ¿Qué pasa? —Se sentó a su lado y ella no dudó en lanzarse a los brazos de su madre.

— ¡Sebas se ha ido! —gritó de dolor—. Se fue para siempre, mamá.

Celia se tensó al instante y apartó a Amelia para levantarse del suelo. Abrió los cajones de los muebles y se dio cuenta de que faltaba ropa.

Empezó a llorar y salió corriendo de la habitación para hablar con Lucas. Lo encontró leyendo una nota y se acercó con cuidado para ver lo que era.

—Siéntate —ordenó suavemente Lucas—. Voy a leer la nota.

Celia se acurrucó en el pecho de su marido mientras escuchaba las palabras escritas del puño y letra de su hijo.

Papá y mamá,

He decidido marcharme de casa para empezar una nueva vida en otro lugar. Simplemente no puedo estar viviendo más en esta casa y

vosotros no tenéis ninguna culpa.

Estoy sufriendo mucho y tengo pocas ganas de seguir adelante.

Necesito salir y olvidar todo.

No os preocupéis por mí, tenía dinero ahorrado. Os llamaré estos días para decirlos como estoy.

Espero que me podáis perdonar algún día pero necesitaba hacer esto.
Os quiero mucho.

— ¡No! —dijo Celia mientras se levantaba de la cama—. No lo hizo. —
Miró a Lucas con los ojos llenos de lágrimas.

—Celia...

—Esto es por mi culpa —susurró—. Soy una mala madre. —Empezó a llorar desconsoladamente y Lucas se levantó para abrazarla.

—No digas eso, cariño. Eres la mejor madre que podían haber tenido nuestros hijos. No te culpes, por favor —susurró—. Sebastián está enamorado, Celia. Y sé perfectamente por lo que está pasando. Necesita estar solo.

—Pero no así —respondió entre sollozos.

—No fue la mejor idea pero estará bien. Yo hice lo mismo, Celia. Me alejé de ti porque no podía estar viéndote todos los días y no tenerte —
aseguró convencido.

—Mi niño... Nos dejó... —Celia pronunció sus palabras para ella misma, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir. Aún no se lo podía creer.

—Ya verás cómo llamará sano y salvo. —Intentó tranquilizarla—. Yo también me siento culpable pero no podemos hacer nada ahora. Sebastián necesita tiempo, debemos respetarlo.

Ella se alejó para mirar a su marido, necesitaba ver el amor con el que sus ojos la miraban para recargar sus fuerzas.

—Amelia estará igual que yo. —Recordó ya un poco más tranquila.

—Iré a hablar con ella. —La besó en la frente—. Vuelve a la cama.

Un año más tarde...

Amelia estaba sentada en la cama, ojeando por cuarta vez el cuaderno de Sebastián. Soltó un suspiro y trató de ponerse en el lugar de su hermano.

Entendía sus razones pero no podía aceptar el hecho de que se hubiera ido sin despedirse de ella. Acarició con los dedos un dibujo, pensando qué hacer a continuación. Tenía miedo de enfrentarse a la vida sola. El amor que sentía por su hermano no la dejaba descansar por la noches, lo extrañaba tanto que se negaba a decirle adiós. Una oleada de dolor recorrió su cuerpo. Lo había perdido para siempre y los recuerdos dolorosos la seguían muy de cerca.

La única opción que le quedaba era irse ella también de casa.

Cada rincón le recordaba a Sebastián y le resultaba difícil no verlo cada mañana. Había terminado sus estudios y el Conservatorio ya no la llenaba. Cada vez que cantaba, recordaba los momentos felices que había vivido al lado de su hermano.

Había escuchado rumores de que el convento Santa Engracia proporcionaba un lugar tranquilo a las personas que se encontraban perdidas por el camino de la vida. Los habitantes del pueblo hablaban muy bien de ese lugar y pensó que era la solución perfecta para reprimir su dolor.

— ¿Puedo pasar, hija?

—Sí, mamá. —Amelia cerró el cuaderno y alzó la mirada—. ¿Pasa algo?

— Miró el rostro triste de su madre y se impacientó.

—Te dejo esta carta. —Estiró la mano para dársela.

— ¿Es de... —Las palabras se ahogaron en su garganta.

—Sí. —Su madre suspiró y cerró los ojos—. No va a volver...

Amelia tomó la carta y miró cómo su madre salía de la habitación con la cabeza agachada y cerraba la puerta tras de sí. Con manos temblorosas, desdobló la carta y empezó a leer.

Querida familia,

Estoy bien, no os preocupéis por mí. He conseguido alcanzar mis sueños y me siento feliz. La vida puede ser maravillosa si la miras desde otro ángulo. Os echo de menos pero no estoy preparado para volver.

Os quiero mucho.

Amelia arrugó la carta con rabia y la apretó contra su pecho. No quería llorar pero no podía impedir que la tristeza destrozara su corazón al saber que su hermano no tenía intención de volver. Había pensado que ya no podía llorar más pero sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Nunca había tenido intención de herir a Sebastián ni de hacer que se fuera de casa. Había

estropeado todo, había cambiado la vida a todos con sus malas decisiones. Se sintió culpable y tenía la sensación de haber perdido la batalla con la vida misma.

UNA VÍA DE ESCAPE

Dos años más tarde...

—¿Estás segura, Amelia? —preguntó Celia con preocupación.

—Sí, mamá. Mi vida fuera no tiene sentido sin Sebastián y no saber nada de él me mata por dentro poco a poco —admitió mientras guardaba desconsolada sus pertenencias en una maleta. La tristeza se había apoderado de ella y se negaba a abandonarla.

—Si entras en ese convento, no podrás salir en mucho tiempo. —Se tapó la boca con la mano derecha, intentando sujetar su llanto—. Tendrás que hacer voto de castidad.

—Es lo que quiero. No puedo olvidarle, mamá. Me siento culpable por el sufrimiento que os ha causado su marcha. Últimamente tú y papá os peleáis mucho. —Cerró la maleta pero se acordó de que había olvidado una cosa y la abrió de nuevo.

Abrió un cajón y tomó el cuaderno con los dibujos de Sebastián.

Ese cuaderno había sido la única cosa que le transmitió la fuerza y la esperanza necesarias para seguir con vida durante esos dos años. Los dibujos eran como fotos para ella y la tristeza que le oscurecía el alma, era aliviada por ese cuaderno.

Lo guardó en la maleta y la cerró rápidamente.

—Vendremos a visitarte, Amelia. Todos los fines de semana —prometió entre lágrimas.

—Mamá, no llores. —La abrazó—. Simplemente no puedo olvidarle. No puedo dejar de culparme por proponerle ese maldito trato.

—¿Y tú crees que entrando en ese convento lo conseguirás? —preguntó su madre, creyendo que era la peor solución de todas.

—Sí, intentaré concentrar mi amor en Dios. —Sonrió con tristeza—. Fuera no hay nada que me pueda dar felicidad.

—¿Ya está la maleta? —preguntó Lucas entrando en la habitación.

—Sí, papá —contestó Amelia. Se acercó a su padre y lo abrazó como acababa de hacer con su madre. Demostrando todo el cariño que les tenía en esos pequeños gestos de cariño.

—Te echaré de menos, hija —susurró.

—Y yo también a ti papá y a tus buenos consejos. —Se secó las lágrimas y echó una última mirada a la que había sido su habitación durante tantos años.

—Sabes que puedes volver aquí cuando quieras —repitió su madre.

Salieron de la casa los tres juntos e hicieron todo el viaje en silencio. Era un momento triste para Amelia y sus padres compartían el mismo dolor. Pasaron dos años de angustia y esperando todos los días noticias de Sebastián.

Lucas paró el coche delante del convento y suspiró desanimado, ya no había vuelta atrás. Miró con dolor a su mujer y deseó tener la solución a todos sus problemas, deseo tranquilizarla y darle ánimos pero no consiguió decir una sola palabra. Él también estaba echo polvo y no encontraba fuerzas para hablar.

Ayudó a su hija a bajar del coche y cuando dejó la maleta en el suelo, Celia empezó a llorar desconsolada. No dudó ni un segundo en abrazarla y susurrarle palabras de ánimo.

—No llores más, por favor. —Frotó su espalda con las dos manos—. Ella estará bien aquí, ya lo verás.

—Todo esto es por mi culpa —repitió sin dejar de llorar—. Yo quise tener otro niño y mira lo que pasó. No somos felices, ni nosotros ni nuestros hijos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no eres feliz a mi lado? —preguntó y la miró a los ojos.

—No lo sé. —Desvió la mirada—. No me siento completa, algo falta.

—¿Papá, vienes? —lo llamó Amelia—. Necesito la maleta.

—Ahora voy, Amelia —dijo Lucas sin poder disimular su desconcierto—. Vamos a dejar a nuestra hija y luego volvemos a casa. Tenemos que hablar.

Temía que ese fuera el fin de su matrimonio, últimamente solo discutían y llevaban mucho tiempo sin hacer el amor. La marcha de Sebastián afectó a la relación que tenía con su mujer, los distanció.

El amor seguía allí, siempre estuvo presente. Pero últimamente fue reemplazado por dolor y culpabilidad por parte de los dos.

El convento Santa Engracia fue construido en el siglo XIII durante la

época de consolidación de ciudades, de las universidades y de las órdenes mendicantes. Los habitantes del pueblo fueron agradecidos por la dedicación y la predicación de las monjas que habitaban ese lugar sagrado. El edificio de ese convento constaba de una capilla, celdas religiosas, un refectorio y una sala capitular.

Con el tiempo, la primitiva construcción empezó a deteriorarse y necesitaba algunas obras de mejora.

Para la madre superiora Magda, ese convento significaba mucho. Era un hogar, un refugio que la protegía del mundo exterior. Para ella, la palabra de Dios era más cortante que una espada de dos filos y su dedicación no tenía límites.

No era la primera vez que veía chicas jóvenes eligiendo el camino de Dios. Lo que ellas no sabían, era que solo la mitad seguían ese camino hasta el final. La vocación era algo que se perfeccionaba con los años y la mayoría abandonaban nada más empezar. Ellas deberían poseer aptitudes especiales y contando con la ayuda de la Madre Maestra, podrían seguir ese camino durante varias etapas. Una de las aptitudes era la capacidad de vivir en clausura.

Las etapas de formación se podían prolongar según como estuviera la joven de preparada cristianamente y cuando llegaban a la etapa final, ya podían llamarla esposa de Dios.

Magda levantó la mirada y se quitó las gafas. Miró atentamente el rostro de Amelia y por un instante recordó su triste pasado. Sacudió la cabeza y carraspeó para llamar la atención de la joven.

—Mi nombre es Magda y seré tu Madre Maestra durante tu estancia. Antes de empezar a decirte en qué consta tu trabajo aquí con nosotras, necesito saber si estás segura de querer hacer esto —dijo con encomiable calma.

—Sí, Madre Maestra. —La respuesta de Amelia fue inmediata pero no ocultó sus dudas.

—Puedes llamarme Magda, querida. Y de momento quiero que te encargues de limpiar las habitaciones. ¿Alguna petición?

—Me gustaría cantar en las misas. Es mi pasión. —Miró alrededor de aquella habitación mal iluminada y se quedó atrapada en la agradable tranquilidad que la rodeaba.

—Por supuesto que puedes cantar —comentó ella en tono amigable—. Hablaré con el sacerdote esta tarde para que puedas practicar con él. Tienes

que aprenderte los textos y cantar con el coro. Es un cambio muy grande y necesitarás un periodo de adaptación.

Magda se detuvo unos instantes para mirarla fijamente antes de proseguir.

—Se puede cantar o recitar, Amelia. Es importante que los fieles se emocionen y mediten sobre la palabra de Dios.

—Lo haré —contestó haciendo que una sonrisa iluminara el rostro de Magda—. ¿Hay más chicas de mi edad?

—Sí, hay cinco chicas. Las conocerás esta tarde —aseguró y se puso de pie—. Ahora sígueme, te enseñaré el convento y tu habitación.

HOGAR, DULCE HOGAR

Habían pasado dos años desde que Sebastián se había marchado de esa casa y mirarla ahora era como si nunca se hubiese ido. Como si todos y cada uno de los recuerdos vividos con él, permanecieran encerrados entre esas paredes.

Era una finca antigua con dos pisos de altura. Los rayos de sol que la bañaban a esa hora del día, la hacía resplandecer y le daba un toque romántico. La casa no tenía muchas habitaciones pero había adorado cada centímetro de ella. Fue su refugio en los días más oscuros de su infancia.

El viento soplaba suavemente, alborotando su pelo y trayendo consigo una sensación de confort y familiaridad. Siempre le había parecido que allí existía un equilibrio con la naturaleza que; unido a la tranquilidad que allí experimentaba, conseguía hacerle sentir una profunda paz y aparcarse a un lado sus problemas.

Todos esos años pasaron rápido y su amor por Amelia no había desaparecido. De hecho, habría jurado que cada vez era más fuerte. Dios sabía que había empleado todas sus fuerzas en olvidarla, incluso mantuvo una relación de un año con una chica muy hermosa pero nada ayudó a que pudiera arrancarla de su corazón.

Sebastián poseía esa clase de atractivo que hacía que las chicas volvieran la cabeza para admirarlo, boquiabiertas. El pelo negro y brillante, los ojos verdes, la boca ancha y sensual. Una aterradora belleza que se complementaba a la perfección con su carácter. Ahora tenía más años y era más independiente, ese tiempo lejos de su familia lo ayudó a moldear su personalidad haciéndolo más fuerte y más valiente.

Se acostumbró a luchar por lo que deseaba y se acostumbró a recibir todo lo que pedía.

Su talento como dibujante resultó ser una ayuda a la hora de terminar la carrera de arquitectura y convertirse en un hombre muy respetado por su entorno. Recibió una oferta en su pueblo natal hace unas semanas por parte del convento Santa Engracia. Querían restaurar algunas capillas y el patio conventual, a parte de unas obras de mejora. Había evaluado los daños y proyectado cada detalle durante esas dos semanas. Estuvo analizando las estructuras góticas originales del convento y comparándolas con los

elementos supervivientes. Se trataba de una arquitectura ligera, rápida y de bajo coste.

Aceptó ese proyecto porque quería volver a casa, quería volver a verla. Había decidido volver e intentarlo una última vez más, quería conseguir su amor y quería conquistarla poco a poco. Sin cometer los mismos errores del pasado.

Llegó delante de la puerta y tocó al timbre.

Sentimientos y hormigueos extraños recorrían su cuerpo mientras esperaba.

Nadie contestó y se extrañó.

Dejó la maleta en el suelo y se fue para entrar por la puerta de atrás.

Esa puerta estaba cerrada a cal y canto pero desde siempre habían guardado una copia de la llave tras el marco, por si había cualquier emergencia. Tanteó por diversas zonas el espacio entre la pared y el marco de la puerta hasta que dio con la llave y abrió. Un olor familiar le hizo recordar su infancia.

Por delante suya pasaron imágenes divertidas y tristes pero en todas salía Amelia.

Mientras avanzaba por el salón, se impregnó de la atmósfera de la casa. Se respiraba un cierto aire sofocante que empezó a preocuparle. Caminó despacio entre el silencio que inundaba la casa y después de haber recorrido todo, entró en el estudio de su padre.

Lo encontró durmiendo con la cabeza encima de su escritorio. La habitación olía a alcohol y cuando bajó la mirada, encontró en el suelo varias botellas de *Vodka*.

Estaban vacías y mirando de nuevo a su padre, se dio cuenta de que estaba borracho.

—¿Papá? —preguntó tocándole el hombro suavemente, con miedo—. Despierta —dijo mientras lo sacudía.

—Mhmm....

—Papa, soy yo, Sebastián —pronunció impaciente—. Vamos, abre los ojos.

—¿Sebastián? —preguntó Lucas con voz ronca y levantó la cabeza para mirarle.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mamá? Y, ¿Amelia?

Lucas enderezó los hombros frotándose la cabeza. Llevaba semanas emborrachándose y en ese momento, no sabía si era de día o noche.

—Tu madre... Se fue —confesó con tristeza mientras se pasaba las manos por el pelo.

— ¿Cómo que se ha ido?

—Me dejó...

— ¿Qué me estás contando? Ella te ama, no puede ser. —Sebastián estaba demasiado sorprendido como para reaccionar de otra forma.

—Sí, me amaba —corrigió—. Ahora no lo sé.

—¿Qué ha pasado? —insistió su hijo—. ¿Dónde está Amelia?

—Amelia también nos dejó —murmuró—. Es monja. Entró en un convento y llevo meses sin verla.

Sebastián sintió que todo se derrumbaba a su alrededor y sintió una presión fuerte en su pecho cuando escuchó esas palabras. Escuchar que su madre y su padre se habían separado le había dolido pero saber que Amelia era monja... Lo mataba por dentro.

—Dime que no ha sido mi culpa, papá. Dime que mi marcha no ha sido el detonante de toda esta situación —pronunció las palabras con miedo de saber la respuesta. No podría vivir con la culpa de haber destrozado a toda su familia, a todo lo que tenía en el mundo.

—No es tu culpa. No podías saber lo que iba a pasar, hijo. —Se levantó de la silla tambaleándose—. Fue cosa del destino. Vamos a comer algo, tengo hambre y hablamos mientras.

Sebastián observó como su padre iba chocando de un lado a otro de la pared mientras se dirigía a la cocina. Si el problema de la ausencia de Celia y Amelia ya era grave, había que añadirle el problema de Lucas con el alcohol. Hogar, dulce hogar.

NADIE ES PERFECTO

—¿Y no sabes dónde está mamá? —preguntó Sebastián mientras preparaba unos huevos rotos para él y su padre.

—No me lo quiso decir —gruñó—. Solo tu abuelo lo sabe pero no me atrevo a preguntarle en su estado.

—¿Cómo está Ángel? —Sebastián recordó los momentos de juego con su abuelo, melancólico. Le tenía mucho cariño a su abuelo, siempre había estado pendiente de ellos y los había llenado de regalos.

—Mal, hijo. El mes pasado sufrió otro ataque de corazón. —Abrió la nevera y sacó dos botellas de cerveza.

Sonrió al darse cuenta de que esa iba a ser la primera vez que él y su hijo tomaran una cerveza juntos. Se había convertido en un hombre muy guapo y sensato. Lo admiraba y le recordaba a él cuando era joven y ambicioso.

Abrió las botellas y las dejó en la mesa al lado de los platos con la comida caliente.

—¿En qué convento está Amelia? —preguntó Sebastián mientras se sentaba.

—Este mismo de aquí, el Santa Engracia —contestó Lucas y levantó la botella para chocarla con la de su hijo.

Sebastián sonrió y supo que esa era la oportunidad que tanto había esperado para acercarse a ella. Estaría trabajando en ese convento meses, incluso podría llegar a un año. Tendría tiempo suficiente para conquistarla.

—¿Por qué sonríes? —preguntó su padre, extrañado.

—Porque mañana empezaré a trabajar allí. —Metió el tenedor en su boca con un trozo de bacon.

—Había escuchado que querían ampliarlo —murmuró Lucas—. Y veo que han llamado al mejor arquitecto.

—No es para tanto, papá. Pero sí, soy muy bueno —aseguró a la vez que le guiñaba un ojo—. Esta es mi oportunidad para recuperar a Amelia —suspiró—. ¿Cómo está ella?

—Ahora bien, contenta. Pero no te ha podido olvidar, Sebastián. Ella te sigue amando.

—¿Amando? —No pudo ocultar su sorpresa—. Me fui de aquí porque ella me dijo que me odiaba.

—Fue por ese trato que hicisteis cuando erais niños —confesó su padre—. Ella nos contó que tenía que conseguir tu amor y cuando lo consiguió por fin, se dio cuenta de que tú habías cumplido el trato. Ella te mintió y te dijo que te odiaba para cumplir con ese trato. ¿No te das cuenta? Ella consiguió tu amor y tú... —Lo señaló con el dedo—. Se supone que habías conseguido su odio.

Sebastián se levantó de golpe de la mesa y tiró la silla al suelo.

—Todos estos años pensé que me odiaba, todos esos años perdidos, ¿para qué? —gritó.

—Cálmate, hijo.

—¿Cómo quieres que me calme, si me estás diciendo que me fui para nada? —Lo miró con enfado.

—Terminaste tu carrera...

—¿Mi carrera? ¿A cambio de qué, papá? —siguió hablando a gritos—. A cambio de mucho sufrimiento y a cambio de tu separación. Este es el triste precio de mi error.

—Tendrás tiempo para arreglar las cosas ahora que has vuelto —aseguró Lucas.

—Por supuesto que lo haré. —Apoyó las manos encima de la mesa—. Y tú harás lo mismo con mamá.

—No creo que lo mío tenga arreglo. —Dio un nuevo sorbo de cerveza. A Sebastián le dolió verlo así, a su héroe de la infancia. Un héroe que ahora se encontraba derrotado y consumido por el alcohol.

—No sabía que eras un cobarde, papá. Has sufrido tanto por conseguir su amor, ¿has luchado tanto para rendirte ahora?

—No sé cómo hacerlo —admitió con tristeza mientras se encogía de hombros.

—Yo te ayudaré. Conseguiré encontrarla y tú vas a ir a buscarla. Vas a luchar por conquistarla de nuevo y yo lucharé por conquistar a Amelia. Juntos conseguiremos reunir esta familia de nuevo. Conseguiremos alcanzar la felicidad, papá —dijo con lágrimas en los ojos. Las lamentaciones se habían terminado, ahora tocaba pelear hasta el final.

UN PEQUEÑO JARDÍN

—¿Amelia?

—¿Sí, Madre Superiora? —contestó y alzó la cabeza para mirarla.

—Necesito que limpies mi estudio. En dos horas estará aquí el arquitecto —ordenó y rápidamente abandonó el lugar. Debía ser un hombre importante para que la Madre Superiora estuviera tan nerviosa.

—Ahora mismo. —Se quitó los guantes de sus manos y se puso de pie para estirarse.

Llevaba toda la mañana limpiando y cuidando el jardín. Pero no se quejaba, le encantaban las plantas y ese terreno era su pequeño mundo.

Las compró y las plantó ella misma, sin la ayuda de nadie.

Cuando entró en ese convento, le fue fácil adaptarse. La Madre Superiora Magda había sido como una segunda madre para ella, enseñándole y ayudándole a seguir el camino de Dios.

Amelia no hablaba con las demás monjas de su edad y poco a poco se cerró en un mundo tranquilo y silencioso. En ese convento ella se ocupaba de su pequeño jardín, limpiaba los despachos de las madres superiores y se encargaba de la música para las misas. Su voz era tan melódica y triste que a veces los cristianos que asistían a las misas, salían llorando emocionados.

Cuando terminó de limpiar el despacho de la Madre Superiora Magda, se fue a la iglesia para encender una vela. Todos los días lo hacía y también rezaba por sus padres, para que volvieran a estar juntos.

Desde que ellos se habían separado, no habían vuelto a visitarla. Una vez logró ver a su padre en misa pero no pudo hablar con él porque salió llorando.

Ella se puso a sí misma un castigo, se sentía culpable por todo lo que había pasado. El castigo consistía en rezar durante tres horas sin comer y sin beber agua. Lo hizo todos los días desde que entró en ese convento pero la paz que necesitaba para dejar de culparse nunca llegó.

Encendió una vela y se puso de rodillas. Cerró los ojos y rezó en silencio por sus padres. Cuando terminó de hacerlo, hizo lo que siempre hacía después de ese ritual. Imaginarse el rostro de Sebastián y pedirle perdón.

No pasó un día sin hacerlo y aparte de eso, tenía un cuaderno escondido en su pequeña habitación con cartas que nunca envió porque no sabía dónde

se encontraba.

Se levantó y se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Salió de la iglesia con pasos pequeños y cuando pasó por delante de un grupo de monjas, escuchó sin querer lo que hablaban.

—¿Viste al arquitecto? —preguntaba una de ellas.

—Sí, es muy atractivo —contestaba otra mientras usaba su mano de abanico.

—Apuesto a que está soltero —dijo otra casi chillando.

—Estará mucho tiempo por aquí —decía Carmela, la más gruñona y odiosa de las monjas—. Y pienso acercarme a él.

Amelia caminó más rápido, no quería cruzarse con ninguna de ellas. Y menos con Carmela, ellas no se llevaban bien y varias veces fueron castigadas por haberse peleado.

No se dio cuenta de que casi estaba corriendo y cuando miró atrás chocó con un cuerpo firme y sólido.

—¡Ay! —gritó. Y cuando alguien la agarró por los hombros, se sorprendió y levantó la cabeza para mirarle.

—Sebas...

INDIFERENCIA

Sebastián no podía dejar de mirarla, estaba preciosa con ese hábito de monja y aunque tenía el pelo escondido, podía disfrutar del calor que desprendían sus ojos. La túnica azul, sujetada por un ceñidor, combinaba con el color de sus ojos y la toga blanca sobre su frente hacía resaltar su piel de color rosa. El manto negro desde la cabeza a los pies le daba un aire misterioso y culto.

Amelia no sabía qué decir, después de tantos años lo tenía delante y no le salían las palabras.

—Amelia, ya veo que has conocido a nuestro arquitecto —interrumpió la Madre Superiora Magda.

Ella se alejó un poco y agachó la mirada.

—Sí, Madre Superiora —contestó.

—Necesito que le enseñes su habitación, es la que está al lado de la tuya —Aquellas palabras sorprendieron y bloquearon aún más a Amelia—. Vivirá aquí con nosotros hasta que se finalice la construcción —explicó—. Dijo que no tiene dónde alojarse, ¿no es así?

—Sí, así es Madre —contestó Sebastián y Amelia entrecerró los ojos—. Será un placer vivir aquí con ustedes. Últimamente he estado buscando la paz interior y no consigo encontrarla. Puede que en este lugar la encuentre —dijo suavemente y su mirada se clavó en el rostro sonrojado de Amelia.

—Lo conseguirás, joven —dijo Magda y después de estrecharle la mano se alejó.

—Voy a por mi maleta —avisó Sebastián y se dio la vuelta.

Amelia lo miraba mientras caminaba y no podía creer que él estuviera allí. Se veía más maduro y más atractivo pero esa voz sensual y esos ojos hermosos, no habían cambiado.

Se sintió nerviosa y con manos temblorosas intentó alisar su uniforme.

Cuando él regresó, ella no lo miró y empezó a caminar despacio.

Cuando se dio cuenta de que él seguía sus pasos, respiró hondo y decidió hablar.

—La habitación es muy pequeña pero es bastante confortable. Nadie te molestará allí. Está alejada de las demás. Solo está mi habitación. —Se sorprendió al escuchar cómo las palabras salían de su boca.

Llevaba tanto tiempo sin hablar con alguien, que no sabía cómo formular las frases para no incomodar y no molestar.

Sebastián no dijo nada, la siguió en silencio, tenía una estrategia planeada y no quería estropearla. De momento actuaría indiferente, como si no la conociera y cuando ella estuviera dispuesta a confesarle su amor, le pediría matrimonio.

Cuando Amelia abrió la puerta, él se dio cuenta de que ella tenía razón. La habitación era muy pequeña pero era suficiente para lo que necesitaba. Solo iba a pasar las noches allí durmiendo, los días tenía pensado estar vigilando la construcción para que todo quedase perfecto, justo como a él le gustaba.

—Gracias, Amelia —dijo él y entró para dejar la maleta en el suelo—. ¿Cuál es tu habitación?

Ella se quedó parada en la puerta, sin atreverse a entrar.

—La de al lado —contestó y él asintió con la cabeza.

—Era para saberlo. —Se encogió de hombros mostrando indiferencia.

—La comida se sirve a las siete y media. —Se mordió los labios con nerviosismo.

Él no la estaba mirando y no sabía si estaba enfadado o molesto con ella.

—Está bien. —Se giró para mirarla.

Empezó a caminar y cuando llegó delante de la puerta, con mucho dolor, la cerró en sus narices. Le dolía actuar así con ella pero nada podía borrar todo el sufrimiento que tanto lo había marcado, toda esa tristeza que había estado impidiéndole tener una vida normal. Todos esos años había sufrido y pensado que ella no lo quería, simplemente no podía tirarse a sus brazos y perdonarla.

Amelia se quedó mirando la puerta y después de unos segundos retrocedió y salió corriendo. Se encerró en su habitación y empezó a llorar.

Él la odiaba, él había vuelto para hacerla sufrir. Y se lo merecía pero no podía evitar sentir tristeza, extrañaba su sonrisa y verle serio la destrozó. Extrañaba sus hermosas palabras y escucharlo mientras la hablaba con tanta indiferencia, la hizo perder el aliento y sentir una sensación de ahogo.

Pero no se iba a rendir tan fácilmente, necesitaba conseguir su perdón.

Se propuso conseguir una sonrisa de su parte, aunque solo fuera eso.

CONFESIONES

Lucas paró el motor y se quedó mirando la casa con inquietud. Su hijo había conseguido localizar a Celia y no dudó en salir corriendo a buscarla. Se había afeitado y duchado, incluso limpió la casa. Esa era su última oportunidad para recuperarla. Desde que ella había desaparecido de su vida, no había vuelto a levantar cabeza. Dejó de trabajar y solo ahogó sus penas en el alcohol.

Salió del coche y empezó a caminar bastante pensativo. No sabía si estaba en casa o si había encontrado otro hombre, no sabía nada de su vida. En el trabajo ella tampoco se presentó y sus compañeros no sabían nada de su paradero.

Desapareció por completo.

Llegó delante de la puerta y tocó dos veces. Esperó un par de minutos y tocó otra vez.

La puerta se abrió y una sorprendida Celia salió a su vista. Seguía tan hermosa como siempre.

—¿Lucas? ¿Qué haces aquí? —Intentó cerrar la puerta pero él puso un pie impidiéndoselo.

—Quiero hablar contigo.

—Ahora si quieres hablar. Estuve esperando durante días un llamada tuya que nunca llegó —reprochó—. Ya es tarde, Lucas.

—No, no es tarde, Celia. —La miró con tristeza y dolor.

Tenía ojeras y estaba mucho más delgada. Su mirada se encontraba apagada y en ella solo podía leer tristeza y decepción.

—Lucas, por favor, vete. —Su voz fue un susurro apenas audible.

—No me iré hasta que me escuches, Celia. —Cerró los puños—. Por favor, cariño.

—Está bien. —Abrió un poco más la puerta—. Pasa.

Él entró detrás de ella y luego cerró la puerta. La siguió hasta llegar a una pequeña sala de estar bastante confortable.

—Siéntate. —Señaló el sofá—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —contestó y en vez de sentarse en el sofá, empezó a caminar.

Celia lo siguió con la mirada, lo había extrañado tanto. Todos los días

lloraba por él sin poder evitarlo. Pero desde que su hijo se marchó de casa, no se había sentido apoyada por su marido. Él había intentado convencerla de que no era su culpa pero nada más. Cada vez la consolaba menos e incluso dejaron de hablar. Se fueron distanciando poco a poco.

—Cuando tenía ocho años, un señor vestido un poco ridículo... —dijo y Celia sonrió—. Llegó al centro de acogida que fue mi hogar por solo tres meses. Me dijo que él quería cuidarme y ser un padre para mí. —Tomó una pausa para respirar—. Fue el segundo día más feliz de mi vida.

Se paró delante de Celia y ella pudo observar que tenía los ojos húmedos.

—El día más feliz de mi vida fue cuando te vi por primera vez. —Una pequeña lágrima salió de sus ojos y Celia suspiró—. Desde ese día nunca quise separarme de ti. —Se arrodilló delante de ella—. Fuiste y serás mi primer amor, cariño. —Empezó a llorar—. Perdóname aunque no me lo merezco. Te amo tanto... No puedo vivir sin ti. Vuelve... Conmigo. —Sus palabras salían ahogadas por las lágrimas.

—Me hiciste mucho daño —Celia cerró los ojos, intentando ahogar el llanto—. Me fui y ni siquiera me detuviste.

—Pensé que necesitabas estar sola unos días, pero cuando no llamaste supe que me habías dejado.

—Yo no te he dejado. —Abrió los ojos—. Nunca lo haría. No me apoyaste y no sabía qué hacer.

—Te busqué cariño, todos los días. —Agachó la cabeza—. Me convertí en un borracho —admitió—. Me pasé la mayoría de los días bebiendo.

—Lucas... ¿Qué nos ha pasado?

—Demasiada culpa. Te culpaste por la marcha de Sebastián y por el sufrimiento de nuestros hijos. —Estrechó sus manos—. Y yo no supe cómo ayudarte. Solo te aparté sin darme cuenta. Perdóname, Celia. —La miró con esperanza—. ¿Me sigues amando?

—Claro que sí, tonto. Más que nunca. —Él respiró aliviado—. Fuiste y serás mi primer amor. —Le secó las lágrimas—. Has tardado mucho, pensé que nunca me encontrarías.

—Mejor tarde que nunca. —Se levantó y la tomó en sus brazos.

Empezaron a llorar los dos, soltando toda la tristeza y el sufrimiento que los había asolado todo el tiempo que llevaban separados.

—Sebastián ha vuelto —dijo él y rompió el abrazo.

—¿Cuándo? —Celia abrió los ojos de par en par, sorprendida. Acababa

de recuperar al amor de su vida y por lo que parecía, a su hijo mayor también. Cuando se levantó aquel gris y frío día, no pensó que su vida daría semejante giro.

—Hace dos días. Él fue quien te encontró y me dio ánimos para buscarte y recuperarte—. Le quitó unos mechones de la cara.

— ¿Y dónde está? Quiero verle, quiero ver a mi niño. —Sus ojos brillaron de felicidad.

—Está en el convento.

— ¿Qué hace allí? No me digas que él quiere ser cura, porque me da algo.

Lucas rió y la abrazó de nuevo, necesitaba tenerla en sus brazos y sentir que nunca más volverían a alejarse.

—No, cariño. Hace lo mismo que yo. Luchar por lo que quiere. —Sonrió y la besó.

—Eso quiere decir...

—Que pronto tendremos que organizar una boda —anunció riendo de felicidad.

—Y pronto seremos abuelos. —El grito de alegría de Celia llenó el corazón dañado de Lucas.

UNA SONRISA SOSPECHOSA

Sebastián salió de su habitación con los planos de la nueva construcción en sus manos. Hoy llegaban los obreros y tenía que tener todo preparado. Estuvo revisando cada detalle hasta muy tarde la noche anterior y apenas consiguió descansar. Amaba ese oficio pero a veces resultaba ser bastante agotador.

Pasó por delante de la iglesia y como la puerta estaba abierta, asomó la cabeza. Era hora de misa y había personas sentadas escuchando al sacerdote. Cuando este dejó de hablar una voz melódica y triste empezó a cantar.

No pudo evitar sentirse extraño. Estaba en la iglesia a la que iba de niño en compañía de sus padres, que ahora no estaban y quién sabe... Tal vez nunca volvieran a estar juntos.

Al escuchar la voz, se le cayeron los planos al suelo pero respiró aliviado cuando vio que nadie giraba la cabeza. Se apoyó en el marco de la puerta y se quedó escuchándola, había olvidado lo cristalina y suave que era su voz.

Sintió como sus ojos empezaban a humedecerse y cuando miró a las personas sentadas, vio que todos estaban llorando. No entendía como Amelia conseguía emocionar a tanta gente a la vez. Cantaba con alegría y tristeza, una mezcla peligrosa que te hacía llorar sin darte cuenta.

Cuando terminó la canción, salió disparado confundándose entre la multitud que abandonaba la iglesia. No quería que alguien le viera con lágrimas en los ojos. Caminó rápidamente hasta que una monja lo agarró por un brazo.

—Hola. —Una sonrisa iluminó su rostro.

Sebastián conocía bien esa sonrisa y sus alarmas empezaron a sonar.

—Tu debes de ser el nuevo arquitecto. Mi nombre es Carmela y si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela. —El tiró de su brazo para liberarse y ella enarcó una ceja.

—Si necesito ayuda, se lo pediré a Amelia. —Se giró pero la risa malvada de esa monja lo hizo mirarla de nuevo.

—¿A la muda? Dudo que esa sepa decir una frase entera. —Empezó a reír y Sebastián apretó con fuerza los planos en su mano derecha.

—No quiero que hables así de ella —advirtió con cuidado.

—¿Algún problema aquí? —preguntó la Madre Superiora Magda,

mirando fijamente a Carmela.

Sabía que esa chica solo traía problemas pero sus padres donaban mucho dinero a ese convento y no tenía más remedio que aguantarla.

—No, Magda. Solo le estaba diciendo aquí a este hombre tan guapo que me puede pedir ayuda si la necesita. —Se relamió los labios.

—Te he dicho mil veces que no me llames Magda —dijo enfurecida—. Y para que este hombre esté a gusto aquí, ya hablé con Amelia. Ella se encargará de proporcionarle todo lo que necesite.

—¿Con esa muda?

—¡Carmela! La próxima vez te llevas un castigo —advirtió Magda.

—Solo intentaba ayudar. —El tono de su voz resultaba indiferente.

—Amelia lleva más tiempo que tú en este convento y es muy querida por todos. Ahora vete y ayuda en la cocina. Hoy tenemos más personas de lo normal a comer.

Cuando Carmela se fue, Magda respiró aliviada y se giró hacia Sebastián.

—Perdona su comportamiento. Es muy rebelde. —Intentó excusarse.

—No se preocupe, Madre. Estoy acostumbrado a lidiar con chicas como ella. —Intentó parecer despreocupado, como si los comentarios de aquella muchacha sobre Amelia no lo hubieran preocupado.

—Apuesto a que sí. —Le guiño un ojo—. Esta noche hay una pequeña misa para los estudiantes que murieron la semana pasada. Puedes venir, estará Amelia cantando. Esa chica tiene una voz angelical.

—Sí, la escuché hace un rato —admitió—. Es como un ángel —susurró. El tono que había empleado hizo que Magda lo mirara con cierta sospecha y desconfianza.

—Bueno, joven. Te dejo que tienes que atender a los obreros. Ya llegaron hace media hora. —Y sin dar más explicaciones, se giró para irse. Debía observar con atención a aquel apuesto joven.

Sebastián se dio la vuelta y siguió caminando hasta llegar delante de la nueva construcción. Amaba su trabajo, ver cómo ideas suyas cobraban vida lo animaban y lo hacían querer seguir haciéndolo, era lo único que lo había mantenido concentrado durante todos esos años.

REENCUENTRO

—¡Qué ilusión! —exclamó Celia—. Tengo tantas ganas de ver a mi hijo.

—Es una pena que no se permitan esta noche visitas en el convento. Me dijeron que tienen una misa especial por los estudiantes que murieron la semana pasada. —Lucas hablaba mientras miraba concentrado los retrovisores de su coche para estacionarlo correctamente—. Iremos el próximo fin de semana para ver a Amelia. —Se bajó del coche.

—De nuevo en casa. —Agarró la mano de Lucas y sonrió con melancolía.

—Sí y esta vez para siempre. No voy a dejar que te vayas nunca más. —La abrazó y se quedaron así hasta que un coche frenó detrás de ellos.

—¡Sebastián! —gritó Celia al verlo y salió corriendo.

Sebastián abrió la puerta de su coche y se bajó sonriendo.

—¡Hola mamá! —La abrazó dejándola sentir toda la alegría que se movía por su interior. Tenía tantas ganas de verla...

—¡Qué guapo estás! —exclamó—. Déjame verte mejor. —Lo examinó atentamente y le tomó el rostro en sus manos.— Igualito a tu padre.

—Hola papá. —Abrazo a su padre y entraron en la casa.

—Tu padre me dijo que estás trabajando para el convento —dijo Celia mientras se sentaba en el sofá.

—Sí, acepté este proyecto para volver. —Se sentó a su lado—. No sabía que Amelia estaba allí.

—Entró a los dos años de que tu te fueras —recordó con tristeza—. No podía estar fuera sin ti. No salía y se encerró en un mundo al que nadie podía entrar, hasta que ya no pudo aguantar más.

—Todo pasó por esa estúpida apuesta —murmuró Sebastián—. Me fui porque la amaba y la sigo amando.

—Ella entró en ese convento porque también te amaba, Sebastián. Por las noches, en casa se escuchaban solo sus llantos. Se sintió culpable por todo. —Se levantó y suspiró—. Como yo.

—Cariño, deja de llorar —susurró Lucas a la vez que la abrazaba—. Vamos a comer algo porque Sebastián tiene que volver.

—Sí, tengo que regresar. Tengo que recuperar el tiempo perdido. Es hora de que todos seamos felices.

Sebastián pasó una tarde agradable con sus padres y luego volvió al convento. Llegó justo cuando empezaba la misa especial. No tenía pensado asistir pero quería escucharla cantar.

Entró y buscó con la mirada un sitio para sentarse. El único que había era al lado de la Madre Superiora Magda, que se alegró enseguida cuando lo vio acercarse. Sebastián le sonrió y se sentó a su lado.

—Me alegro de que hayas decidido asistir. —Le estrechó la mano.

La misa transcurrió rápidamente y fue acompañada por los llantos de las madres que perdieron a sus hijos. Cuando empezó a cantar Amelia, un Sebastián emocionado la buscó con la mirada. Estaba sentada en una silla, en un pequeño balcón. Tenía los ojos cerrados y su rostro estaba bañado en lágrimas.

No podía dejar de mirarla, estaba hipnotizado por su dulzura y cuando se dio cuenta que sus mejillas estaban húmedas, se levantó y salió a toda prisa. Caminó rápido, no quería cruzarse con nadie y cuando llegó delante de su habitación, decidió entrar y esperar a Amelia. Estuvo despierto y esperando dos horas hasta que el sueño tocó a su puerta y se lo llevó.

Amelia salió de la iglesia y lo único que le apetecía hacer era ir y hablar con Sebastián. Cuando lo vio sentado en el banco de la iglesia, no pudo evitar alegrarse. Sabía que él había entrado solo para escucharla cantar. Verlo allí, después de tantos años, fue como si Dios hubiera escuchado sus penas y sabía que era hora de pedirle perdón y decirle que lo amaba. Había pensado en ir y hablar con la Madre Superiora Magda, estaba decidida a dejar de ser monja.

Pero el acercamiento y la paz que había sentido durante todos esos años en el convento, unido a las dudas que tenía sobre los sentimientos de Sebastián hacia ella, la hacían dudar.

No estaba segura de dejar de cantar en las misas.

Las madres que asistieron a la misa habían insistido en hablar con ella para agradecerle por lo hermoso que había cantado. Estuvo más de una hora retenida por esas personas y cuando llegó delante de la habitación de Sebastián, no vio luz por debajo de la puerta.

Tocó dos veces y como él no contestó, decidió usar la llave que tenía. Abrió la puerta despacio y entró de puntillas para no hacer ruido, cerrando la puerta con llave. Caminó hasta la cama y suspiró, estaba oscuro pero podía ver el rostro de Sebastián descansando encima de la almohada.

Se sentó a su lado y alzó una mano para tocar su mejilla. Cuando lo hizo, sintió como él movía un poco la cabeza.

Retiró la mano pero él la atrapó y tiró de ella suavemente.

—No pares, Amelia —susurró—. Te necesito.

Sebastian soltó la mano de Amelia y se levantó de la cama.

Encendió la luz y cuando la vio, todo lo que tenía pensado decirle quedó olvidado. Pensó que las palabras eran lo de menos, que solo necesitaba sentirla cerca y tenerla en sus brazos.

Se acercó a la cama y se puso de rodillas delante de ella.

—Amelia...

—No, Sebastián —dijo con firmeza—. No tienes que decir nada. Déjame hablar a mi primero, por favor.

Él asintió con la cabeza y estrechó sus manos.

—Cuando hicimos esa apuesta, tenía la certeza de que tú nunca cambiarías el odio por el amor. Pero poco a poco vi cómo te encariñabas conmigo y mi deber era cambiar mi amor por el odio. Nunca conseguí hacerlo porque siempre te amé. Pero no podía decírtelo, tú habías cumplido el trato y yo tenía que hacer lo mismo. —Se secó una lágrima y siguió hablando—. Estaba asustada y tenía miedo de decírtelo, pensé que me ibas a rechazar. Pensé que nuestros padres nunca iban a darnos su bendición. Cuando me di cuenta de mi error, era muy tarde. Tú te habías ido y nunca tuve la oportunidad de decirte lo que sentía por ti. No he dejado a nadie que se me acerque. Nadie más me ha besado y nadie más me ha tocado. Fuiste el primero en besarme y el último, como te dije aquella noche en el bosque.

Se levantó de la cama y se secó las lágrimas.

—Todos los días esperaba una llamada tuya que nunca llegó. Me había encerrado en casa, dejé de salir y cuando no pude aguantar más, entré en este convento. La paz y la tranquilidad que hay aquí me ayudaron a seguir con vida pero nunca dejé de pensar en ti. —Se giró para mirarlo—. El amor que tenía hacia ti, era tan fuerte que no conseguí arrancarlo, no conseguí olvidarte. Todos los días te escribo una carta. Te explico todo lo que pienso y todos los días te pido perdón. —Se sentó de rodillas a su lado—. Perdóname, Sebas. Perdóname por todo.

Sebastián sonrió porque eso era lo que había esperado durante todos esos años. Una confesión de su parte, una declaración de amor.

Entre lágrimas y sonrisas, él la estrechó con fuerza en sus brazos.

—Te perdono, Amelia. Lo hice hace mucho tiempo, creo —dijo con ternura—. Esos años fueron muy duros para mí, no conseguí olvidarte. Intenté llevar una vida normal, incluso salí con chicas pero nunca conseguí

ser feliz. Cuando llegué, hace dos días y nuestro padre me dijo que me amabas, no me lo podía creer. Necesitaba oírlo y por eso no te dije nada. Necesitaba que saliera de ti.

Amelia se quitó el pañuelo que le tapaba la cabeza y Sebastián sonrió al verla, tenía un cabello hermoso.

—Mamá y papá han vuelto. Están juntos de nuevo. —Le hubiera gustado seguir hablando de sus sentimientos pero creía justo que ella supiera la buena noticia. Sabía que la iba a dar una alegría.

—¿Cuándo? —preguntó sorprendida.

—Ayer —contestó él mientras le tocaba el cabello—. El amor que se tienen el uno al otro es fuerte. Es como el nuestro. —Tomó el rostro de ella en sus manos—. Nadie nos podrá separar de nuevo porque no se lo voy a permitir. Te amo, te amo más que a mi vida.

—Yo también te amo, Sebas —dijo sonriendo—. Bésame, por favor.

Sebastián sonrió e inclinó su cabeza hasta que sus labios encontraron a los de Amelia en un beso suave y persistente. Sacó la lengua y lamió su labio superior, trazando el borde de su labio inferior.

Amelia soltó un pequeño gemido y él profundizó el beso, agarrando la parte posterior de su cabeza con más fuerza, mientras su lengua bailaba y saboreaba su dulce sabor.

—Tenemos que recuperar los años perdidos —dijo él—. Lo primero que haré es pedirte una cita. ¿Me harías el favor de salir conmigo? —preguntó sonriendo.

—Claro que sí pero antes tengo que dejar el convento. Tengo que dejar de ser monja —murmuró. Quería hacer las cosas bien.

—Si no quieres irte...

—No es eso, solo que me da pena. Lo que sí haré es seguir cantando en la iglesia. —Le acarició los labios.

—Me parece muy bien porque yo estaré un buen tiempo trabajando aquí. —Atrapó un dedo suyo con sus labios y empezó a chuparlo con delicadeza.

—Es verdad, señor arquitecto. Estarás mucho tiempo por aquí —gimió.

—Para siempre, Amelia. No pienso irme de aquí, nunca.

Se levantó y estiró una mano.

—Esta noche te quedarás conmigo. —Cuando ella le dio la mano, tiró con fuerza—. Y la noche siguiente también. —Cuando la tuvo en sus brazos, la levantó en el aire—. Todas las noches de mi vida. —La depositó encima de la cama—. Porque vas a ser mía para siempre. —Se tumbó a su lado y

empezó a desnudarla lentamente.

—Me gustaría esperar. —La confesión de Amelia lo detuvo.

Sebastián levantó la mirada. Ella tenía razón, era pronto y además ese no era un lugar apropiado para hacerla suya.

—Perdóname —susurró—. Esperaremos hasta que estás preparada.

—¿No te importa? —Amelia se sonrojó. Deseaba eso tanto como él pero temía decepcionarlo si le hacía esperar.

—No, Amelia. —La abrazó—. Vale la pena esperar. Este lugar no es apropiado.

—Gracias, Sebas —murmuró.

—Tengo que irme, Sebas —dijo Amelia mientras se levantaba de la cama—. Tengo que limpiar y además quiero hablar con la Madre Superiora Magda.

—Mmm, te voy a extrañar. —Abrió solo un ojo para mirarla—. Yo también tengo que levantarme, los obreros llegarán en una hora.

—Te veo esta noche. —Le guiño un ojo mientras se tapaba el pelo.

—Por lo menos dame un beso.

Amelia se sentó a su lado y tímidamente agachó la cabeza. Cuando sus labios rozaron los de Sebastián, él la agarró por el cuello y tiró suavemente hasta que su cabeza estuvo encima de la almohada.

Sonrió traviesamente y la miró con un deseo ardiente.

—¿Sabes que no quiero solo un beso? —preguntó y se agachó para besar su cuello—. Quiero miles de besos. —Le dio otro beso en el cuello y Amelia gimió—. O millones... —Besó la comisura de su boca—. Cada día.

Dijo eso y más rápido de lo que ella pudo parpadear, se encontró envuelta en sus brazos y sintió como sus pechos se aplastaron contra Sebastián.

La boca de Sebastian bajó a la suya y su lengua golpeó dentro, lamiendo, explorando y probando su dulce sabor. Mientras la besaba profundamente, Amelia colocó las manos en el pecho de su hermano y presionó suavemente.

—Sebas... —dijo jadeando.

—Lo sé, Amelia. Te tienes que ir. —La ayudó a levantarse de la cama.

—Deja la puerta abierta para esta noche. —Y salió de la habitación, sonriendo. Cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido y caminó de

puntillas hasta llegar a su habitación.

CARMELA

Carmela estaba harta de ese convento, no estaba acostumbrada a tantas reglas. Necesitaba hacer alguna travesura, necesitaba sacar su lado malo pero no sabía cómo. Se había levantado temprano para dar un paseo y estaba buscando una vía de escape. Quería fugarse pero tenía que tener cuidado ya que sus padres la habían metido en ese convento con un propósito.

Tenía que cambiar y ser una niña normal, dejar de hacer maldades y adquirir un buen comportamiento. Sus padres le estaban dando un ultimátum y ese era elegir entre el convento o dejarla sin dinero.

Eligió el convento porque pensó que los años pasarían rápido y después podría quedarse con el dinero que tanto deseaba. Ingresar allí era solo una pequeña piedra en el camino que debía sortear para alcanzar su verdadero objetivo.

Sus padres eran muy ricos y nunca tenían tiempo para ella, prácticamente la habían criado entre los empleados y las sirvientas que había en su mansión. A ella no le importó porque siempre recibió todo lo que se le antojaba.

Durante su estancia en el convento intentó evitar cruzarse mucho con la Madre Superiora Magda. Ella era muy astuta y podía ver hasta a través de las paredes y por eso muchas veces intentaba cuidar sus palabras.

Ella recordó la razón por la cuál había cambiado su comportamiento angelical, la noche que cambió el rumbo de su vida.

No era lo que le había hecho Martín, sino cómo y por qué. La trató como una cualquiera y eso le marcó el alma por el resto de sus días.

No le servía de nada pensar en lo inocente que era, ni tampoco en que no estaba acostumbrada a beber. No podía olvidarse de lo que pasó.

Desde aquella noche, su comportamiento cambió para siempre. Se había vuelto fría y calculadora. Odiaba a sus padres y odiaba a todas sus amigas. Poco a poco se quedó sola y amargada. No se atrevió a contar a nadie lo que había sucedido aquella noche, guardó esos detalles tan dolorosos solo para ella.

Odiaba a Amelia porque le recordaba a esa su inocencia perdida, a esa chica que sonreía todos los días, feliz de la vida que la rodeaba.

Amelia era un reflejo de lo que una vez ella fue.

Cuando entró en el convento, estaba muy segura de que todas las demás

chicas ni siquiera se atreverían a acercarse a ella pero se sorprendió cuando Amelia le plantó cara y decidió no hablarle más. Intentó todos los días hacerle la vida imposible pero en ese convento había pocos recursos. Tan solo necesitaba algo grande, algo que pudiera cambiar la imagen de Amelia frente a los ojos de la Madre Superiora.

Llegó a la parte trasera del convento y cuando empezó a caminar por el pasillo, se dio cuenta de que la puerta de la habitación donde se quedaba el nuevo arquitecto estaba abierta. Se quedó clavada en el suelo cuando vio a Amelia salir de la habitación.

Sonrió para sí misma; había encontrado la diversión que estaba buscando.

Amelia pasó toda la mañana limpiando y regando su jardín. Cuando llegó la hora de la reunión de monjas, ella estaba algo inquieta.

Había decidido hablar con la Madre Superiora Magda después de esa reunión. Entró en la sala y observó atenta como las demás monjas estaban sentadas tranquilamente en sus asientos.

Cuando pasó por delante de Carmela para sentarse, vio como ella dibujaba una sonrisa malvada en su rostro. Decidió no hacerle caso y se sentó al lado de la Madre Superiora Antonia.

Estuvieron más de dos horas hablando sobre las tareas de cada una y cuando se levantaron para irse, Carmela se aclaró la garganta.

—Creo que hay un asunto pendiente —dijo sonriendo con malicia.

Todas giraron las cabezas para mirarla y se quedaron esperando a que ella siguiera hablando.

—Nuestra muda de aquí...

—Carmela cuida esa boca —dijo Magda.

—Nuestra Amelia... —Se corrigió a sí misma—. Está incumpliendo su voto. Está prohibido que nos juntemos con hombres, ¿no es así? —La miró intensamente—. Explícale a todas por qué esta mañana no salías de tu habitación sino de la de ese apuesto arquitecto.

Amelia palideció y cuando levantó la mirada todas la estaban mirando sorprendidas.

—¿La muda se quedó sin habla? —Carmela estaba disfrutando de ese momento.

—Creo que eso es un asunto muy serio, Amelia —intervino Magda.

—Yo... Yo puedo explicarlo. —Amelia estaba avergonzada.

—Necesito un momento a solas con Amelia —dijo la Madre con cara de pocos amigos.

—Siéntate Amelia —ordenó.

Amelia se sentó a su lado mientras se mordía los labios, nerviosa.

—¿Eso es verdad?

—Sí, Madre Superiora —admitió—. Es verdad.

—No es un buen ejemplo lo que has hecho —murmuró—. Tú eres la única que no tiene voto de castidad pero el voto de obediencia no te da el derecho de hacer esto. Eres libre de querer a un hombre pero tienes que obedecer las normas impuestas por Dios y por el convento.

—Yo soy su hermana adoptiva —confesó harta de sentirse culpable—. Llevamos muchos años sin vernos. Hoy precisamente quería hablarle sobre esto. Quiero dejar el convento.

—No te juzgo Amelia. Eso es entre tú y Dios pero deberías habérmelo dicho antes. Has dado un mal ejemplo, todas creen que tienes el mismo voto de castidad que ellas. —Parecía que Magda la comprendía pero eso no quería decir que aprobara su actitud. No debería haber entrado en la habitación de un hombre en mitad de la noche.

—Lo siento mucho.

—Cuando entraste en este convento, estabas triste y sin ganas de vivir —recordó—. ¿Fue por culpa de este joven?

—Sí, Madre. Lo amaba y lo sigo amando —confesó con lágrimas en los ojos.

—El amor es un sentimiento muy hermoso y más cuando es correspondido. ¿Él te ama?

—Sí. — Se secó las lágrimas.

—Sabía que algo pasaba contigo, Amelia. Por eso no quise que hicieras el voto de castidad. —Le apretó las manos—. Puedes irte cuando quieras. Te voy a echar de menos.

—Había pensado seguir con la música. Quiero venir y cantar en las misas. ¿Puedo? —preguntó con tristeza. Temía que no la dejaran regresar después de lo que había hecho.

—Claro que sí —contestó Magda sonriendo—. Tienes una voz preciosa y quiero seguir escuchándola.

—Gracias. —Y la abrazó.

—Por primera vez te veo feliz, Amelia. Tienes una sonrisa hermosa. Los obreros estarán hambrientos. ¿Qué tal si les llevas algo de comer? —Le guiño un ojo, cómplice.

—Gracias, Magda. —Se levantó contenta—. Me iré mañana.

Magda asintió con la cabeza y mientras Amelia salía contenta, ella sonrió para sí misma. Se sentía feliz al ver como el amor seguía triunfando en ese mundo.

Ella dejó todo atrás para amar a Dios porque era un amor que le era correspondido. Amó a un chico en su juventud pero ese se burló de ella, dejándola con pocas ganas de intentarlo de nuevo.

Se alegraba por Amelia. Cuando la vida te daba segundas oportunidades, solo tenías que saber aprovecharlas.

INTRUSO

Sebastián estuvo trabajando toda la mañana y cuando Amelia llegó para traerle la comida, sintió una oleada de felicidad enorme. Verla sonriendo y hablando tranquilamente con los obreros, lo hizo darse cuenta de que era la persona más afortunada de ese mundo. Ella lo amaba y eso era todo lo que él necesitaba saber y sentir.

—Me encanta tu sonrisa —dijo él cuando ella se sentó a su lado.

—Gracias, Sebas —contestó tímidamente.

—No puedo creer que a estas alturas mis palabras te hacen sonrojar. — La miró divertido.

—Es que no estoy acostumbrada a hablar así contigo. Siempre nos hemos peleado. — Metió la mano en la cesta justo cuando Sebastián intentaba coger una manzana.

Él soltó la manzana y aprovechó para agarrar la mano de Amelia.

La estrechó suavemente y empezó a darle pequeñas caricias con sus dedos.

Amelia sintió esas caricias como unos pequeños hormigueos placenteros y sus mejillas empezaron a arder con una fuerza intensa. Ella alzó la mirada y encontró a Sebastián mirándola con un deseo ardiente.

—Sebas, mañana dejaré el convento —susurró y él sonrió.

—Y mañana iré contigo a casa —aseguró—. Seguiré trabajando aquí pero dormiré en casa.

—¿Sabes? No podemos dormir juntos en casa de nuestros padres —advirtió Amelia—. No debemos hacerlo.

—Hmmm, eso hay que verlo. — Soltó su mano para acariciarle la mejilla—. Nadie me detendrá si quiero hacerlo a escondidas. Entraré en tu habitación cuando menos te lo esperes —dijo en tono burlón.

—Sebas, ¿y si te pillan? —preguntó sonriendo mientras disfrutaba de las caricias que él le proporcionaba con sus dedos.

—¿Qué podrán hacer? —preguntó—. ¿Castigarme como antes?

—Seguramente.

—No importa —dijo mientras su dedo pulgar rozaba los labios de Amelia.

Ella gimió bajito y cerró los ojos, sintió un deseo enorme de besarlo y

necesitaba controlarse.

—Te espero esta noche, Amelia. Necesito tocarte y besarte.

—Tú deja la puerta abierta. —Abrió los ojos despacio y se levantó.

Sebastián la miró feliz y cuando ella se dio la vuelta para irse, le agarró la falda para detenerla.

—Te amo, Amelia.

—Yo también, Sebas.

Cuando soltó su prenda, ella se giró para guiñarle un ojo.

—Trae tus cartas, quiero leerlas. — Mordisqueó una manzana y la miró contento mientras masticaba.

—Son muchas —admitió—. Voy a llevar solo diez.

—Está bien. Tenemos tiempo para leerlas juntos. —Se levantó del suelo —. Te veo esta noche.

Amelia se fue y Sebastián siguió trabajando duro hasta que la noche lo hizo abandonar el terreno. Estaba cansado, necesitaba tomar una ducha y meterse en la cama. Pasó por la cocina y se llevó un bocadillo y una botella de agua.

Entró en su habitación y lo primero que hizo fue meterse en la ducha. El agua caliente relajó sus músculos doloridos dejándolo como nuevo. Salió del baño llevando una toalla minúscula atada alrededor de su cintura, justo cuando la puerta de la entrada se abrió. Había poca luz y como estaba esperando a Amelia, se acercó para sorprenderla.

La tomó en brazos y cuando ella levantó la cara y pudo reconocerla, se asustó y la apartó enseguida.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó furioso.

—Ay, cuida esa boca —dijo Carmela—. Solo vine a pasar el rato. — Intentó agarrarle por el cuello pero él la apartó—. Si Amelia puede hacerlo, yo también quiero. Me aburro aquí y necesito un hombre, necesito tener sexo cuanto antes.

Sebastián la agarró por los hombros y empezó a empujarla, quería sacarla de allí. Amelia estaba a punto de llegar y no quería que ella los encontrara así.

—Haz el favor y vete, Carmela. — Sebastián se estaba impacientando.

—¿Me estás rechazando? —preguntó en tono seductor—. No sabes lo que te estás perdiendo. La muda no tiene tanta experiencia como yo.

La fastidiaba pasar tiempo pensando en cómo sería besarlo. Se obligó a apartar la mirada pero el deseo se apoderó de su cuerpo y se acercó.

— ¡Carmela, lárgate! —Le pidió enfadado.

—No me quiero ir —dijo desafiando.

—Si no te vas, yo mismo te sacaré. —La agarró de nuevo por los hombros.

Carmela aprovechó ese acercamiento y se giró para caer en los brazos de Sebastián.

La toalla cayó al suelo justo cuando Amelia abrió la puerta.

La escena que encontró al entrar en esa habitación, la tomó por sorpresa y las cartas que tenía en la mano se le cayeron al suelo.

Sebastián se agachó para coger la toalla y Carmela empezó a reír.

—Has llegado tarde, Amelia —dijo y se relamió los labios—. Ya tuve un buen trozo de tu querido arquitecto. —La empujó y salió tomando un aire triunfante.

—Amelia, puedo explicarlo —dijo él arrepentido—. No pasó nada —aseguró mientras intentaba taparse con la toalla—. Ella entró justo cuando yo...

—No quiero saberlo —dijo llorando mientras se agachaba para recoger las cartas—. Solo me pregunto cómo sabía ella que la puerta estaba abierta.

—Amelia, no exageres, por favor. —Intentó agarrarla pero ella retrocedió.

—Todo esto es un error. —Y salió por la puerta corriendo.

Sebastián tiró la toalla al suelo furioso y cerró la puerta de un portazo haciéndola partirse por la mitad. Se dio cuenta que regresar a su pueblo también había sido un error, su intento de recuperarlo todo fue en vano.

Empezó a meter ropa en la maleta y se vistió rápidamente.

Cuando salió por la puerta, tropezó con una carta. Se dio cuenta de que era una de las cartas de Amelia y se agachó para recogerla.

La metió en el bolsillo de su chaqueta y con una última mirada hacia la habitación de su hermana, abandonó el convento.

CAMINANDO HACIA ATRÁS

El reloj de la iglesia despertó a Amelia y se bajó de la cama para mirar por la ventana. Era muy temprano y el sol seguía escondido detrás de una masa de nubes. Buscó una linterna y abrió la puerta de madera intentando no hacer ruido. Siguió sigilosa su camino por el largo pasillo hasta la puerta de Sebastian. Toda la noche había estado dándole vueltas al asunto y se arrepintió de no haberle escuchado. No quería confiar en las palabras de Carmela, ella siempre intentaba hacerle daño pero la situación le pareció bastante sospechosa. Ver a Sebastián desnudó abrazándola, la hizo pensar lo peor de él. Sabía que él nunca le haría una cosa así y que se trataría de una simple coincidencia en un mal momento pero lo que vio la hizo desconfiar de él.

Llegó delante de su puerta y después de tocar varias veces, decidió entrar. Empujó la puerta y esta se rompió por la mitad. Se asustó y cuando entró, se encontró con una habitación vacía.

Un sentimiento familiar se formó en su pecho y la misma sensación de vacío que tuvo hace cinco años cuando Sebastián se había ido de casa, la hizo temblar. Pensó que otra vez lo había perdido y temía que esa vez fuera para siempre.

Lo buscó por todo el convento con la esperanza de encontrarle y al ver que no estaba, se rindió. Decidió hacer la maleta, necesitaba salir de allí, necesitaba el apoyo de sus padres.

Se despidió de la Madre Superiora Magda y con una tristeza enorme, abandonó el convento.

Sebastián estuvo conduciendo un par de horas pero no se atrevió a salir del pueblo. Algo no lo dejaba ir, lo tenía atrapado en una especie de red llena de esperanza. Sin darse cuenta y llevado por sus pensamientos, se encontraba estacionado delante de la casa de sus padres.

Salió del coche con la cabeza agachada y en vez de entrar en la casa, entró en el garaje. Allí encontró su bicicleta y como en los viejos tiempos, se subió y empezó a pedalear.

Llegó delante del lago, su pequeño refugio de siempre. Cuando no encontraba soluciones a sus problemas o cuando estaba triste, ese lugar conseguía darle las fuerzas y la esperanza para seguir adelante.

Dejó la bici apoyada de un árbol y se sentó en el suelo, estirando las piernas. Recordó que en su bolsillo estaba la carta de Amelia y pensó que era un buen momento para leerla. La sacó de su bolsillo y después de abrirla, la empezó a leer en voz alta, acompañado por la suave brisa y el canto de los pájaros.

Hola Sebas,

Hoy te escribo otra carta para pedirte perdón.

Hoy quiero imaginarme que tus pensamientos me acompañan y que a pesar de la distancia puedes sentir mi presencia.

Quiero imaginarme que en tus pensamientos vivo yo, así como tú vives en los míos.

Quiero escribirte para decirte cuánto te extraño.

Quisiera tenerte aquí conmigo para expresarte con besos y caricias todo lo que siento y cuánto te amo.

Te amo tanto que la espera de volver a verte me mata pero no te preocupes, el amor que siento hacia ti me da fuerzas para enfrentar en mi vida todos los obstáculos.

Te necesito en mi vida. Vuelve pronto, Sebas.

Sebastián arrugó la carta en su puño y dejó escapar un grito de tristeza. Las palabras de Amelia lo hicieron llorar como a un niño pequeño y lo único que deseó en ese momento, fue abrazarla y decirle que su amor era igual de fuerte e intenso. Se alegró de no haberse ido y se levantó contento porque ya tenía las ideas más claras, sabía lo que tenía que hacer.

UN SUSTO

El taxi estacionó delante de su casa y Amelia abrió la puerta rápidamente. Cuando vio el coche de Sebastian aparcado allí, sintió como su tristeza abandonaba su cuerpo para reemplazarlo por una felicidad inmensa.

Empezó a correr y el taxista salió apurado del coche.

— ¡Señorita! —gritó—. Ha olvidado su maleta.

—Gracias. —Amelia dio la vuelta un poco avergonzada por su despiste.

El hombre abrió el maletero y Amelia agarró la maleta con mucho nerviosismo. La arrastró hasta la puerta y tocó al timbre ya que no tenía llave.

—Ya voy —gritó su madre desde el interior.

Celia abrió la puerta y cuando vio a su hija, se alegró muchísimo y no dudó en abrazarla como Dios manda.

—Mama, me asfixias —dijo Amelia con voz ahogada.

—Lo siento hija. —La soltó para examinarla—. Es que te he echado mucho de menos. Te ves preciosa. El pelo te ha crecido muchísimo, lo tienes muy largo. Había olvidado cómo eras, tu rostro estaba escondido detrás de ese traje de monja.

—¿Dónde está? —preguntó mientras se abría paso para entrar en la casa.

—¿Quién? ¿Tú padre? —Agarró la maleta de su hija y cerró la puerta.

—Sebastián.

Amelia miró la ancha escalera que terminaba en un enorme vestíbulo y empezó a subir los primeros peldaños sin aliento.

Cuando llegó al final de la escalera, el corazón le latía aceleradamente por el esfuerzo y se sentía ligeramente mareada. Ella se quedó en silencio durante un instante.

Miró a su alrededor y casi pudo ver como ella y Sebastián corrían como locos por el pasillo, gritando y llorando al mismo tiempo. Recordar su infancia, con sus pequeñas cosas, con sus momentos felices y tristes, era un prueba más que necesitaba para intentar conseguir la felicidad. Se dio cuenta de que los recuerdos eran su mayor riqueza.

De repente, algo hizo un ruido contra la ventana. Ella se asustó y se llevó una mano al pecho, al lugar en el que su corazón había dado un salto. Solo había sido la rama de un árbol doblada por el viento, que había raspado el cristal.

—¿Sebastián? —preguntó susurrando—. ¿Estás aquí?

Suspiró resignada y dio la vuelta. Tenía que admitir que se había equivocado al pensar que Sebastián había vuelto a casa. Se sacudió las manos en los pantalones y bajó las escaleras de dos en dos.

—No está —dijo con tristeza cuando vio a su madre—. Se marchó otra vez.

— ¿Qué? No puede ser, mi hijo no hizo eso. No otra vez. —Celia estaba empezando a ponerse muy nerviosa. Todo parecía arreglarse y estaba reuniendo a su familia de nuevo. Sebastián no podía haberse marchado.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó Lucas al entrar en el salón.

Cuando vio a Amelia, su rostro dibujó una sonrisa grande y se acercó para abrazarla.

—Amelia, mi niña —susurró con alegría—. Has vuelto a casa.

—Hola, papi —dijo y se apartó para mirarlo—. Tienes buen aspecto. Te veo guapo otra vez. —Le pasó una mano por el pelo mientras sonreía.

—Gracias, hija. La culpa la tiene tu madre. Cuando estoy a su lado no envejezco. —Se acercó a Celia para darle un beso en los labios.

Lucas al notarla un poco fría, rompió el beso para mirarla.

—¿Pasa algo, cariño? —Estudió su rostro buscando una respuesta.

—Sebastián se marchó otra vez —contestó y agachó la cabeza.

—No es verdad, Celia. —Se acercó para tomar su rostro en sus manos—. Su coche está aquí, lo he visto salir con su bici hace unas horas.

— ¿De verdad? —preguntó Amelia y se colocó delante de ellos—. He visto el coche pero cuando mamá dijo que no estaba en casa, pensé que él...

La puerta de la casa se abrió y todos giraron las cabezas.

UNA LLAVE

Sebastián se quedó parado en la entrada al ver a su familia mirándolo con sorpresa. Cuando su mirada encontró el rostro de Amelia, supo que había tomado la decisión correcta. Se veía preciosa con ese cabello tan largo y con ropa normal.

Se miraban fijamente los dos y ninguno se atrevía a dar el primer paso.

Lucas y Celia se comunicaron con la mirada y abandonaron el salón, dejándolos solos.

Amelia sabía que tenía que pedirle perdón y que todo dependía de ese momento. Corrió a su encuentro y se tiró a sus brazos, apretándose fuerte contra su cuerpo.

—Perdóname, Sebas —dijo llorando—. Tenía que haberte escuchado. No te vayas, por favor.

—Amelia... —Soltó el aire que tenía aguantado y la estrechó aún más.

—Por favor, Sebas... —Se ahogó con la saliva—. No me dejes otra vez. No me quedan fuerzas para sobrevivir sin ti.

—No llores. —Intentó apartarla pero ella se aferró a su cuello para no soltarlo.

—Te amo tanto, Sebas... —susurró entre lágrimas—. Te amo, eres mi vida.

—Leí una de tus cartas. —La tomó en sus brazos y abrió la puerta.

Bajó las escaleras con cuidado y la depositó en el césped. Se estiró a su lado y le enseñó el pecho con su dedo.

—Ven aquí. —Ella lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho—. ¿Escuchas como late mi corazón?

Ella asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de su mano.

—Late por ti; late al ritmo de nuestro amor, desde que amanece hasta que me voy a dormir y mientras duermo, tú sigues presente en mis sueños —confesó—. Te entrego mi corazón porque no quiere estar conmigo, sabe que mi vida eres tú y solo late cuando estoy contigo.

—Sebas...

—Te amo, Amelia. Llevo tanto tiempo amándote que no puedo vivir sin ti. —La tumbó de lado para mirarla a los ojos—. No me voy. Nunca más me iré de aquí. Nunca más os abandonaré. Este es mi lugar, estar contigo es todo

lo que deseo. — Agachó la cabeza para atrapar su boca, para saborear sus labios, para besarla como nunca lo había hecho.

Los labios de Amelia se separaron y la lengua de Sebastián se deslizó dentro, con la cabeza inclinada para tener más acceso. Ella soltó un gemido y alzó sus manos hasta rodear los hombros de su hermano. El pulso comenzó a latirle a gran velocidad y dejó que nuevos sentimientos invadieran su corazón.

En respuesta, Sebastián capturó sus nalgas mientras apretaba su cuerpo encendido de pasión con más fuerza contra ella. Llevaba tanto tiempo deseándola que en ese momento tuvo la sensación de morir de placer.

Alguien se aclaró la garganta y se separaron enseguida avergonzados. Levantaron la mirada y se encontraron con sus padres mirándolos con las cejas levantadas.

—Me parece muy bien que os hayáis reconciliado y que os améis pero no delante de mi casa —dijo Lucas intentando parecer serio.

—Os pueden ver los vecinos y en mi casa no tolero ese tipo de comportamiento —completó Celia y dejó de mirarlos porque una sonrisa amenazaba por salir.

—¿Qué tal si entráis en casa? —dijo Lucas—. Pero no quiero que continuéis lo que habéis empezado. —Señaló la puerta y ellos se levantaron del suelo.

—Está bien, papá —dijo Sebastián mientras tiraba de su camiseta para ocultar su bulto—. Pero ya somos mayores y ...

—Os quiero ahora mismo en casa —ordenó Lucas levantando el tono.

Amelia empezó a correr y fue la primera en entrar en casa, su vergüenza la dejó temblando y necesitaba salir de allí.

Detrás de ella entró Sebastián y cerró la puerta con llave.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando vio que guardaba la llave en su bolsillo.

—Necesitamos un poco de tiempo a solas. —La tomó en brazos y empezó a subir las escaleras con ella.

—Papá se va a enfadar...

—Ya estoy acostumbrado a sus castigos. —Abrió la puerta de su habitación y la cerró con el pie—. Ya no somos niños.

La depositó en la cama y se alejó un poco para mirarla.

—No sabes cuántas veces había soñado con este momento. —Recorrió su cuerpo con una mirada seductora—. No sabes cuántas veces te imaginé así

en mi cama.

—Sebas, cierra la puerta con llave. —Se levantó apoyando los codos y lo miró con deseo.

—Hecho. —Le enseñó la llave.

—Ven aquí —susurró ella.

ENCENDIENDO LA LLAMA DEL AMOR

—¿Damos un paseo? —preguntó Lucas después de varios intentos de abrir la puerta.

—Claro que sí. Hace buen tiempo —contestó Celia y estiró una mano.

Lucas bajó las escaleras y le tomó la mano, estrechándola con suavidad.

—Estos dos nos la han jugado —murmuró sonriendo—. Vamos a darles la privacidad que necesitan. Verlos besándose tan apasionadamente no me hizo gracia pero me alegré. —La miró a los ojos.

—Tuve que apartar la mirada para no empezar a reír —admitió ella.

Tiró de él para que empezara a caminar junto a ella.

—¿Recuerdas nuestra primera vez, en ese buque? —preguntó Lucas melancólico—. Nunca olvidaré lo hermoso que fue.

—Yo tampoco. —Se aseguró de que no había nadie alrededor y lo empujó con delicadeza hasta que chocó contra un árbol.

Estaban alejados de la casa y ese lugar pertenecía a su jardín, lo que les daba la privacidad que necesitaban, nadie podía entrar allí.

—¿Traviesa, cariño? —preguntó Lucas sorprendido y divertido a la vez.

—Mhm... —Lucas la tomó en sus brazos y el resto de las palabras se desvanecieron debajo de la boca de él.

Las manos de Celia se deslizaron hacia la cremallera de los pantalones de su marido muy segura de lo que quería. Los besos de Lucas la excitaron tanto que no fue capaz de desabrocharla. Decidió explorar y acariciar la zona pero su marido se volvió impaciente y la ayudó.

Lucas se quitó rápidamente los pantalones y sin darle tiempo a reaccionar, la tumbó en la hierba. Con la misma rapidez le quitó la ropa a Celia y la sensación de estar juntos y desnudos, apartó de su mente cualquier otro pensamiento. Deslizó la mano sobre su seno, acariciándolo y ella le respondió con un gemido.

Se arqueó cuando la boca de Lucas mordisqueó su cuello y echó la cabeza hacia atrás. Siguió besándola mientras friccionaba con la palma de una mano la punta de un seno, hasta que se puso erecto.

Ella lo abrazó con fuerza y lanzó una exclamación ahogada.

Lucas se subió encima de ella y después de separarle los muslos, la poseyó con enorme destreza. Miró el rostro encendido de su mujer y se

empujó hacia delante.

Los labios de ella se entreabrieron; su respiración se hizo jadeante.

—Lucas —dijo con voz ahogada.

El ritmo de él se hizo cada vez más rápido pero no dejó de mirarla a los ojos. La sangre le rugía a través de las venas y el corazón le martilleaba mientras él la llevaba a un ritmo enloquecedor.

El deseo en ese momento era demasiado intenso para que resistieran mucho y en segundos, llegaron al punto culminante.

Con un grito, Lucas se desplomó sobre ella y temblando, liberó su propia pasión.

La respiración de Lucas se tranquilizó y Celia lo miró aturdida. Su marido seguía impresionándola. Cerró los ojos pero después de un rato, el peso de su marido resultaba incómodo así que trató de moverse debajo de él pero sintió que una mano le rodeaba las caderas al tiempo que él se ponía tenso.

—No, cariño. No te escaparás tan fácilmente —murmuró con determinación—. Nunca tengo suficiente contigo.

—Lucas, es tarde y empiezo a tener frío —dijo ella y lo apartó.

—Está bien, continuamos en casa. —Le dio un beso en los labios y la ayudó a levantarse.

Se vistieron rápidamente y caminaron agarrados de la mano, felices.

JUEGOS

—¿Sebas, a qué esperas? Quítate la camiseta —dijo Amelia impaciente—. Quiero verte.

Sebastián la miró con deseo pero decidió provocarla y jugar con ella. Sabía que era su primera vez y quería hacerlo inolvidable para ella.

—Vamos a jugar un poco —dijo él—. Quiero que me mires intensamente y cada vez que parpadees, te quitarás una prenda. El primero que se quede desnudo tiene que comer a besos el cuerpo del otro.

—Está bien, juguemos. —Se puso de rodillas en la cama y él se sentó a su lado.

Sebastián le agarró las manos y empezó a darle suaves caricias mientras la miraba fijamente. Se perdió en su mirada y cuando ella se mordió los labios gimiendo bajito, cerró los ojos.

—¡Has parpadeado! —exclamó Amelia y él abrió los ojos—. Quítate la camiseta —ordenó sonriendo tímidamente.

—Está bien. —Se quitó la camiseta y Amelia sonrió con satisfacción—. No cantes victoria, pienso ganar —advirtió.

—Mhm, ahora me gustaría tocarte —dijo ella.

—Sé lo que estás haciendo, Amelia. Quieres provocarme y hacerme perder la cordura. —Presionó sus manos en las rodillas de ella—. Mírame y no parpadees. —Sus manos empezaron a subir lentamente y Amelia intentó no parpadear.

Cuando las manos de Sebastián llegaron justo al borde de los pantalones de Amelia, ésta suspiró pero consiguió no parpadear.

Sebastián desabrochó el pantalón de Amelia y bajó la cremallera lentamente sin dejar de mirarla.

Los dos respiraban entrecortado y se miraban intensamente.

Cuando Sebastián metió una mano dentro de sus bragas, ella parpadeó no una vez, sino tres veces mientras suspiraba.

—Voy a perdonarte eso —susurró Sebastián—. Te quitarás solo una prenda pero a la próxima no seré tan bueno. —Sonrió y se apartó para que ella pudiera quitarse la camiseta.

Lo hizo lentamente y Sebastián se relamió los labios al verla tan sexi con un sujetador blanco de encaje. Él se preguntaba si las bragas eran también de

color blanco y se acercó para mirar dentro de los pantalones de Amelia.

—¿Qué haces? —preguntó Amelia sorprendida y le quitó la mano—. Dijiste solo una prenda.

—Quería ver si tus bragas van a juego con el sujetador. — Puso un puchero triste.

—Pronto lo sabrás, ahora mírame. —Respiró hondo y se concentró en los ojos de Sebastián.

Sebastián la miró pero no podía mantener el contacto con los ojos de ella. Sus senos estaban medio desnudos y no podía concentrarse.

—Sebastián, deja de mirar mis pechos. —Se quejó—. O dejaré de jugar.

—No puedo, Amelia —dijo y dejó de mirarla—. Me rindo. —Tragó saliva y estiró las manos para tocarla.

Amelia se alejó triunfante y se cruzó de brazos.

—Quítate la ropa, Sebas —ordenó.

—Siempre te gustó darme órdenes. —Se puso de pie y empezó a desabrocharse el pantalón—. Pero me gusta. —Se bajó los pantalones—. Solo que esta noche... —Se quitó los calzoncillos—. Yo estaré al mando. Quítate la ropa si quieres tus besos.

La miró desnudo y ella se bajó de la cama para acercarse a él.

Amelia estiró las manos y empezó a acariciar sus brazos, su pecho, su estómago y con un poco de timidez le acarició el miembro duro.

Sebastián gruñó y la empujó suavemente hasta que chocaron contra la cama.

—Siéntate. —Le dio un beso dulce en los labios—. Durante años no he deseado otra cosa que perderme en ti.

—Estoy un poco nerviosa —confesó Amelia mientras se sentaba.

—No pasa nada. Iremos muy despacio.

En ese momento Amelia se dijo que el amor que sentían uno por el otro era lo suficientemente fuerte para vencer toda la tristeza del pasado. Los nervios desaparecieron pero todo su cuerpo estaba en alerta. Nunca había estado con un hombre y lo que sentía le provocaba un placer exquisito y nuevo. Le gustaba y se sentía querida.

Sebastián colocó las manos en las rodillas de Amelia y bajó la cabeza. Su mirada se iluminó de ternura y sus labios le rozaron la mejilla. Con besos suaves como plumas, trazó un camino hasta la comisura y luego la besó.

Amelia entreabrió los labios y el beso se hizo más profundo, más pasional. Ella percibió su intensidad y eso alimentó la llama de su propio

deseo.

Los labios de Sebastian dejaron un rastro de besos ardientes desde la boca hasta su cuello, donde se detuvieron.

—¿Voy muy rápido? —La preguntó preocupado de no asustarla.

—No, sigue. —Cerró los ojos y dejó que las sensaciones recorrieran su cuerpo, encendida por el deseo.

Sebastián encontró el borde de su sujetador y con un movimiento preciso, lo desabrochó. Lo deslizó lentamente por sus brazos y Amelia sintió que el corazón le estallaba en el pecho pero disfrutaba del fuego rojo vivo que los quemaba a ambos. Ninguno de los dos deseaba romper la magia de ese momento único e inefable.

La tumbó en la cama y se estiró a su lado, moldeando sus senos con la mano. Amelia levantó la mano lánguidamente y le acarició el cabello, deseando darle el mismo placer que le estaba brindando a ella. Ruborizada y con las pupilas dilatadas, se atrevió a tocarlo. Sus manos trazaron líneas ardientes sobre el torso desnudo de Sebastián, haciéndolo estremecer al sentir el aire fresco de la habitación a la vez que el calor de sus dedos.

Él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, tratando de respirar. Soltó sus pechos y cambió de postura. Posó las manos en las caderas de Amelia y la boca en su cuello.

—Soy tan feliz, Amelia —dijo y deslizó sus labios por su cuello. La mordisqueó suavemente y la besó—. Quiero cumplir con mi promesa, quiero comerte a besos.

—Hazlo —musitó ella, adorando el calor que desprendían sus labios.

Sebastián la miró a los ojos y ella sonrió mientras observaba su rostro de pómulos marcados y una boca sensual con una sonrisa de complicidad. Deslizó la mano por su cuerpo, con la misma admiración que sentía cuando estudiaba sus obras maestras de arquitectura, deleitándose con cada centímetro de piel que recorría.

Olas de placer bañaban el cuerpo de Amelia, sorprendida por la gracia y delicadeza de los dedos de Sebastian.

Él se inclinó y le rozó un pezón con la punta de la lengua, antes de besarlo y succionarlo con delicadeza. Una vez más, Sebastián se dijo que tenía que ser paciente pero se dio permiso para seguir acariciándola y besándola. Quería aguantar, esperar y dejarla descubrir todos los secretos de su cuerpo.

Ella se estremeció. Sus tiernos besos la excitaban y tenía la sensación de

que el universo entero se reducía a aquellos labios.

Sebastian saboreó su piel, excitándola cada vez más y llenándola de deseo con sus hábiles dedos.

Cuando se colocó sobre ella, Amelia dejó escapar un suspiro y lo abrazó con las piernas, apretándolo contra sí. Nunca había sentido algo tan salvaje. Con solo levantar las caderas ella fue a su encuentro, haciendo enloquecer a Sebastián y obligándolo a acelerar el ritmo. Amaba a aquel hombre.

Él posó las manos en las caderas de Amelia y juntos comenzaron una danza de un único cuerpo. Un único cuerpo que estaba sintiendo todo el amor y el placer que llevaba años deseando sentir. Una fusión entre dos seres que se amaban desde el inicio de sus vidas y que en aquel momento, se estaban demostrando lo que se habían anhelado el uno al otro.

Sebastian entrelazó los dedos con los suyos mientras empujaba y se retiraba, tentando su deseo. Le susurraba que la amaba y que era la única mujer de su vida.

Amelia enredó las piernas alrededor en torno a su cintura de nuevo y lo acercó aún más, ansiosa de fundirse con su ser.

Al cabo de un rato, alcanzaron la cumbre de placer y Amelia lo abrazó con ternura. Ocultó su rostro en el cuello y el hombro de Sebastian, jadeante y sudorosa pero en absoluto avergonzada de la situación.

—Ha sido increíble —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo mientras intentaba enfocar la mirada y recuperar el ritmo normal de la respiración—. Ha sido...

—Divertido —terminó Sebastián buscando su rostro.

—Gracias —susurró con ojos llenos de amor.

—¿Por qué me das las gracias? —Le tomó el rostro entre las manos.

—Por hacerme feliz. —Lo miró con adoración.

—Tú también me haces feliz. —La atrajo y la besó con todo su corazón.

Permanecieron así varios minutos, con los corazones latiendo al unísono hasta que se quedaron dormidos.

El timbre de la puerta interrumpió el silencio de la casa y Sebastián corrió para abrir. Cuando lo hizo, se encontró con los rostros sonrojados de sus padres y un silencio incómodo se interpuso entre ellos.

Se miraron los tres con complicidad y cuando Celia entró, Lucas

aprovechó para abrazar a su hijo.

—La cena está lista —avisó Amelia y se paró en seco al ver a sus padres dentro de la casa.

Los latidos del corazón le resonaban en los oídos y cuando la puerta se cerró, agachó la cabeza incómoda intentando ocultar su vergüenza. La habitación comenzó a dar vueltas y una sensación de mareo amenazó con engullirla. Sintió la mano de Sebastián en su cintura y la sensación de malestar se desvaneció rápidamente.

Sonrió con timidez y levantó la mirada. Estaba feliz y quería que sus padres lo vieran.

Los cuatro tenían una sonrisa en sus labios pero ninguno se atrevió a hablar. Se sentaron en silencio a la mesa y cuando empezaron a comer, Celia dejó el tenedor en la mesa haciendo ruido.

—¿Habéis usado protección? —preguntó de repente.

— ¡Mamá! —exclamó avergonzada Amelia.

—¿Qué? —preguntó y Amelia agachó la cabeza—. ¿No puedo preocuparme?

—Sí, mamá —contestó Sebastián—. Hemos usado protección.

—Me alegro, hijos míos —dijo Celia sin poder contener un suspiro de alivio.

—¿Eres feliz ahora, Amelia? —preguntó Sebastián estudiando atentamente su expresión.

Ella los miró, absorta en sus pensamientos, y diciéndose a sí misma que tenía que aprender a vivir el presente y olvidarse del pasado, sin importarle el futuro.

Cuatro personas, miembros de una familia y a la vez divididos en dos parejas totalmente diferentes. Amelia pensó que no eran el modelo de familia habitual pero no pudo evitar pensar también en lo felices que serían a partir de aquel momento.

Estaban todos juntos y el amor había triunfado. Nada ni nadie conseguiría empañar esa felicidad.

Sebastián se dio cuenta de que su novia estaba pensativa.

—¿Qué ocurre, Amelia? —Sus padres la miraron fijamente al oír la pregunta. Ella por su parte, solo pudo sonreír y responder de forma clara.

—Que sí, que ahora ya soy feliz.

Lucas y Celia intercambiaron miradas haciendo que esos dos jóvenes sonrieran. Terminaron la cena entre risas y conversaciones muy alegres.

UNA FAMILIA FELIZ

Cinco meses más tarde

—¿Mamá, has visto mi pulsera de perlas? —preguntó Amelia gritando desde su habitación.

—La tengo yo —contestó a la vez que se asomaba por la puerta—. ¡Hija, estás preciosa! El vestido te queda genial. Tienes suerte de tener la misma talla que yo.

—Gracias, mamá —contestó emocionada—. Es un honor llevar tu vestido de novia.

—¿Puedo entrar? —preguntó Lucas dudando.

—Sí, papá.

—¡Ay, pero que niña más hermosa tengo yo! —exclamó alegre—. Sebastián está muy emocionado y cuando te vea, se alterará aún más. —Le dio un beso en la mejilla.

—¡Ay que mis niños se casan! —exclamó Celia y empezó a llorar.

—Cariño, ¿otra vez llorando? —preguntó Lucas un poco preocupado.

—Estoy feliz, Lucas. Voy a lavarme un poco la cara —avisó y salió de la habitación.

—Os veo muy felices, papá. Me alegro por vosotros y por mi nueva hermanita. Mamá está muy ilusionada. Que sepas que el nombre que habéis elegido me encanta. Mi hermana Carolina será muy querida por todos nosotros. —Se emocionó y Lucas la abrazó.

—Quería traer un poco de alegría a la casa. Vosotros os vais a ir y no quería dejar a tu madre sola. Se que tardarán unos meses más en darnos a la niña pero valdrá la pena esperar. Carolina es preciosa y nos encanta a los dos. Gracias Amelia —susurró él—. Vamos a ser una familia muy feliz.

—¿Puedo pasar? —preguntó Ángel.

—¡Abuelo! —gritó con entusiasmo—. Has llegado.

—No quería perderme la boda por nada en el mundo. —La abrazó con mucho cariño—. Eres muy hermosa, me recuerdas a tu madre. Te deseo lo mejor en esta vida y quiero que sepáis que os quiero mucho. —Se secó una pequeña lágrima—. Y ahora baja, Sebastián está como un león enjaulado. —Sonrió.

Salieron todos y Amelia se quedó atrás para mirarse una última vez en el espejo antes de bajar.

—Estoy muy feliz, hija —susurró Celia—. Vuestro amor es tan hermoso y fuerte que nada os ha podido separar. Ni siquiera esa apuesta tan tonta que hicisteis. —La miró a los ojos—. Os deseo mucha felicidad y recuerda que el amor es enamorarse cada día de la misma persona.

—Gracias mamá.

Se abrazaron hasta que Celia se apartó para mirarla una vez más.

Le secó las lágrimas y le ajustó algunos mechones de pelo rebeldes que amenazaban con escaparse del recogido.

—Vamos a bajar. Todos están esperando —dijo Celia.

EPÍLOGO

—¿Podrías repetir lo que dijiste el día de nuestra boda? —Le preguntó Amelia a Sebastián mientras acariciaba su vientre—. ¿Recuerdas tu voto?

—Sí, recuerdo perfectamente lo que dije. — Se bajó del sofá y se puso de rodillas delante de ella para tener mejor acceso a su tripa—. Se lo voy a decir a mi hijo, Noah. —Acarició suavemente el vientre de su mujer.

—Me comprometo a amarte ahora y para siempre. Prometo nunca olvidar que este amor es único y para siempre. Elijo quererte y llenar tus días de sonrisas, te elijo para que me comas a besos, te elijo a ti para siempre.

Dijo eso y luego alzó la cabeza para besarla en los labios.

—Me has hecho muy feliz, Amelia. Soy feliz a tu lado y te amo mucho. —Acarició su tripa de nuevo y Amelia rodó los ojos. Lo tenía todo el día pegado a su vientre—. Y a ti hijo mio, te quiero muchísimo —susurró.

FIN

Sobre la autora
Alina Covalschi

Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance.

Ha publicado “Un amigo seductor” en físico con la editorial Titanium.

Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar.

Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.

Agradecimientos

Esta historia es lo que es gracias a mi amiga Beatriz Gutierrez.

Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo.

Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho.

También quiero agradecer a mi amiga Andrea Delia Valeanu, por ser tan especial y por su participación en enriquecer mi trabajo con esta maravillosa portada.

Y por último agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela.